

Diciembre 2021 **11**

*BOLETÍN OFICIAL
de las DIÓCESIS de la
PROVINCIA ECLESIASTICA
de MADRID*

Diócesis de Madrid

CARDENAL-ARZOBISPO DE MADRID

CARTAS

- ¿Establecidos en la incredulidad? 1463
- ¿Creadores de puentes o de muros? 1466
- La educación es una obra de amor 1469
- Dios se hace Hombre por nosotros 1472

HOMILÍAS

- Vigilia de Jóvenes 1475
- Consagración de dos mujeres en el "Ordo virginum" 1479
- Vigilia de la Inmaculada 1485
- Misa del Gallo 1490
- Misa de Navidad 1496
- Misa en la festividad de la Sagrada Familia 1502

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Nombramientos 1508
- Defunciones 1510
- Actividades Sr. Cardenal-Arzbispo de Madrid. Diciembre 2021 1511

Diócesis de Alcalá de Henares

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Actividades Sr. Obispo. Diciembre 2021 1517

Diócesis de Getafe

SR. OBISPO

- Mensaje de Navidad 1523
- Decretos 1526

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Nombramientos 1536
- Defunciones 1537

Conferencia Episcopal Española

- Monseñor Salvador Cristau Coll, nuevo obispo de Terrassa 1539
- Mons. José Ignacio Munilla, nuevo obispo de Orihuela-Alicante 1541
- El sacerdote Jesús Pulido ha sido nombrado obispo de Coria-Cáceres 1543
- Nota de prensa ante la información publicada en El País 1545

Edita:

SERVICIO EDITORIAL DEL ARZOBISPADO DE MADRID. c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Redacción:

DELEGACIÓN DIOCESANA DE MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL
c/ La Pasa, 5. Bajo, dcha. - 28005-MADRID - Teléfono: 91 364 40 50 - E-mail: boam@archimadrid.es

Administración, Suscripciones y Publicidad:

c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Imprime:

Famiprint, S.L. - c/ Júpiter, 7 - Tel. 91 677 99 93 - Fax: 91 677 74 48
E-mail: famiprint@famiprint.es - 28850-Torrejón de Ardoz (Madrid)

AÑO CXXXIX - Núm. 2951 - D. Legal: M-5697-1958

Iglesia Universal

VIAJE APOSTÓLICO DE SU SANTIDAD EL PAPA FRANCISCO A CHIPRE Y GRECIA

- Encuentro con sacerdotes, religiosos y religiosas, diáconos, catequistas, asociaciones y movimientos eclesiales de Chipre 1547
- Discurso Santo Padre. Encuentro con el Santo Sínodo 1554
- Homilía Santo Padre. Santa Misa. Estadio GSP de Nicosia 1559
- Oración ecuménica con los migrantes 1564
- Encuentro de su Beatitud Jerónimo II y su Santidad Francisco. Discurso del Santo Padre 1569
- Encuentro con los obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas, seminaristas y catequistas en la catedral de San Dionisio de Atenas 1574
- Visita a los refugiados 1579
- Santa Misa 1584
- Encuentro con los jóvenes 1589
- Conferencia de prensa durante el regreso a Roma 1596

- Santa Misa de Nochebuena 1608
- Mensaje Urbi et Orbi 1612
- Carta a los matrimonios con ocasión del año "Familia Amoris Laetitia" 1616
- Primeras vísperas de la Solemnidad de Santa María, Madre de Dios y Te Deum de Acción de Gracias 1623



Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL-ARZOBISPO DE MADRID

CARTAS

¿ESTABLECIDOS EN LA INCREDULIDAD?

1 de diciembre de 2021

Esta semana quiero volver a hacer una reflexión en voz alta sobre una cuestión que no pocos debaten hoy: la presencia de Dios y de la religión en la sociedad. Vivimos una época en la que el secularismo quiere imponerse y seguir extendiéndose, pero, al mismo tiempo, vemos que las preocupaciones de carácter espiritual o religioso siguen apareciendo en libros, artículos o conferencias, y que el ser humano tiene un anhelo de algo más. Como sostenía el filósofo Charles Taylor en 2007, esta importancia de la dimensión espiritual muchos la perciben "en momentos de reflexión sobre su vida, en contacto tranquilo con la naturaleza, en momentos de dolor y de pérdidas" y esto es algo que "ocurre de manera intensa e impredecible". "Nuestra época no está aún decidida a establecerse en simple y total incredulidad. Aunque un gran número de individuos lo proclaman así, especialmente hacia el exterior, la inquietud sigue, interiormente, haciendo su efecto", aseveraba.

El ser humano es buscador de sentido: quiere y desea llenar vacíos, y eso es algo que un secularismo que nos sitúa en la superficie no puede hacer, con las implicaciones reales que esto tiene en la vida de las personas. ¡Qué tristeza produce

observar cómo se quiere dar una visión de la vida humana vacía! Sí, vacía, sin esos contenidos profundos que hacen salir de uno mismo, que inspiran compromisos, que llenan la vida del hombre de sentido... Todos, niños, jóvenes y adultos de todas las latitudes, sentimos la necesidad de dar un sentido a la vida.

Los discípulos de Cristo tenemos que aceptar la invitación evangélica a leer los signos de los tiempos: "Se le acercaron los fariseos y saduceos y, para ponerlo a prueba, le pidieron que les mostrase un signo del cielo. Les contestó: 'Al atardecer decís: 'Va a hacer buen tiempo, porque el cielo está rojo'. Y a la mañana: 'Hoy lloverá, porque el cielo está rojo oscuro'. ¿Sabéis distinguir el aspecto del cielo y no sois capaces de distinguir los signos de los tiempos?'" (Mt 16, 1-3). Seamos buenos observadores del tiempo en el que vivimos, del movimiento del corazón de los hombres. Así nos lo proponía el Concilio Vaticano II en la constitución *Gaudium et spes*: "Son muchos los elementos que se combaten en el propio interior del hombre. A fuer de criatura, el hombre experimenta múltiples limitaciones; se siente, sin embargo, ilimitado en sus deseos y llamado a una vida superior" (GS 10). ¡Qué importante es ver al ser humano en la total verdad de su vida! ¡Qué importante es ver al ser humano en su realidad, inclinado al pecado y a la vez con esa aspiración permanente a la verdad, al bien, a la belleza, a la justicia, al amor!

A pesar de todos los intentos para relegar a Dios y a la religión a una cuestión privada, los poderes de este mundo no lo han conseguido. Y tenemos que decir con todas nuestras fuerzas que la religión y la fe no han desaparecido de nuestro mundo, sino que permanecen en el centro del debate en muchos niveles de nuestra sociedad y, sobre todo, aparecen en la vida del hombre, con ese deseo de trascendencia. Matar ese deseo ha provocado distorsiones profundas en el ser humano. Es en esa conexión donde se ofrece identidad al ser humano, donde el hombre descubre su grandeza. En muchas ocasiones de la historia se creyó que, si se le apartaba de Dios, el hombre podía ser más grande y más libre. Pero hoy la certeza que tenemos es que, al apartarlo, se reduce su dignidad, su rostro queda deteriorado. El hombre no llega a ser más grande, sino que se convierte en un producto que se puede usar, del que abusar, y al final tirar. ¡El hombre es grande solo si Dios es grande!

Aunque pueda parecer un atrevimiento, creo que al hombre no se le puede entender plenamente, tanto en su interioridad como en su exterioridad, si no se le reconoce abierto a la trascendencia. ¿Acaso no vemos en nuestro mundo, en el que se hicieron grandes conquistas, pero se apartó a Dios, tantas situaciones humanas

deterioradas, enfermizas? Seamos capaces de darles nombre y descubrir su origen. Sin la referencia a Dios, el ser humano no puede responder a los interrogantes fundamentales que siempre agitan su corazón y a los que hoy, por las situaciones que vive la sociedad, tiene. Los cristianos tenemos delante de nosotros al Dios-Amor que se nos ha revelado en Jesucristo y, en Él, encontramos el sentido de la existencia personal y de la sociedad en la que vivimos.

Respetemos la naturaleza del hombre, no caigamos en concepciones restrictivas que nos ofrecen las ideologías. Más que nunca hoy es necesario recordar con valentía qué es el hombre y qué es la humanidad. Nunca dejemos atarnos por esclavitudes. La historia de la humanidad, las situaciones que viven los hombres hoy a lo largo y ancho de la Tierra, en los países más ricos y en los más pobres, nos muestran que no podemos vivir de espaldas a Dios, que la cuestión de Dios jamás puede ser silenciada y que la indiferencia respecto a la dimensión religiosa del hombre siempre acaba traicionando al hombre mismo. Tengamos la valentía de detenernos a contemplar situaciones humanas que hoy se están dando entre nosotros y plantearnos cómo y desde dónde las leemos. Pongámonos ante la realidad de un Dios de rostro humano, el Dios-con-nosotros, el Dios del amor hasta la cruz, que es portador de un mensaje luminoso sobre la verdad del hombre. Conócelo, acógelo, vive la experiencia de conocerte desde Dios mismo.

Con gran afecto, os bendice,

† Carlos, Cardenal Osoro Sierra
Arzobispo de Madrid

¿CREADORES DE PUENTES O DE MUROS?

8 de diciembre de 2021

En su reciente viaje a Chipre y Grecia, el Sucesor de Pedro nos ha recordado y ha puesto ante nuestros ojos y ante nuestro corazón el fenómeno migratorio. Este exige respuestas claras y coherentes, que salven y promuevan la dignidad y la seguridad de las personas que llegan a nuestras fronteras.

Hoy vemos a hombres y mujeres, a familias enteras con sus hijos, provenientes de las regiones más pobres, que huyen del hambre y la guerra y vienen a tocar las puertas de Europa en situaciones muy precarias, buscando mejores condiciones de vida y un futuro. Como subrayó Francisco en Mitilene, son "comprensibles" y normales "los temores y las inseguridades, las dificultades y los peligros" que esto provoca, sobre todo cuando estamos inmersos en una crisis económica y social por la pandemia, pero la mayoría de estos miedos se diluyen cuando miramos a los migrantes a los ojos y vemos en ellos a personas como nosotros, a hijos de Dios y hermanos nuestros con sus sueños y proyectos. Los problemas, en palabras del Papa, no se resuelven "levantando barreras" ni mirando

para otro lado o lavándose las manos, sino "uniendo fuerzas para hacerse cargo de los demás según las posibilidades reales de cada uno y en el respeto de la legalidad, poniendo siempre en primer lugar el valor irrenunciable de la vida de todo hombre, de toda mujer, de toda persona".

La tarea de la Iglesia es precisamente la de romper esos muros y tender puentes. Los creyentes sabemos que Dios nos ama, que hemos sido creados a su imagen y semejanza, y que le ofendemos cuando dejamos a un hermano "a merced de las olas, en la marea de la indiferencia, a veces justificada incluso en nombre de presuntos valores cristianos", en expresión del Pontífice. Nuestro estilo tiene que ser "el estilo de Dios: cercanía, compasión y ternura". Como os he dicho en otras cartas semanales, hemos de dar pasos decididos para construir la cultura del encuentro, frente a las actitudes de defensa y de recelo, o de desinterés. Hemos de construir un mundo más fraterno, en el que no cabe la intolerancia, sino que hay respeto y solidaridad.

En la Biblia, en el libro del Deuteronomio, Dios nos manda acoger al migrante, al extranjero. La acogida y la integración están en el núcleo del mensaje cristiano, como también recuerda Jesús cuando nos dice que "fui forastero y me hospedasteis". Hoy está en juego el rostro de nuestra sociedad: ¿damos valor a cada vida?, ¿somos conscientes de que el progreso de un pueblo no está solamente en el desarrollo tecnológico o económico? Y yo, ¿soy capaz de conmoverme ante alguien que llama a mi puerta?, ¿construyo mi vida al margen de la realidad y del sufrimiento de los demás? Una sociedad sin corazón pierde la capacidad de compasión. Y una sociedad que no tiene compasión no crea futuro, es estéril.

En estos días de la visita del Papa Francisco, viéndole entre los refugiados en Lesbos, recordaba la parábola del Buen Samaritano y me hacía estas dos preguntas: ¿puedo permanecer indiferente ante la migración?, ¿doy rodeos como varios de los que aparecen en la parábola y huyo de esta realidad sufriente? Cuando alguien sufre, en el margen del camino, podemos pasar de largo, mirar para otro lado, y seguir como si no pasara nada. O podemos detenernos, escucharlo, curar sus heridas y acompañarlo. Cuánto bien me hace recordar aquellas palabras de Jesús: "¡Ánimo, soy yo, no tengáis miedo!". Ante la realidad de los migrantes, percibo que hemos de hacerlas nuestras. Acerquémonos a quienes llegan con la identidad propia de un discípulo de Cristo, que tiene la vida del Señor en él y dice a quien encuentra: "¡Ánimo, soy tu hermano, no tengas miedo!".

La experiencia de mi vida me indica que hay que conocer para comprender. Cuando se conoce y se ve toda la realidad en su contexto, se comprende mejor. No hablemos solamente de datos o de números, sino de personas, con historias reales. Esa es la manera de hacernos prójimos y de servir con el amor del Señor.

Con gran afecto, os bendice,

† Carlos, Cardenal Osoro Sierra
Arzobispo de Madrid

LA EDUCACIÓN ES UNA OBRA DE AMOR

15 de diciembre de 2021

Cuando van a llegar las vacaciones de Navidad, me ha parecido bueno que tengáis una carta mía en la que os hable de esa obra de amor que es la educación, quizá la que mayor arte requiere. Quizá la descubráis mejor junto al belén. Hay un derecho de los padres que hemos de respetar siempre: la educación moral y religiosa de sus hijos. Quienes nos dieron la vida tienen el derecho a darnos lo que ellos, en conciencia, creen que alimenta nuestra vida y nuestro crecimiento como personas. No valen experimentos como si los niños y niñas fuesen cobayas de laboratorio. Son personas que llegaron a este mundo por amor y la educación es una prolongación de ese amor. La historia reciente de la humanidad, en distintos lugares del mundo, nos muestra las consecuencias dramáticas de la manipulación educativa. No podemos hacer caminar a niños y jóvenes por itinerarios que se desarrollan dictatorialmente con un pensamiento único. Los padres sois los primeros y principales educadores; no dejéis esta responsabilidad tan fundamental. Tenéis que pedir y también buscar la educación que consideráis más idónea para vuestros hijos; insisto en que tenéis el derecho a educarlos conforme a vuestras convicciones morales y religiosas.

¿Se da hoy una fractura, una ruptura entre padres y escuela? Es cierto que muchas voces han tratado, en estos últimos tiempos, de acallar a los padres desde una supuesta defensa de las jóvenes generaciones, sobre unos supuestos daños que pudieran producir sus modos de educar. Y así, esa alianza que hubo entre la escuela y la familia se ha ido rompiendo con unos pretextos insostenibles. Se ha multiplicado la presencia de expertos, que han sido los que en muchas ocasiones han ocupado el papel que deben tener los padres. ¡Padres, no os excluyáis de la vida de vuestros hijos! Hay que favorecer siempre la armonía, la colaboración y el diálogo entre la familia y la escuela. Hay un derecho a la educación que se asegura respetando y reforzando el derecho primario de las familias a la educación. Vosotros sois expertos en el amor.

A través de los años, uno se va dando cuenta de quiénes son los que influyen en la educación. Por eso os digo a las familias que no podéis renunciar a la misión educativa: la tenéis que sostener, la tenéis que acompañar, la tenéis que guiar. Es verdad que habrá que inventar o reinventar métodos y buscar nuevos recursos. Es bueno que os preguntéis sin miedos, ¿quiénes se ocupan hoy de dar diversión y entretenimiento a vuestros hijos?, ¿quiénes entran en las habitaciones de vuestros hijos? Ciertamente a sus habitaciones entran extraños, pues a través de las pantallas se les proponen guías para sus tiempos libres, fórmulas para ser felices, mundos que en muchas ocasiones nada tienen que ver con lo que deseamos para ellos.

Educar es una cuestión de amor y, para ello, en la educación hay que generar procesos. Como tantas veces nos ha repetido el Papa Francisco, hablando también de otras cuestiones importantes para la vida humana, "lo importante es generar procesos, más que dominar espacios". Hay que educar generando vida, pero con mucho amor; hay que hacer vivir procesos de libertad, procesos para cultivar la autonomía; hay que generar procesos de maduración en la libertad y capacitar a niños y jóvenes para que, en toda clase de situaciones en las que puedan encontrarse en la vida, miren también a los demás. Os dais cuenta de cómo nuestras preocupaciones muy a menudo están en "¿dónde está mi hijo físicamente en estos momentos?", y no en la más importante pregunta de "¿dónde está su alma?". ¿Qué convicciones y proyectos tiene?

Para esta educación no basta con llenar la cabeza sin más de conceptos. Claro que hay que cuidar los conocimientos, pero, como recuerda Scholas Occurrentes, las personas solo maduran si se usan con ellas a la vez tres lenguajes:

ideas, corazón y manos. Que exista armonía entre estos tres lenguajes, que sientan lo que piensan y hagan lo que piensan.

Asimismo, la educación debe convertirse en portadora de fraternidad y creadora de paz entre todos los pueblos. Como subraya el Papa al promover el Pacto Educativo Global, la educación es un arma potente para eliminar todas las formas de discriminación y de violencia. ¡Qué fuerza tiene hablar y llegar a un consenso mundial para que la educación restablezca lazos en toda la familia humana! Este pacto requiere el esfuerzo de todos: familia, escuela, Administración, el mundo de la cultura... Necesitamos una educación que pone en el centro a la persona, en su realidad integral; que la lleva al conocimiento de sí misma y de la casa común en la que vive; que hace que se preocupe por los demás.

Esta obra de amor que es la educación es exigente y pide educadores fraguados en una rica humanidad que se despliega en tres dimensiones: educadores que despiertan pasión, educadores que se ponen junto a los jóvenes en su camino y educadores que promuevan el crecimiento en todas las dimensiones de la persona. No solo hacen falta sabios, que también, y no solo hay que enunciar valores, que también, sino que sobre todo hacen falta testigos. Nadie puede dar crecimiento a otro sin coherencia y testimonio.

Con gran afecto, os bendice,

† Carlos, Cardenal Osoro Sierra
Arzobispo de Madrid

DIOS SE HACE HOMBRE POR NOSOTROS

22 de diciembre de 2021

El mensaje que cada año llega por estas fechas es que Dios se hace Hombre por todos nosotros, que no está lejos de nosotros, que no es un desconocido. Hasta los lugares más lejanos de la tierra llega la noticia: Dios-con-nosotros, Dios-entre-nosotros. En Navidad, la luz, la paz, la alegría, el asombro y el deseo de fraternidad tienen un protagonismo especial... Dios se hace Hombre en la humilde cueva de Belén. Se hace Niño y se dirige a todos nosotros, nos interpela, nos invita a vivir de un modo nuevo. Dios se hace uno de nosotros para que podamos estar con Él y podamos ser semejantes a Él.

¡Qué hondura alcanza nuestra vida cuando nos ponemos en torno al belén y descubrimos a un Dios poderoso, que hizo cuanto existe, que nos creó a su imagen y semejanza, que viene a encontrarse con nosotros! La bondad de Dios es tal que se hace uno de nosotros para que podamos conocerlo. ¿Habéis caído en la cuenta de lo que supone que Dios nos regale su tiempo? Ya no es un Dios desconocido, es accesible, ¡qué bien lo comprobaron los pastores que acudieron a verlo a Belén! Él,

que es Eterno, no ha tenido inconveniente en asumir el tiempo. Él, que está por encima del tiempo, ha asumido nuestro tiempo.

¿Habéis caído en la cuenta de por qué hay costumbre de hacernos regalos en esta época de Navidad? Pensad en esto: en la Navidad celebramos que Dios se ha dado a sí mismo, se nos ha dado. Y nosotros, para imitar a Dios, lo que hacemos es dar algo de lo nuestro a los que tenemos a nuestro lado. Nos juntamos, nos queremos, sale a la superficie lo mejor de nosotros, tenemos deseo de dar alegría y tener paz. Y cuando hacemos esto, estamos imitando a Dios, pues damos algo de lo nuestro a quienes queremos. ¡Qué importancia tiene que esto alcance nuestro corazón, que deje señales en nuestro corazón! Que a través de los regalos recordemos que lo más importante es darnos a nosotros mismos como nos lo muestra Dios en la Navidad. En la familia emergen nuestros deseos de darnos los unos a los otros, pero es bueno también dar a quienes no tienen.

La señal que nos presenta Dios en Belén es la sencillez, la pequeñez... Dios no se presenta con poder o con grandeza, sino que viene como Niño y casi diciéndonos que necesita ayuda. Qué fuerza tiene que, para alcanzar nuestro corazón, Dios se haga Niño y nos diga que no quiere más de nosotros que nuestro amor. Cuando nos situamos así ante Él, sus sentimientos, sus pensamientos, su voluntad, comienzan a ser los nuestros; aprendemos a vivir de una manera nueva. En la Navidad Dios alcanza nuestro corazón, nos compromete a vivir en una relación abierta con Él. Entendemos mejor esas palabras que aparecen en el Evangelio de san Lucas: "Hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor. Y aquí tenéis la señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre" (Lc 2, 11-12).

No tengamos miedo a acoger a Cristo en nuestra vida, en el corazón de la noche de la Navidad. Mientras os reunís las familias, quizá algunos en la soledad, dejad que aparezca la luz. Sí, la luz del portal de Belén. Allí, con María y José, contemplad a Jesús: no estamos solos, Dios ha querido acompañarnos. Nada nos quita y nos da todo: su vida, su amor, su entrega, su fidelidad. Estemos disponibles y dispuestos como los pastores de Belén para dejarle entrar en nuestra vida y que nos transforme. O como los Magos de Oriente, que después de ver a Jesús retornaron por otro camino. Algunos han hablado de la Navidad como la "fiesta de la creación renovada". Y es verdad, pues viene Dios-con-nosotros para devolvernos y devolver a todo lo creado la belleza, la bondad, la libertad... Viene a devolvernos la dignidad.

Al escribiros esta carta, una más entre la que todas las semanas os hago llegar, pienso en todos vosotros y en la situación que estamos viviendo de tantas amenazas, no solamente por la pandemia, y quiero deciros con todas mis fuerzas que hoy Belén es esperanza, que el nacimiento de Cristo, el Salvador de la humanidad, trae esperanza. Él es la verdadera Esperanza, con Él aparece una gran luz en esta tierra: "El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria" (Jn 1, 14). Acoged a Jesús como lo hicieron María y José, los pastores, los Magos, el anciano Simeón o la profetisa Ana, para que así en todos vosotros se encienda esa luz.

En este sentido, quiero haceros tres subrayados finales:

1. Celebremos la Navidad en este tiempo de dificultad. Que, en este momento de pandemia y de crisis económica que afecta a las familias, las dificultades sean un estímulo para descubrir el calor de la solidaridad.

2. Celebremos el misterio del amor en esta Navidad. ¿Cómo? Decía la madre Teresa de Calcuta que "celebramos la Navidad cada vez que permitimos a Jesús amar a los demás a través de nosotros".

3. Celebremos la grandeza de Dios y su cercanía con los hombres. Viene bien recordar aquellas palabras del salmo 113: "¿Quién como el Señor, Dios nuestro, que habita en las alturas y se abaja para mirar al cielo y a la tierra?". Dios se inclina y te abraza, y desea que prolongues su abrazo y se lo des a todos los que encuentres por el camino de tu vida.

Con gran afecto, os bendice,

† Carlos, Cardenal Osoro Sierra,
Arzobispo de Madrid

HOMILÍAS

VIGILIA DE ORACIÓN CON JÓVENES

(3-12-2021)

Yo quisiera que escuchásemos esta página del Evangelio como si el Señor, realmente aquí presente en el misterio de la Eucaristía, nos estuviese hablando a cada uno de nosotros. Esta página del Evangelio de Lucas, el capítulo 3, es la que se va a proclamar en este próximo domingo, segundo de Adviento.

Cuando estaba pensando lo que os diría, hay tres palabras que resumen esta página del Evangelio: camino, oferta y preparación.

Preparad el camino del Señor. En Juan Bautista resuenan esas palabras del profeta Isaías: "Preparad el camino al Señor". De eso se trata: de preparar el camino para que el Señor llegue a nuestra vida. Y quizá hoy me atrevo a preguntaros: ¿Cómo preparar un camino al Señor en mi vida personal? ¿Cómo? ¿Cómo hacer espacio a Dios en medio de las prisas, en medio de la agitación, en medio del activismo en el que a veces vivimos, que nos impide en muchas ocasiones escuchar lo que el Señor nos dice? Preparad el camino al Señor. ¿Cómo hacerlo? ¿Cómo hacerlo en este momento de mi vida? ¿Cómo hacer espacio a Dios, el Señor?

En segundo lugar, el Señor nos hace una oferta. No solamente nos manifiesta que preparemos el camino, sino que nos hace una oferta: Dios nos ofrece su vida en nuestra historia personal.

Si os habéis dado cuenta, son impresionantes las palabras del Evangelio: "En el año décimo quinto del imperio del emperador Tiberio, vino la palabra de Dios sobre Juan en el desierto". Sitúa esta página del Evangelio en el marco de la historia del mundo pagano y de Israel: "en el año décimo quinto del imperio del emperador Tiberio". La salvación, queridos amigos, acontece en la historia. En la historia concreta. Bien concreta. Nos la presenta el Evangelio: "en el año décimo quinto del imperio del emperador Tiberio". Ante unos hombres y mujeres; unos creyentes, como el pueblo de Israel, y otros paganos. Sí: la salvación viene a nosotros. La vida plena que Dios nos ofrece acontece en un tiempo determinado. Y acontece hoy también para nosotros. Dios nos ofrece su vida en nuestra historia personal. Es verdad. Allí donde cada uno nos encontremos, tal y como nos encontremos, Dios viene a nosotros en la realidad concreta de nuestra vida.

Habéis escuchado que el Evangelio dice: "Vino la palabra de Dios sobre Juan en el desierto". ¿Dónde nos la ofrece a nosotros? Lo mismo que a Juan: en el desierto. Desierto significa lugar de silencio, de distancia crítica de las corrientes de moda que pueden existir en nuestro mundo, de todo aquello que nos separa de lo esencial. Ahí, en el desierto, Dios nos ofrece su vida. En el desierto, Juan nos enseña a escuchar a Dios.

¿Quién escucha a Dios en el desierto de su corazón? ¿Qué es lo que nos ayuda a ir a lo esencial de nuestra vida? Sí: vino la palabra de Dios. En el desierto.

¿Os habéis puesto alguna vez un tiempo a estar en silencio? ¿A estar mirándonos para nosotros? ¿Dentro de nosotros? ¿Lo que hay dentro de nosotros? ¿Os habéis puesto a escuchar esa voz que siempre, en el silencio, suena en nuestra vida? "Hay que preparar el camino" ¿Cómo? Dando espacio a Dios.

El Señor nos hace una oferta: "Mi espacio está en vuestro silencio. Escucharlo. Que os hablo. Que vosotros, además, en el silencio me preguntáis. En el silencio me habláis".

Camino. Oferta. Y, en tercer lugar, preparación. ¿Cómo preparar el camino? ¿Cómo hacerlo? Para hacerlo, el Bautista, como hemos escuchado en el Evangelio, echa mano del texto de Isaías. Y utiliza cinco verbos para decirnos cómo preparar el camino. Él nos habla de que hay que crear relaciones auténticas, pasar de la injusticia a la justicia, de la desconfianza a la confianza, de la tristeza a la alegría, de ser a veces inhumanos a ser humanos y felices.

¿Cómo preparar el camino? Creando relaciones auténticas. Y el Evangelio nos habla de cinco, con cinco verbos de cinco tareas: allanar los senderos, es decir, ser fieles; ser fieles, sin baches; salir de mi vacío; salir del sinsentido de la vida; encontrar el sentido en quien nos lo da y en quien nos lo ofrece. Allanar los senderos. El segundo verbo es rellenar los valles, quitar los desalientos, eliminar los barrancos, ver el horizonte.

Otro verbo: rebajar montes y colinas; eliminar mis ambiciones; la autosuficiencia de querer valermé por mí mismo, y de querer responder a las preguntas más fundamentales de la vida desde mí; que no puedo hacerlo, además; quitar la arrogancia, la autosuficiencia. Allanar. Rellenar. Rebajar. Y enderezar. Enderezar lo torcido. ¿Qué caminos torcidos hay en mi vida? ¿Salgo de mis ambigüedades? ¿Sé tomar un camino recto? ¿Qué caminos torcidos hay? Igualar lo escabroso. Otro verbo: nivelar los escándalos que existen en este mundo; el no sentirnos hermanos, el descubrir las grandes desigualdades que existen.

El Señor me invita a allanar, a rellenar, a rebajar, a enderezar y a igualar. Porque es ahí donde todos van a ver la salvación de Dios.

Son preciosas las palabras del Evangelio cuando habla de Jerusalén. Dice: "Jerusalén, despójate de tu vestido de luto y aflicción y vístete de galas perpetuas, de la gloria que Dios te da". En vez de Jerusalén, podríamos decir nosotros: Iglesia, de la que soy parte, despójate de tu vestido de luto, de la aflicción, y vístete de gala; vístete de esa gala que es la que te hace vivir en la verdad.

Este mensaje está dirigido a Jerusalén para alimentar la esperanza. Pero está dirigido también a cada uno de nosotros, de la Iglesia. ¿Qué significa el vestido de luto? Significan las tristezas, las desesperanzas, las desilusiones, los lamentos que me impiden vivir con la esperanza y con la alegría que me da Jesucristo. ¿Qué vestido de luto siento que tengo que dejar? ¿Qué vestido de fiesta me pide Dios

poner en mi vida? Esta es nuestra confianza. Vístete de la gloria de Dios. Esta es nuestra confianza.

Esto que cantábamos antes, "El Señor ha estado grande con nosotros. Estamos alegres". Estamos alegres hoy porque el Señor nos invita a entrar en el camino; a dejarle espacio a Él; nos hace una oferta; y nos hace la oferta de entrar en el desierto, en el silencio, para escucharlo; y nos invita a prepararnos para encontrarnos con Él.

Allanar. Rellenar. Rebajar. Enderezar. Igualar. Es decir: fidelidad, salir de vacíos, de desalientos, de barrancos, de ambiciones, de autosuficiencia, de arrogancia...

Queridos amigos: el Señor nos está preparando para recibirlo en la Navidad. Esta memoria que hacemos de la Navidad, para nosotros es esencial. El Señor nos invita a entrar en el camino. Pero nos invita a entrar en el camino con un cartel que no diga: "Prohibido el paso". Necesitamos entrar en ese camino con todas las consecuencias. Es el camino que Jesús nos ofrece. Y, naturalmente, para entrar en ese camino, el Señor nos dice: podéis girar también; si os dais cuenta de quién soy yo, de lo que os ofrezco, de lo que os entrego, girad. Girad y haced mi camino. Que lo es de verdad; de vida; y os lleva a vivir en la alegría de ese amor de Dios que Él nos regala para que regalemos a todos los hombres. Esto es: preparad el camino para recibir a Jesucristo.

HOMILÍA DEL CARDENAL OSORO EN LA CONSAGRACIÓN DE DOS MUJERES EN EL 'ORDO VIRGINUM'

(4-12-2021)

Querido don Jesús, obispo auxiliar. Vicario general. Vicarios episcopales. Vicario de la Vida Consagrada. Queridos hermanos sacerdotes, diáconos. Queridos miembros del Orden de las vírgenes. Queridas hermanas que hoy hacéis este compromiso para entrar en este Orden de las vírgenes, Sonsoles y Adelina. Hermanos y hermanas todos.

"El Señor ha estado grande con nosotros y estamos alegres". El Señor sigue llamando, a mujeres también, como en el inicio de la vida de la Iglesia, para servirle a Él dentro de la Iglesia diocesana, como lo hace aquí, en estos momentos, a través de estas dos hermanas. "El Señor -como hemos cantado- está grande con nosotros".

Queridas hermanas. La consagración en el Orden de las vírgenes, la *consecratio virginum*, el *Ordo virginum*, significa en definitiva hacer un camino

desde Cristo. Solo desde Cristo. Con Jesucristo. Al lado de Jesucristo. Con la fuerza de Jesucristo. Es un renovado compromiso de la vida consagrada en este tercer milenio que la Iglesia ha querido volver a tener de una forma clara y explícita en la vida de la Iglesia como estuvo desde el principio. Esta consagración establece una relación de comunión especial con la Iglesia particular, con la diócesis en la que hacéis esta consagración, con la archidiócesis de Madrid. Una relación de comunión a nivel particular y universal, pero definida por un vínculo peculiar que determina la adquisición de un nuevo estado de vida, y os introduce en este *Ordo virginum*.

Virginidad, esponsalidad y maternidad son tres perspectivas que permiten describir la experiencia espiritual que hoy asumís vosotras, queridas hermanas, y que antes que vosotras, Sonsoles y Adelina, han asumido otras hermanas nuestras. Virginidad. Vivir y dar la vida solo para Dios, solo para el Señor, en el servicio concreto de la Iglesia. Asumir esa esponsalidad con la Iglesia, pero a través de una Iglesia concreta que vive y camina, con sus alegrías, y también a veces con sus dificultades. Y la maternidad. Tres perspectivas que son importantes. Y vuestra forma de vida es el seguimiento evangélico: seguir a Jesús según nos va relatando el Evangelio. Naturalmente, con la sensibilidad y la personalidad que cada una de vosotras tenéis en ese seguimiento de Jesucristo.

Una tarea esencial en vuestra vida es la oración. Contemplar la belleza de Jesucristo, aquel que nos ama, aquel con el que queremos entrar en una comunión con Él, y con el mundo también, donde nosotros, unidos a la Iglesia, queremos anunciar el Evangelio de Jesucristo.

Por eso, yo doy gracias a Dios esta noche: junto a toda la Iglesia, junto a todos los sacerdotes que están aquí conmigo, concelebrando y viviendo este momento que, para vosotras, es un momento especialmente importante. Como nos ha dicho hace un instante el libro de Baruc, si os habéis dado cuenta, invitaba a la Iglesia: "Iglesia, vístete las galas de la gloria de Dios". Es verdad que lo decía para Jerusalén. Pero todos los que estamos aquí pertenecemos a la nueva Jerusalén, a la Iglesia de Cristo, y este grito de Baruc, del libro de Baruc, "Iglesia, vístete las galas de la gloria de Dios", en definitiva es vestirse de una pertenencia exclusiva a Dios, para siempre, para toda la vida. Y esto es lo que asumís; esta gloria es la que queréis asumir en nombre de toda la Iglesia y, asumiéndolo en vuestra propia vida, vosotras dos que hoy entráis en este orden.

Lo hacéis con amor. Que vuestro amor, como nos decía hace un instante el apóstol Pablo en esta carta a los Filipenses, siga creciendo más y más en penetración y en sensibilidad. Amad a la Iglesia como la Iglesia es y se presenta. Veis que.. es verdad que la Iglesia triunfante de los santos es bella, pero los que militamos aún todavía en este mundo, y que somos con ellos miembros de la Iglesia, naturalmente que necesitamos: necesitamos de vuestro amor, necesitamos de vuestra entrega, necesitamos de esa pasión por Jesucristo Nuestro Señor para que Él reluzca plenamente en la vida de la Iglesia. Hacedlo como hoy os comprometéis: creciendo más y más en la penetración y en la sensibilidad en el amor de Jesucristo.

Por eso, acogemos esta noche esta lectura y esta proclamación que hemos hecho del Evangelio de san Lucas: "Preparad el camino del Señor". Juan Bautista recoge las palabras del profeta Isaías: "Preparad el camino al Señor". De eso se trata. De preparar un camino para que el Señor llegue a nuestra vida. La pregunta de todos nosotros, y la vuestra también, queridas hermanas, es esta: ¿cómo preparar un camino al Señor en mi vida? ¿Cómo hacerlo? ¿Cómo hacer espacio a Dios en medio de las prisas, de la agitación, del activismo que vivimos, que a veces impide escuchar interiormente? ¿Cómo hacerlo?

Queridas hermanas: vosotras sois respuesta. Entregáis la vida y la consagráis totalmente al Señor en esta Iglesia concreta que camina en Madrid. Y lo hacéis en la situación en que nos hablaba también hace un instante Juan Bautista. Nos decía así el Evangelio: "En el año decimoquinto del imperio del emperador Tiberio vino la palabra de Juan en el desierto". El Evangelio de Lucas sitúa la misión de Juan Bautista en el marco de la historia del mundo pagano, de Israel. Y lo hace con un tono solemne: "En el año decimoquinto del imperio del emperador Tiberio".

Queridos hermanos, queridas hermanas: sí. La salvación de Dios acontece en la historia bien concreta, como nos lo presenta el Evangelio de hoy. La salvación, la vida plena de Dios y que Dios nos ofrece, acontece en nuestro año, en este instante, en nuestra historia personal, con nuestros problemas, con nuestras esperanzas, con nuestras insatisfacciones, con nuestros deseos de vida, en nuestra situación concreta. Allí donde cada uno se encuentra, tal y como está en realidad, Dios viene a nosotros siempre en esta realidad concreta. Y viene a vuestra vida en esta consagración que hacéis hoy.

El Evangelio nos ha dicho que vino la palabra de Dios sobre Juan en el desierto. No es en Jerusalén: es en el desierto donde Juan recibe la palabra. Y esto es significativo. El desierto significa lugar de silencio, de distancia crítica de las corrientes de moda, de todo aquello que nos separa de lo esencial. Y, en ese sentido, vuestra consagración hoy, para todos nosotros, para la Iglesia diocesana, incorporándoos al Orden de las vírgenes con otras compañeras vuestras, significa para nosotros que queréis entregar y hacer ver a los hombres y mujeres que caminan con todos nosotros lo esencial, siempre lo esencial. Juan nos enseña a escuchar en el desierto de nuestro corazón a Dios. ¿Quién escuchará a Dios en el desierto? ¿Quién lo escuchará en el desierto de su corazón? ¿Qué es lo que nos ayuda a ir a lo esencial en nuestra vida? ¿Cómo preparar el camino al Señor en este Adviento?

Para hacerlo, lo habéis escuchado queridos hermanos y hermanas en el Evangelio que hemos proclamado, el Bautista echa mano del texto de Isaías y nos habla de preparar el camino al Señor. Pero hay en este texto cinco verbos sugerentes, detrás de los cuales está diseñado todo el trabajo que tenemos que hacer en este Adviento. Hay que allanar senderos. Es decir, hay que recuperar la fidelidad a Dios, sin baches de ningún tipo. Y en ese sentido, este momento en que hacéis esta consagración, mostráis que queréis hacerlo con todas las consecuencias. Allanar senderos.

Hay que rellenar los valles. Es decir, hay que recuperar para todos nosotros, siempre, salir de los vacíos, salir de los sinsentidos que a veces este mundo está provocando; dejar los barrancos, dejar el desaliento, dejar las desconfianzas, ponernos en una confianza absoluta en Dios. Gracias porque en vuestra consagración asumís también esta realidad. Sí. Rellenar los valles.

Rebajar los montes, nos decía también. Es decir, rebajar ambiciones, dejar la autosuficiencia, dejar la arrogancia. Esta consagración significa también esto. Podíais tener las ambiciones de todos los hombres; en estos momentos vuestra ambición es poner toda vuestra vida entera, en una esponsalidad absoluta, al servicio de Dios y en el servicio de Dios, de Cristo, al servicio de la Iglesia.

Enderezar lo torcido nos decía otro verbo de los que Juan Bautista pronuncia. ¿Qué caminos torcidos hay en mi vida? Necesitamos salir, queridos hermanos, cada vez más de las ambigüedades, sí, en las que nos movemos cada día; de esas ambigüedades de "sí pero no", de "ya pero dentro de un poco". Es necesario acoger

a Jesucristo Nuestro Señor en nuestro corazón y en nuestra vida como el único camino que tenemos los hombres para, no solamente tener vida en nosotros, sino para dar vida a todos los que nos rodean. Gracias, queridas hermanas, porque esta consagración ratifica de verdad este sentido que tiene enderezar lo torcido, quitar ambigüedades de la vida, reconocer que el camino y la verdad la tiene Jesucristo. No nace de nosotros mismos ni de cualquiera de nosotros que venga gritando junto a nosotros.

Igualar lo escabroso. Nivelar. Nivelar con justicia todas estas desigualdades que hay en este mundo, donde unos tienen todos los derechos y otros ni siquiera tienen un trocito de pan para llevar a su boca. Preparar el camino del Señor consiste en definitiva en crear relaciones auténticas. Sí. En pasar de la injusticia a la justicia, de la angustia a la confianza, de la tristeza a la alegría, de hacer una vida cada día más humana, más feliz para todos los hombres.

Este programa tan concreto se cierra con una afirmación que escuchábamos hace un momento en el Evangelio: "Y toda carne verá la salvación de Dios". Hoy, en esta celebración que estamos haciendo, en esta consagración para entrar en el Orden de las vírgenes de estas dos hermanas, es cierto que la salvación de Dios, que la vida plena está ofrecida a todos, se ofrece a nosotros. Esta es la buena noticia del Evangelio: que Dios nos ofrece su amor y su vida a todo ser humano sin excepción, y que hay dos hermanas que hoy, delante de nosotros, lo muestran regalando la vida entera y poniéndola enteramente, sin guardar nada para sí mismas, al servicio de Dios a través de la Iglesia.

Queridos hermanos: hoy el Señor nos está invitando a la esperanza. A una manera nueva de vivir. A hacer realidad lo que hace un momento escuchábamos en la primera lectura del libro de Baruc: "Jerusalén, despójate de tu vestido de luto y aflicción, y vístete las galas perpetuas de la gloria que Dios te da". Este mensaje está dirigido a Jerusalén para alimentar la esperanza en la vuelta de los desterrados en Babilonia, pero es una llamada para todos nosotros a la esperanza. Es una invitación a un cambio de actitud ante nuestra vida. Porque el vestido de luto, ¿qué significa? Significa nuestras desesperanzas, nuestras tristezas, nuestros continuos lamentos que nos paralizan y nos impiden vivir la esperanza y la alegría. Hoy nosotros nos preguntamos, en estas vísperas del domingo: ¿qué vestido de luto siento yo que tengo que dejar? O mejor, positivamente: ¿qué vestido de fiesta Dios me está ofreciendo? Esta es nuestra confianza, nos decía el apóstol

Pablo en la segunda lectura: "El que comenzó en nosotros la obra buena, él mismo la va a llevar a término".

Queridas hermanas: es un momento especialmente importante. Vosotras, para ayudar a toda la Iglesia diocesana, cultivad el sentido de pertenencia a Cristo. Cultivad el sentido de pertenencia a la Iglesia. Es nuestra Madre, la Iglesia. Es la que nos ha dado lo mejor que tenemos: la vida de Cristo, queridos hermanos, a veces a través de miembros que no somos lo que tendríamos que ser. Cuidad la dimensión contemplativa de vuestra vida. Tened asiduidad en el camino penitencial, interés siempre en profundizar cada día más y más en el conocimiento de la Escritura, del Magisterio de la Iglesia. Y tened una pasión por hacer visible el Reino de Dios con vuestra consagración y con vuestra vida, con una presencia coherente en medio de este mundo con la vocación a la que el Señor os llama y que vosotras hoy aceptáis con todas las consecuencias.

Queridos hermanos y hermanas: para todos nosotros este segundo domingo de Adviento, con esta consagración, con esta consecratio virginum y del Ordo virginum, es un día de alegría; es un día de fiesta; es un día donde vemos que nada es imposible para Dios; que hay personas que en medio de este mundo, en el día a día normal, hacen la consagración de su vida entera viviendo la esponsalidad con Jesucristo Nuestro Señor. Por eso, todos podemos decir esta noche: "el Señor está grande con nosotros y estamos alegres". Con esa alegría que no es la del triunfo de la vida, sino la alegría de sentirnos amados y queridos por el Señor. Gracias por vuestras vidas, Sonsoles y Adelina.

Amén.

HOMILÍA DEL CARDENAL OSORO EN LA VIGILIA DE LA INMACULADA

(7-12-2021)

Queridos obispos auxiliares don Santos y don Jesús. Vicario general. Deán de la catedral. Rector del Seminario. Hermanos sacerdotes. Queridos seminaristas. Hermanos y hermanas.

Esta noche, vísperas de esta entrañable fiesta para todos los cristianos de la Inmaculada Concepción, nos reunimos en torno a nuestra Madre la Virgen Inmaculada. Con María somos capaces todos nosotros de ofrecer esperanza. Los dolores de hoy, la esperanza del mañana, los asumimos y los consideramos desde María. Estamos dentro de una historia, queridos hermanos, marcada por muchas situaciones: tribulaciones, violencias, sufrimientos. El Papa, en esta última visita que ha realizado, nos ha hecho ver situaciones que viven hermanos nuestros heridos, oprimidos, a veces pisoteados. Queridos hermanos: todo eso a causa de esa pobreza que a menudo están forzados a vivir tantas personas en nuestra sociedad. Y María nos invita a que nosotros entreguemos esperanza.

Precisamente, en este momento de la historia, ¿qué es lo que se nos está pidiendo a nosotros, los cristianos, ante las realidades que viven los hombres? Ni más ni menos que alimentemos la esperanza del mañana aliviando el dolor de hoy. Están unidas las dos cosas. Si tú no vas por delante aliviando los dolores de hoy, difícilmente tendremos esperanza mañana. La esperanza que nace del Evangelio no consiste en esperar pasivamente que en el futuro las cosas vayan mejor. Esto no es posible sin realizar hoy de manera concreta esa promesa de la salvación de Dios. La esperanza cristiana no es ciertamente un optimismo mal entendido, no es un optimismo adolescente, del que espera que las cosas cambien y mientras tanto sigue haciendo su propia vida. La esperanza cristiana es construir cada día, con gestos concretos, el reino del amor, la justicia y la fraternidad que inaugura Jesús gracias a esta Madre excepcional que esta noche nos reúne a nosotros en estas vísperas de la Inmaculada Concepción.

Queridos hermanos, hay una imagen de la esperanza que Jesús siempre nos ofrece: la de su Madre, la que hemos escuchado en el Evangelio, en esos misterios que hemos rezado antes de comenzar la celebración de la Eucaristía. Es una imagen sencilla e indicativa. Al mismo tiempo, es una imagen que brota sin hacer ruido. Estas palabras de nuestra Madre, "he aquí al esclava de Señor, hágase en mí según tu palabra", surgieron o hicieron surgir la esperanza verdadera. Sí: la esperanza que es ternura. Es ternura. Es esa compasión que te lleva a la ternura, que nos toca a nosotros el corazón, que nos hace superar cerrazones, rigideces.

Queridos hermanos: nosotros, con la Iglesia, desde María y con María, demos esta esperanza. Esta esperanza que Ella dio mostrando a Dios, y prestando la vida para mostrar el rostro de Dios. Es importante que mostremos esta esperanza, queridos hermanos. Las páginas del Evangelio que acabamos de escuchar nos ayudan. El Señor nos invitaba a cantar un cántico nuevo a través del salmo 97 que hemos rezado juntos. El Señor nos hacía unas preguntas: ¿Dónde estás? ¿Quién te informa en tu vida? ¿Cómo la construyes? ¿Desde dónde la haces? ¿Qué es lo que estás haciendo, o qué es lo que has hecho? Y sin embargo, al mismo tiempo que nos hace preguntas, el Señor, a todos los que estamos aquí, somos conscientes que nos ha elegido en la persona de Cristo para tener su santidad, para mostrar su amor, para destinarnos en este mundo a manifestar que somos hijos de Dios y hermanos de todos los hombres. El Señor desea de nosotros, mostrándonos a su Santísima Madre, que seamos también alabanza de su gloria.

Pongámonos en el camino, queridos hermanos. Pongámonos en ese camino en el que se puso la Santísima Virgen María. Porque María caminó. Nos lo enseña el Evangelio. Después del anuncio del ángel, ella camina hacia la casa de Isabel para acompañarla en la última etapa del embarazo. Caminó presurosa hacia Jesús cuando faltaba el vino en la boda. Y ya mayor, quizá con cabellos grises por el pasar de los años, caminó también hacia el Gólgota para estar al pie de la cruz. En el umbral de la oscuridad y del dolor no se fue: caminó para estar allí. En la escuela de María aprendemos a estar en camino para llegar allí donde tenemos que estar, al pie y de pie, entre tantas vidas que quizá han perdido el horizonte y han perdido la esperanza. Hoy, en esta fiesta de la Inmaculada Concepción, aprendemos a caminar en la escuela de María: a caminar en nuestro barrio, en nuestra ciudad de Madrid. No con soluciones mágicas. No con respuestas quizá instantáneas. No con respuestas que dan efectos inmediatos. No a fuerza de promesas fantásticas. No, queridos hermanos. En la escuela de María aprendemos a caminar y a nutrir el corazón con la riqueza de la que ella nutrió su vida: con Dios mismo. "Aquí estoy, aquí me tienes, hágase tu voluntad".

María caminó. Y en esta fiesta de la Inmaculada Concepción nos invita a todos nosotros también a caminar. Pero al mismo tiempo, María cantó, llevando la alegría de quien canta las maravillas que Dios ha hecho con la pequeñez de su servidora. Como buena madre, suscita el canto dando voz a tantos que de una u otra forma quizá han podido sentir que no podían cantar. Pero al lado de María también tienen ese canto. María le dio la palabra a Juan cuando saltó en el seno de su madre; le dio la palabra a Isabel cuando le dijo Isabel a María: "dichosa tú que has creído, que lo que ha dicho el Señor se cumplirá"; le dio la palabra al anciano Simeón para profetizar y para soñar. María nos da la palabra a cada uno de nosotros. En la escuela de María aprendemos que la vida está marcada, no por el protagonismo, sino por la capacidad de hacer que los demás sean protagonistas porque los amamos con el mismo amor de Dios. María nos brinda coraje, nos enseña a hablar y, sobre todo, nos enseña a vivir. Y esta noche acogemos las enseñanzas de María. María fue protagonista. En la escuela de María aprendemos el protagonismo que no necesita ni humillar a nadie ni maltratar a nadie, ni desprestigiar a nadie, ni burlarse de nadie. Es el protagonismo que no tiene miedo nunca. No tiene miedo ni a la ternura ni a la caricia y, sobre todo, sabe del servicio. Del servicio.

¡Qué maravilla esta mujer que esta noche nos reúne aquí a nosotros, en esta catedral de Madrid Esta mujer que hizo el mayor servicio que se puede hacer:

prestar la vida a Dios para que Dios tomase rostro humano. Y para que, tomando rostro humano, nosotros lo pudiéramos conocer, y no solamente conocer, sino ser discípulos suyos. Con María, el Señor nos custodia. Nos cuida. Y nos cuida para que no endurezcamos nuestro corazón. Para que podamos conocer constantemente la fuerza que tiene la solidaridad, la fuerza que tiene el dejar latir el corazón al unísono del corazón de Dios.

María caminó, y María cantó, queridos hermanos. "Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador". Y María nos acogió como hijos ante la cruz. Ante el Hijo que daba la vida por los hombres: ahí, ahí nos acogió a todos nosotros como Madre nuestra. ¿Cómo no hacer verdad lo que la palabra de Dios nos ha dicho? ¿Cómo no cantar al Señor un cántico nuevo por las maravillas que ha hecho siempre y en nosotros? Nos ha dado una Madre. No estamos solos. Nos ha dado una Madre que nos enseña a caminar, y a cantar y a servir. Nos ha dado una Madre que también hoy, como buena madre, nos hace las mismas preguntas que quizás a Adán y a Eva les dio mucho miedo contestar. Pero a una Madre se le contestan fácilmente. ¿Dónde estás? ¿Qué haces? ¿Quién te enseña? ¿Dejas que Dios te enseñe? ¿Dejas que Jesucristo te hable? ¿Qué es lo que estás haciendo en este momento de tu vida y de la historia de los hombres?

María es esa buena Madre que hizo experimentar a Juan, al primero, al que cogió al pie de la cruz, y después a todos nosotros; es la que nos hace descubrir que Jesús, su Hijo, nos ha elegido. Que, queridos hermanos, no estamos hoy en la catedral de Madrid por pura casualidad; hemos sido elegidos y llamados por Jesucristo Nuestro Señor. Nos ha elegido en la persona de Cristo, pero no para cualquier cosa. Como nos decía hace un instante el apóstol Pablo en ese texto de la carta a los Efesios, nos ha elegido para ser santos, para amar, para entregar el amor de Dios. Él quiere y nos da a su Madre para hacer posible que nuestro destino sea el entregar a los demás el rostro de lo que es ser hijos de Dios, y el rostro que provoca la gracia de Dios cuando entra en nuestra vida.

Querido hermanos, habéis escuchado en el Evangelio que hemos proclamado: María camina y María canta. María camina desde el momento en que le dijo a Dios, como hemos escuchado en el Evangelio, "aquí está la esclava del Señor". Y lo hace en la alegría, en la gracia de Dios, en el cumplimiento de su palabra. Y hoy, esta Madre nuestra, la Inmaculada Concepción, se acerca a nuestra vida y nos invita también a caminar y a cantar en el camino. A caminar con alegría.

Somos hijos de Dios: el título más grande que un ser humano puede tener. Y por ser hijos de Dios, somos hermanos de todos los hombres. No podemos ver cómo se deshacen los hombres los unos a los otros en cualquier parte de la tierra, o entre nosotros. No podemos verlo, porque lo nuestro es ser hijos. Hemos encontrado la gracia en ser hijos, y lo nuestro es lo mismo que lo de nuestra Madre. "Aquí me tienes", le dijo a Dios. Y nuestra Madre nos enseña precisamente a decir a Dios: "Aquí estoy, Señor, con debilidades, con inconsecuencia, con pecados también, pero aquí me tienes, junto a tu Madre, que es tu Madre y mi Madre. Y mi Madre me cuida y me va a llevar a buen término siempre". Como nos lleva ahora, queridos hermanos, al encuentro con Jesucristo que se hace presente en altar dentro de un momento. Acojamos a su Hijo, como lo acogió nuestra Madre. Y sintamos el gozo de cómo nuestra Madre nos lleva al encuentro de Jesús.

A María, el ángel, como habéis escuchado, le dijo: "No temas, has encontrado gracia ante Dios". A nosotros, esta noche el Señor nos dice: "No temáis, os he dejado a mi Madre, y os la he dado como Madre vuestra".

Amén.

HOMILÍA DEL CARDENAL OSORO EN LA MISA DEL GALLO

(24-12-2021)

Queridos hermanos obispos auxiliares, don José, don Santos y don Jesús. Querido rector del Seminario Metropolitano, vicarios episcopales, hermanos sacerdotes. Queridos seminaristas. Hermanos y hermanas.

Hoy nos ha nacido un Salvador. El hecho de que estemos aquí esta noche reunidos, el hecho de que en todas partes de la tierra se esté celebrando la Eucaristía a estas mismas horas en muchos lugares del mundo, no es casual: es que Dios ha venido a este mundo; es que Dios se ha hecho presente; es que Dios tomó rostro humano entre los hombres. Es que Dios nos ha manifestado y revelado una manera de vivir y de existir absolutamente nueva. Y en todas las circunstancias de la historia, desde hace 21 siglos, se ha visto la necesidad de acoger esta manera de vivir y de entender la vida, porque daba dignidad, no solamente a quienes lo vivían, sino también a aquellos a quienes se les entregaba esta noticia.

Queridos hermanos: el Señor, el Salvador ha nacido. Está entre nosotros. Y el Señor nos invita a cantar un cántico nuevo. A bendecir su nombre con nuestras palabras y con nuestras obras. A proclamar la grandeza y la victoria de este Dios. A contar a todos los pueblos, en las diversas situaciones en las que están y en las que viven, las maravillas que se realizan precisamente en los hombres y mujeres que acogen en su corazón la vida de Jesucristo Nuestro Señor.

Hoy es un día de alegría para todos nosotros. Es un día en el que ha llegado a este mundo quien rige la tierra con justicia y con fidelidad. Es un día en el que, como nos ha dicho el profeta, el pueblo, el mundo, los hombres que caminaban en tinieblas, han visto una luz grande. Habitaban en sombras, y una luz ha brillado, y sigue brillando.

Queridos hermanos: en estos momentos que vive el mundo, en las circunstancias verdaderas en que muchos pueblos están viviendo, en las diversas situaciones, en culturas distintas en las que los hombres se mueven, decidme queridos hermanos si no es importante anunciar que Cristo ha venido a este mundo; que una manera nueva de existir y de vivir es entregada al hombre, y no por otros hombres, sino por un Dios que ha tomado rostro humano, que se convierte en maravilla de consejero, que se convierte en Príncipe de la Paz. Es el Señor que sostiene, que consolida la justicia y el derecho para todos los hombres.

Ha aparecido, queridos hermanos. Y es lo que estamos celebrando esta noche. Ha aparecido la gracia de Dios. Sí. Jesucristo. La gloria del gran Dios y salvador. El Señor. Ha aparecido este Dios que nos enseña a renunciar a la impiedad y a los deseos mundanos, y a llevar una vida honrada y religiosa, a llevar una vida en la que nosotros podamos sentir de verdad esto que nos ha dicho el Señor: "Amad a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a vosotros mismos". Este es el día en el que se cumple lo que acabamos de escuchar en esta página preciosa del Evangelio, el capítulo 2 de san Lucas, donde en un tiempo determinado de la historia, siendo emperador de Roma un hombre concreto, siendo gobernador de Siria Quirino, un hombre y una mujer, María y José, suben a inscribirse según el decreto que habían dado de hacer un censo nuevo; y, mientras estaban allí, llegó el tiempo del parto, y María dio a luz al hijo primogénito.

Este hecho, queridos hermanos, es el que nosotros estamos celebrando. Pero yo os pediría que todos nosotros nos sintiésemos como los pastores de Belén:

la gloria del Señor, nos ha dicho el Evangelio, los envolvió de claridad; aquella claridad transformó la noche que caía sobre Belén de Judá en un día, en una luz nueva; gracias a la luz de aquella noche, los pastores se vieron inmersos en una extraordinaria claridad. No solo había luz en torno a ellos, sino que también había una luz interior; esta luz nos alumbra todos en esta Nochebuena.

Esta mañana he celebrado la Misa en la cárcel de Soto del Real. Un muchacho, un chico, de Irán, había pedido hace tiempo el bautismo; alguien que no conocía al Señor, y lo ha conocido en la cárcel. En la propia situación de la vida que le llevó a estar en esas circunstancias. La noche cerrada para este joven, que terminó en una cárcel aquí, en Madrid, se ha convertido en claridad. Y esta mañana él lo decía y lo manifestaba, antes incluso de decir sobre él y derramar el agua: "Yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo". La noche cerrada de su vida, tanto en su país, del que tuvo que salir, como de entrar aquí en España, donde terminó en la cárcel, se convirtió en luz; se convierte en claridad que lo envuelve. Porque, queridos hermanos, cuando el ser humano mira al interior de sí mismo, Dios se manifiesta con una luz que nos permite descubrir nuestro propio misterio: el misterio que llevamos en nuestro corazón.

Que la luz del nacimiento del Señor ilumine la noche, queridos hermanos, de nuestro mundo. Y que ilumine la noche del corazón de los hombres.

En la carta pastoral que os escribo al iniciar siempre el curso, y que os he escrito este año, con el título Dame de beber; esta expresión que utiliza la mujer samaritana que, cuando Jesús le pide agua, ella le responde: "¿Cómo me pides a mí de beber, si eres enemigo, si eres judío, no eres samaritano?". Cuando Jesús sigue hablando con ella: "Si tú supieras quién te pide de beber, tú misma me pedirías el agua a mí". Hermanos: hoy, el ser humano tiene sed; hoy en Madrid hay sed; hoy los jóvenes tienen sed. ¿Seremos capaces de abreviar esa sed?

El texto del Evangelio que hemos proclamado sigue diciendo que le llegó el tiempo del parto y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió entre pañales y lo acostó en un pesebre porque no tenían sitio en la posada. No había sitio en la ciudad para él. Tuvieron que salir a los arrabales. Fuera de la ciudad. Este Dios que viene a darnos vida, que viene a darnos luz; este Dios, ha querido compartir la condición humana quizá de los más pobres, de los más olvidados, de los que no tienen sitio en la sociedad... De los que tienen sed, que hay mucha gente... A veces

a los jóvenes les hemos dado muchas cosas. Cosas. Cosas. Sé el primero. Pero no les hemos saciado la sed. Millones de seres humanos prolongan en el tiempo y en el espacio el pesebre de Belén. Él quiere encontrar sitio en nuestro corazón pero, queridos hermanos, ¿tenemos espacio para Él cuando viene a nuestro encuentro? Quizás estamos llenos de nosotros mismos, y no hay sitio ni tiempo para Dios. ¿Quién tiene un espacio interior para Él? ¿Cómo lo preparamos? ¿Hay en nuestra sociedad un sitio para Dios? ¿O intentamos que de esta cultura y de esta sociedad desaparezca la presencia de Dios? ¿Hay un intento soslayado, no directo, de matar y de eliminar la presencia de Dios? Pues, queridos hermanos, se confunden quienes hacen esto.

Millones de seres humanos prolongan en el tiempo y en el espacio la sed de Dios. Él quiere encontrar un sitio en el corazón del ser humano. No hay Navidad sin Jesús, queridos hermanos. Podemos inventar muchas cosas. Muchas distracciones. La Navidad no puede ser secuestrada por el consumismo. La Navidad no solamente son los regalos. Y, si son los regalos, es porque tienen un significado. En la carta que esta semana os escribía, os explicaba lo que significan estos regalos. Porque el primero que hizo el regalo de sí mismo fue Dios, que vino a este mundo, tomó rostro humano, se hizo regalo, se olvidó de sí mismo, y quiso entrar en nosotros. Y la tradición cristiana en estas fechas... Los cristianos de todos los tiempos se han hecho regalos. Pero, ¿sabéis cuál es el regalo que se hacían los cristianos? El comprometerse en este día de Navidad a olvidarnos de nosotros mismos y a estar junto a los demás.

La Navidad es Jesús. Había unos pastores que pasaban la noche al aire libre. Aquellos pastores escucharon lo que el Señor, a través de los ángeles, les decía: "Os traigo la buena noticia. Os traigo la gran alegría para el pueblo. Ha nacido hoy un Salvador. El Señor". Este anuncio, queridos hermanos, es para todos los seres humanos. Y nosotros los cristianos estamos empeñados, porque tenemos esa misión, de entregar esta noticia; de que no se olvide esta noticia; de dársela a todos los hombres. Pero tenemos que hacerlo, como nos dice el Papa Francisco, caminando juntos. Uno puede pensar no sé qué cosas... Pero creemos en el Señor, juntos.

No temáis: os ha nacido el Salvador. Este anuncio es para todos los seres humanos. Los pastores son los primeros destinatarios de esta buena noticia. ¿Por qué? ¿Por qué se anunció a los pastores? Fijaros en algo que es muy importante. En

aquella época, eran una clase despreciable; representaban la marginación peor de la sociedad. Si podían, robaban algo. Y el primer anuncio de esperanza y de alegría se lo dan precisamente, queridos hermanos, a los pastores. Sí. Es un anuncio que necesitamos escuchar. Esto es lo que yo les decía... lo que, en este papel, con una imagen del belén y unas palabras mías, les entregaba esta mañana a los presos de Soto del Real. "Mira a Jesús. Como lo hacen María y José. Y déjate mirar por Él. Encuentra en esa mirada la paz y el abrazo incondicional que te da, y que todos necesitamos para vivir".

Queridos hermanos: no podemos vivir sin amor. No podemos vivir sin amor. Y necesitamos que Dios nos abrace. Y sigo diciendo a los presos, pero os lo digo a vosotros también: "Jesús no te pregunto qué hiciste. Él se acerca a ti y te abraza. Dios te ama. No te juzga. Te quiere. Está contigo en todas las circunstancias que vivas. Quiere darte su vida: acógela. No dudes. Mírala y déjate abrazar por Él". Es verdad, les decía a ellos, que algo habéis hecho, y por eso estáis aquí. Pero Jesús te abraza y te dice: no lo hagas más. Sgue mis pasos.

Queridos hermanos: esto fue lo que experimentaron aquellos hombres, los pastores, los marginados de la sociedad. Esto fue. Nosotros, los discípulos de Cristo, no podemos ser espectadores de una situación que estamos viviendo; necesitamos ser solidarios, tomarnos en serio nuestra fe. Hoy nos ha nacido el Salvador. En esta noche el tiempo se abre a lo eterno. Jesús ha nacido entre nosotros. El nacimiento es el tiempo humano de Dios, y quiere que lo vivamos nosotros hoy. Nos ha santificado los años, los siglos; ha disipado nuestros miedos y los sigue disipando; renueva nuestra esperanza. ¡Qué bonito, queridos hermanos, es que en esta Nochebuena entren en nuestro corazón estas palabras! Como aquellas que entraron en aquellos pastores: "No temáis, os traigo la buena noticia, la gran alegría para vosotros y para todo el pueblo".

El amor de Dios nos abraza una vez más esta noche, en la memoria que hacemos del nacimiento de Dios entre nosotros. Dios ha amado al mundo en Cristo. En su nacimiento ha revelado a todos los seres humanos dónde está el camino de la paz, dónde está el camino de la verdad, de la justicia... Está en caminar como el Señor camina.

Esta noche le decimos al Señor: ayúdanos, Señor, a ser hombres y mujeres que construimos la paz, porque la encontramos en Jesucristo Nuestro Señor. Y que

esto lo sepamos comunicar. Que no lo guardemos para nosotros. Este Jesús, el mismo que nació en Belén, que se hace presente realmente en el misterio de la Eucaristía en este altar, en esta noche de Navidad; que a este Jesús le dejemos que abrace nuestra vida. Él nos ama. Él quiere que nosotros participemos del misterio de su vida, y que lo entreguemos.

Feliz Navidad. Que el Señor os bendiga, os guarde, y gracias por estar esta noche celebrando este día santo. Amén.

HOMILÍA DEL CARDENAL OSORO EN LA MISA DE NAVIDAD 2021

(25-12-2021)

Queridos obispos auxiliares don José, don Santos y don Jesús. Vicario general. Vicarios episcopales. Queridos hermanos sacerdotes. Queridos diáconos. Hermanos y hermanas.

"Hoy brillará una luz sobre nosotros, porque nos ha nacido el Señor". Este salmo responsorial que hemos escuchado y hemos recitado juntos nos ayuda a entender esta luz que amanece, y que es el mismo Jesucristo. Esta alegría que aparece en este mundo, que tiene nombre y rostro: Jesucristo. Y esta llamada que nos hace Dios a todos nosotros a alegrarnos y a bendecir al Señor. "Y la Palabra se hizo carne, y acampó entre nosotros. Y hemos contemplado su gloria". "La Palabra se hizo carne". Esta es la afirmación fundamental del Evangelio en este día de Navidad, en el que tomamos una vez más conciencia de que el nacimiento de Jesús no es meramente un hecho histórico más, sino que es mucho más. Él viene a nuestro encuentro. Él nos acoge a todos. Él acoge nuestra condición

humana frágil. En Jesús, Dios acoge la fragilidad y la impotencia de nuestra condición humana.

Jesús, como hemos escuchado en el Evangelio, es la Palabra. Es el designio de Dios hecho carne. Jesús hace a Dios visible, y hace a Dios cercano a todo hombre. Hemos escuchado en el Evangelio que la Palabra era la luz verdadera que alumbra a todo hombre. El Cristo. Él. Él es luz interior que alumbra nuestra oscuridad. Es luz que alumbra nuestro corazón. Y es luz, y se hace luz, con la claridad de su amor. Y este Jesús ha venido a su casa. Y, nos ha dicho el Evangelio, que "los suyos no la recibieron". Queridos hermanos: esta no es una metáfora piadosa. Decir hoy que "Dios vino a su casa, pero los suyos no lo recibieron". Quiere decir que en todos nosotros está la dramática capacidad de rechazar el amor, y también la posibilidad de poder elegir el camino que lleva a la vida o el camino en el que nosotros nos podemos malograr.

"Vino a su casa" significa también nuestra propia ceguera, en la que podemos confundir la luz con la oscuridad. "Vino a su casa. Y los suyos no la recibieron". Dios puede no encontrar un lugar entre nosotros. Dios no tiene casa, queridos hermanos, en los campos de refugiados, en los que mueren de hambre, en los que sufren el odio y la guerra cerca de nosotros, en Oriente Medio, en zonas conflictivas de nuestro planeta.

Dios, a veces, tampoco tiene casa en nuestro corazón cuando no podemos o no queremos acogerlo. Por eso, en este día de Navidad, en el que el Señor se hace de una forma especial presente entre nosotros, podríamos preguntarnos: ¿Tengo yo un espacio para Dios cuando Él trata de entrar en mi vida? ¿Tengo tiempo y espacio para Él?

El Evangelio nos decía que "la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros". Es llamativo que el evangelista utilice el término carne en vez de hombre para expresar que, en Jesús, Dios ha asumido nuestra condición humana, con todas sus debilidades y con todas las limitaciones. Ha asumido nuestra vulnerabilidad tal como hoy la vivimos. "La Palabra se hizo carne". Vive en nuestra propia vida para rebelarnos la vida en su plenitud. A veces nuestra fe, queridos hermanos, nos separa de la tierra, cuando Él hizo todo lo contrario. "La Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros". Y, a veces, como os decía, nuestra fe pareciera que no tiene que ver con lo que

vivimos. Dios ha bajado a lo profundo de nuestra existencia y, sin embargo, la vida nos sigue pareciendo vacía. Dios ha cambiado y ha acampado entre nosotros, y parece estar totalmente ausente, porque nuestras relaciones con Dios no son las que debieran de ser. Dios ha asumido nuestra carne, y seguimos sin saber vivir ajustadamente nuestra condición humana. Dios se ha encarnado en un cuerpo, y olvidamos que nuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo; es decir, es lugar de vida, es lugar de amor, es lugar de entrega, es lugar de servicio, es lugar de fidelidad. Su amor y lealtad se han hecho realidad y nosotros, quizá, no lo percibimos. Se nos ha comunicado la vida y la luz, y tal vez nosotros seguimos caminando por caminos de muerte y oscuridad.

Pues, queridos hermanos, hoy, en esta fiesta de la Navidad, estamos invitados a abrirnos al misterio de Dios que ha aparecido en Jesús. "Hemos contemplado su gloria; gloria propia del hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad", nos decía el Evangelio que hemos proclamado. Habéis contemplado su gloria, queridos hermanos. La vida se ha manifestado en Jesús; se hace presente con esta fuerza de amor más poderosa que nuestras tinieblas, más poderosa que la muerte y que nuestros infiernos. Porque la fuerza de la Vida con mayúscula ha triunfado en la mañana de Pascua. Ese rostro de Jesús que destruye la muerte es el amor infinito de Dios que ha llegado hasta nosotros, queridos hermanos. Nunca sabremos agradecer a Dios lo que ha hecho por nosotros, el amor que nos tiene, la entrega que hizo por nosotros. Y no solamente es el misterio de Dios el que se esclarece en Jesucristo. Es que, queridos hermanos, en Jesucristo se esclarece el sentido del mundo y el sentido de la vida humana.

Retirar a Dios es una grave tentación de una cultura que quiere imponerse: el eliminar a Dios de la presencia, de la historia -imposible hacerlo, pero es verdad que hay intentos-. Eliminar a Dios destruye. Destruye la vida, destruye la convivencia, destruye la amistad social, destruye nuestras relaciones de hermanos, destruye la fraternidad universal. El misterio de Dios esclarece el sentido del mundo, queridos hermanos, y el sentido de la vida humana. Cuánta gente hoy está en búsqueda precisamente de ese sentido que tiene que tener la vida humana, y del sentido que tiene que tener el mundo. Sí. La vida se ha manifestado en Jesús de una forma incomparable a través de este ser de carne y hueso semejante en todo a nosotros. Y ahí, en Jesús, nuestra vida cobra el sentido. Cobra todo su sentido.

No me digáis, queridos hermanos, que no tiene actualidad aquella parábola en la que el Señor, para explicarnos en qué consiste amar a Dios y al prójimo, nos relata la parábola de aquel samaritano que se encuentra con un hombre al que le han dado una paliza tan impresionante que le han dejado medio muerto. Y es el único que se acerca: se baja de su cabalgadura, se acerca a aquel que estaba medio muerto, lo cura, lo venda, lo toma en sus brazos, lo sube a su cabalgadura, lo lleva a un lugar para que lo cuiden, y nunca se desentendió de él. "Volveré. Cuidadlo. Volveré. Pagaré lo que os hayáis gastado".

Queridos hermanos: el misterio del mundo, y el sentido del mundo, y el sentido y el misterio de la vida humana, se esclarece en Jesucristo Nuestro Señor. El misterio de la vida humana en estos momentos de la historia que estamos viviendo, donde ciertamente hay sed, queridos hermanos; hay sed: el ser humano tiene sed, los jóvenes tienen sed. En la carta pastoral que os escribí, como hago todos los años en el inicio de curso, titulada *Dame de beber*, aproximaba la realidad que hoy estamos viviendo, que de alguna manera es la que expresa aquella mujer samaritana a la que Jesús se acerca cuando ella llega al pozo de Jacob a sacar agua, y Jesús mismo le dice "dame de beber". Y ella se queda en lo que a veces nosotros nos quedamos: "¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?". Porque todos sabéis que no se llevaban: judíos y samaritanos eran enemigos. Pero Jesús alcanza el corazón de esta mujer: "Si supieras quién te pide de beber, serías tú la que me pedirías agua a mí". "¿Cómo tú, si no tienes cubo para sacar el agua, cómo me vas a dar agua?". Y en aquella conversación, queridos hermanos, que tiene Jesús con aquella mujer, le hace descubrir la verdad de su vida: está sola; está no viviendo la imagen verdadera que, como imagen de Dios, somos todos los hombres. Y el Señor, en aquella conversación, la lleva a que se sitúe en la verdad de su vida.

Este momento histórico que estamos viviendo, queridos hermanos, es para nosotros un momento especial también. Hoy hay mucha gente quizá diciendo "dame de beber". Lo están diciendo los mayores, para los cuales a veces hemos hecho unas jaulas preciosas, pero están solos. Solos. Hemos hecho multitud de instituciones para educar a nuestros hijos, pero tienen sed. No les hemos regalado la vida que se manifiesta en Jesucristo. Hay sed, queridos hermanos. Tenemos sed todos. Todos necesitamos de este sentido que Cristo da a la vida y al mundo. Todos necesitamos este Jesús Resucitado que está presente en nuestro corazón y en nuestro mundo.

Hoy deseamos percibir su presencia en nosotros. Queremos celebrar una Navidad llenos de alegría y de esperanza, queridos hermanos.

Esto es lo que nos decía hace un instante el profeta Isaías: "Acuérdate. Viene tu Salvador". Él te da esperanza. Él llama a un pueblo santo. Y lo llama para que experimente las grandezas del amor de Dios y lo proclame en medio de este mundo. Es un Dios que viene a salvarnos. Y nos viene a salvar por su misericordia, como nos decía el apóstol Pablo: se ha manifestado la bondad de Dios. Se ha manifestado el Salvador. Se ha manifestado el amor que tiene a los hombres. Se ha manifestado que la esperanza que todos anhelamos tener en la vida, la realización plena que nosotros queremos tener, se realiza y se da en Jesucristo Nuestro Señor.

Queridos hermanos: "La Palabra se hizo carne. Y acampó entre nosotros". Lo habéis conocido. Sabéis, queridos hermanos, la diferencia que existe cuando Jesucristo está en vuestro corazón, y cuando está en vuestras propias, o en nuestras propias miserias y en nuestras propias orientaciones. Dios nos orienta hacia el otro. Dios nos orienta a descubrir en Él el camino verdadero y la verdad. Y este es Jesucristo Nuestro Señor, al que con gran alegría hoy hemos recibido. Queridos hermanos: qué hondura alcanza nuestra vida cuando nos ponemos en torno al belén y descubrimos a un Dios poderoso que hizo cuanto existe, que nos creó a su imagen y semejanza, y que viene a encontrarse con nosotros. La bondad de Dios alcanza tales medidas que se hace uno de nosotros para que podamos conocerlo. ¿Habéis caído en la cuenta de lo que supone que Dios nos regale su tiempo? Ya no es un Dios escondido: es accesible. Qué bien los comprobaron aquellos pastores que fueron a Belén a verlo. El que es eterno, no ha tenido inconveniente en asumir el tiempo. El que está por encima del tiempo, ha asumido nuestro tiempo, ha tomado rostro humano, y quiere entrar en nuestro corazón.

Queridos hermanos: que en estas circunstancias que estamos viviendo en esta pandemia que está sufriendo la humanidad, quizá en estas desorientaciones que podemos tener en estos momentos de la historia, dejemos entrar a Jesucristo en nuestra vida. Hagamos la prueba. No nos engaña: nos da todo; nos da su vida, nos da su modo de hacer y de vivir, y nos ofrece esa capacidad de construir este mundo, no con las fuerzas de los hombres -que el que más puede es el que se sitúa-, sino con la fuerza de Dios que nos hace mirar al que menos puede porque

es nuestro hermano, para elevarle y sacarle a la condición en que Dios lo ha puesto. Es hijo de Dios, como nosotros, y es hermano nuestro por la condición que tiene de hijo de Dios.

Feliz Navidad, queridos hermanos. A todos. Es un día entrañable para todos. Y para experimentar la fuerza que tiene el ser cristiano. Es el título más bello y más hermoso que puede tener un ser humano. Ser cristiano, discípulo de Cristo, seguidor del Señor, miembro de una Iglesia que está extendida por toda la tierra y que sigue anunciando la presencia del Salvador en medio de los hombres.

Que el Señor os bendiga y os guarde siempre.

Amén.

HOMILÍA DEL CARDENAL OSORO EN LA MISA DE LA FESTIVIDAD DE LA SAGRADA FAMILIA

(26-12-2021)

Queridos obispos auxiliares don José y don Santos. Vicario general. Vicarios episcopales. Hermanos sacerdotes. Queridos hermanos y hermanas. Queridos delegados de Laicos, Familia y Vida de nuestra archidiócesis de Madrid, José y María: gracias por vuestro trabajo y por vuestra entrega en favor de la familia.

Hermanos y hermanas todos.

Hoy celebramos esta fiesta de la Sagrada Familia. Quisiera haceros caer en la cuenta de algo que a mí me parece que es especialmente importante, y es el Evangelio que acabamos de proclamar, que da sentido y da hondura a esta fiesta de la Sagrada Familia. Es el prototipo de familia que los cristianos acogemos en nuestra vida y en nuestro corazón, y que en este momento de la historia que vivimos los hombres quizá hemos de hacer posible que tenga un protagonismo especial. Hay

unas palabras en el Evangelio que centran de alguna manera el sentido profundo que tiene esta fiesta: "¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi padre?".

Para comprender bien este episodio necesitamos saber cómo era la familia en tiempos de Jesús. No se reducía a los padres y a los hijos. Era una familia patriarcal. Y todos los miembros de la familia habían subido a Jerusalén: hijos, hermanos, tíos, primos... Una unidad sociológica. Y, de repente, se dan cuenta de que Jesús no está en el grupo. Y vuelven a Jerusalén. Y es María la que se dirige a Jesús, y le dice: "Hijo, ¿por qué nos has tratado así? Mira que tu padre y yo te buscábamos angustiados". La respuesta de Jesús, si os habéis dado cuenta, es honda: "¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que debía estar en las cosas de mi Padre?". Jesús, sin comentar nada a nadie, tomó la decisión de quedarse en el templo de Jerusalén. Él no se había perdido. Él se había quedado en el templo. Y María, al decir "tu padre", se refería a José. Pero, cuando Jesús dice "mi Padre", está refiriéndose a Dios. Es como si Jesús dijera: "mi padre es Dios mismo; a Él pertenezco, en Él estoy, con Él estoy. Sí: yo estoy en mi Padre". Esta es una palabra clave: "mi Padre".

Jesús descubre, y nos hace descubrir, que se puede hacer una sociedad fundada en el amor. El Evangelio dice que ni María ni José comprendían; ellos no comprendieron lo que quería decir. Jesús no es comprendido. "María conservaba estas cosas en su corazón". Pero fijaos en algo: Jesús nos hace ver que el centro, el que dinamiza, el que sostiene la vida, el que hace que todo sea nuevo, es "mi Padre". El Padre de Jesús. La relación con Dios, la sabiduría que nos da Dios, es central.

Pues, queridos hermanos, hoy celebramos la fiesta de la Sagrada Familia. Y recordamos que Jesús, el hijo de Dios, creció y aprendió a caminar por la vida en el seno de una familia. Pero los tres habían centrado la vida y la existencia en Dios. La familia de Nazaret puede ser un ejemplo para nuestras familias cristianas si la miramos desde la perspectiva de Jesús. Hoy tendríamos también que ver que, a pesar de la situación de crisis que atraviesa la familia, la familia, sin embargo, tal y como la presenta el cristianismo, es el ámbito privilegiado para las relaciones humanas desde la libertad, desde la gratuidad, y favorecedora del crecimiento personal, social y religioso. La familia, queridos hermanos, es escuela de amistad y de amor. Es escuela de gratuidad. Por eso, hoy nos volvemos a Jesús para decirle al Señor: "Señor, que

has vivido en la familia de Nazaret, concédenos una familia a tu estilo, donde todos entendamos "mi Padre"."

Queridos hermanos, hace cinco años se promulgó la exhortación apostólica *Amoris laetitia* sobre la belleza y sobre la alegría del amor conyugal y familiar. *Amoris laetitia* ha marcado el inicio de un camino que trata de impulsar un nuevo enfoque pastoral a la realidad de la familia. La intención principal de este documento del Papa Francisco después de los sínodos sobre la familia era comunicar, en un tiempo y en una cultura profundamente cambiados, que es necesario que la Iglesia haga una nueva mirada sobre la familia. No basta, queridos hermanos, con reiterar el valor de la familia, que también es necesario; pero no basta. Es necesario convertirnos en custodios de la belleza de la familia. Estos aspectos son especialmente importantes, queridos hermanos.

En ese sentido, la Iglesia, que está encarnada en la realidad histórica, como lo estuvo Jesús, el Maestro; la Iglesia que tiene que anunciar el Evangelio, como lo hizo Jesús, se sumerge en la vida real. Conoce las fatigas cotidianas de los esposos y padres; conoce los problemas y los sufrimientos que ellos puedan tener. Pero, al mismo tiempo, la Iglesia quiere acompañar, escuchar y bendecir a las familias. Anunciar el Evangelio acompañando a las personas, y poniéndonos al servicio de su felicidad. Sí, queridos hermanos: es especialmente importante para nosotros. Defendamos con todas las consecuencias a la familia cristiana.

Pero yo os invito, queridos hermanos, a descubrir que la familia hoy tiene tres tareas esenciales. Una de ellas, en primer lugar, es cuidar la fe. Sí, queridos hermanos: custodiemos la fe. Es la manera de no sucumbir al dolor ni dejarnos caer en la resignación. El Evangelio nos presenta siempre la actitud de Jesús. El Señor levanta los ojos al cielo permanentemente; levanta la mirada a Dios. Es su Padre. No baja la cabeza; no se deja aplastar; no se aísla. Mira hacia lo alto. Custodiar la fe es mantener la mirada en alto. Queridas familias cristianas: mirad a Dios. Abríos a la confianza en Dios. La oración nos hace abrirnos a la confianza en Dios. No es fuga; no es escapar de los problemas: es el arma para custodiar el amor y la esperanza en las familias. A veces no es fácil levantar la mirada cuando estamos en dificultades. Pero no tengamos miedo: levantemos la mirada al Señor. Cuidemos la fe. Que en vuestras casas haya referencias reales a vuestra adhesión a Dios.

Pero no solamente hay que cuidar la fe. Hay que cuidar, en segundo lugar, la unidad. Jesús así lo rezó: "Para que todos sean uno. Donde reine el amor y la fraternidad". La división es una enfermedad mortal, queridos hermanos. A veces la experimentamos en nuestro propio corazón cuando estamos divididos dentro de nosotros mismos. Son muchos los pecados contra la unidad: las envidias, los celos, los intereses personales, juicios... La división viene del diablo, que es el que divide. Es el gran mentiroso. Es el que divide siempre. Estáis llamadas, las familias, a la unidad; a tomar en serio la súplica de Jesús: que formemos una familia; que tengamos el valor de vivir los vínculos del amor, de la fraternidad. Cuánta necesidad hay hoy sobre todo de fraternidad, queridos hermanos. No entremos en la lógica de los partidos, que es la lógica que divide, la lógica que nos pone a cada uno de nosotros en el centro, y no ponemos en el centro a Dios. "Mi Padre", nos ha enseñado Jesús hoy. No. No descartemos a los demás. Esto destruye: destruye familia, destruye la Iglesia, destruye la sociedad, nos destruye a nosotros mismos.

Cuidar la fe. Cuidar la unidad. Y, en tercer lugar, cuidar la verdad. Somos enviados al mundo a continuar la misión de Jesús. Custodiar la verdad no significa defender ideas, convertirnos en guardianes de doctrinas o normas. Custodiar la verdad es permanecer unidos a Cristo, estar consagrados al Evangelio y dejarnos orientar por el Evangelio de Jesucristo. Cuidar la verdad significa ser profetas en todas las situaciones de la vida. Consagrados al Evangelio; a ser testigos, queridos hermanos; a ser testigos, aun cuando haya que pagar el precio de ir contracorriente. Hoy nos ofrecen otras cosas, pero ¿qué nos ofrece Dios? Esta familia, queridos hermanos; esta familia que protagoniza la Navidad es la que el Señor nos dice que necesitamos. No quiere tibieza; quiere verdad; quiere la belleza del Evangelio.

Queridos hermanos: ¿cómo hacer este camino, para hacer esta belleza y mantenerla? Tres cosas me atrevo a deciros: encontraros, escucharos y discernir de verdad dónde está la vida y dónde está la muerte. Encontraros. Nada nos puede dejar indiferentes. Tenemos que encontrarnos en la familia, cruzar las miradas, compartir nuestra historia, y todo esto desde la cercanía de Jesús. Él sabe que un encuentro puede cambiar la vida. Encuentros con Cristo que reaniman y que curan. Hay que tener el arte del encuentro, queridos hermanos; que no es organizar eventos o hacer una reflexión teórica de los problemas; que a veces en esto convertimos a la Iglesia: en organizar eventos. No es eso. Es tomarnos tiempo para estar con el Señor, para favorecer el encuentro entre nosotros, para dar espacio a la oración.

Para que esta oración sea de adoración; de adoración sincera. Cuando somos capaces de encuentros auténticos realizados desde el Señor, sin formalismos, sin falsedades, estamos realizando el verdadero encuentro en la familia.

Pero hay que saber escuchar también. Un verdadero encuentro solo nace de la escucha. Jesús no tiene miedo de escuchar con el corazón; no solamente con los oídos: ¡con el corazón! Preguntémonos cómo estamos en la escucha; cómo va el oído de nuestro corazón. ¿Cómo va? El Espíritu Santo nos está pidiendo que nos pongamos a la escucha; a las esperanzas; a lo que es mejor para los hombres; a lo que es meter en esta sociedad algo diferente y nuevo. La familia.

Y discernamos. Encontrémonos, escuchémonos, y miremos a ver qué es lo que merece la pena. Entramos en diálogo. En el diálogo, el Señor nos hace discernir si escuchamos su Palabra. Sí, queridos hermanos. Mirad: las familias han de ser lugares de peregrinación, enamorados del Evangelio, abiertos a las sorpresas del Espíritu. No perdáis nunca, queridas familias, las ocasiones de encuentro, de escucha, de discernir lo que es mejor para cada uno de vosotros.

En este día de la Sagrada Familia, queridos hermanos, qué gracias tenemos que dar a Nuestro Señor. En la primera lectura que habéis escuchado nos ha hablado de la familia precisamente. Sí. "Hijos, respetad la autoridad de vuestros padres". La familia es una bendición, queridos hermanos, para la sociedad. Y la familia de Nazaret, a quienes se ponen como meta el construir una familia según la de Nazaret, es una bendición para transformar esta historia. Pero, para ello, el Señor nos decía que nos pusiésemos un uniforme: la misericordia entrañable, la bondad, la humildad, la dulzura, la comprensión, el perdón, la oración.

Queridos hermanos. Y, sobre todo, en la familia cristiana hay que tomar una decisión, la que Jesús nos enseña hoy cuando se pierde en el templo. "Mi Padre". Estar en la casa de "mi Padre". Es Dios quien me ilumina. Es Dios quien me protege. Es Dios. Es Dios. Sí. En esta fiesta de la Sagrada Familia, en esta fiesta de la familia de Nazaret, en esta fiesta de todas vuestras familias, queridos hermanos, la familia de Nazaret es un ejemplo claro y precioso para centrar la vida, no en mi interés, sino en lo que Dios me ofrece a mí.

Pedimos al Señor que las familias cristianas sean escuelas de amistad, de amor y de gratuidad. Que el Señor bendiga a nuestras familias. Que hoy, en

esta fiesta de la Sagrada Familia, esto sea un canto a una novedad que necesitamos mantener en la historia y en la construcción de los pueblos. La familia cristiana puede ser algo especialmente importante en el presente y en el futuro de la sociedad. Lo es, de hecho. Pero pongámonos, como lo hizo la Sagrada Familia de Nazaret.

Que el Señor proteja a todas nuestras familias en esta Iglesia diocesana de Madrid. Amén.

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

NOMBRAMIENTOS CONSEJO EPISCOPAL 14 DE DICIEMBRE DE 2021

VICARIO PARROQUIAL:

- **De San Leandro:** P. Antonio Buonanno, O.M.I.

COLABORADOR:

- **De Santo Tomás Apóstol:** D. Rafael Gómez Miranda.

OTROS OFICIOS:

- **Capellán de la Facultad de Derecho de la Universidad Complutense de Madrid:** D. César Donaire Corchero.
- **Coordinadores de Pastoral Familiar de la Vicaría V:** D. Narciso Jesús González Cantalapiedra y Dña. Ana Recio Méndez.

**NOMBRAMIENTOS CONSEJO EPISCOPAL
21 DE DICIEMBRE DE 2021**

COLABORADOR:

- **De San Rafael Arnáiz:** D. Alain Mwinkiew Muswale.

OTROS OFICIOS:

- **Capellán del Hospital Infanta Sofía, de San Sebastián de los Reyes:** D. Guillermo Melgares Atienza.
- **Capellán del Hospital Doce de Octubre:** D. Edwar Medina Mariño.
- **Capellán del Tanatorio Norte:** D. José Antonio Gómez Domínguez y D. Manuel José Chaves Marcos.

DEFUNCIONES

– El martes 28 de diciembre falleció D. JULIÁN SERRANO DE ANDRÉS, sacerdote diocesano de Madrid, a los 90 años de edad. Natural de Sacramenia (Segovia), fue ordenado sacerdote el 19 de septiembre de 1953 en Segovia. Hasta 1961 fue párroco en varios pueblos de esa provincia. En la diócesis de Madrid, fue consiliario de la sede diocesana de Hermandades del Trabajo (1961-1994), colaborando con su fundador en la creación de este movimiento en Colombia, Perú, Ecuador y Costa Rica; capellán del colegio Nazaret, en Carabanchel (1966-1995); colaborador de la parroquia San Marcos (1974-1994); auxiliar de la Vicaría Judicial (1973-1994); rector de la iglesia de San Martín y capellán de la Adoración Nocturna Española Femenina (1994-1997); párroco de San Miguel de los Santos (1997-2001), y adscrito a la sede diocesana de Hermandades del Trabajo desde 2001 hasta la actualidad. Su cuerpo ha sido inhumado en su localidad natal.

Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compartan también con Él, la Gloria de la resurrección.

ACTIVIDADES
CARDENAL-ARZOBISPO DE MADRID

DICIEMBRE 2021

Día 1, miércoles.

- Tiene varias entrevistas en el Palacio Arzobispal.
- Por la tarde se reúne con el Consejo General de Cáritas en el Arzobispado.

Día 2, jueves.

- En la casa Cristo Rey de Pozuelo dirige el encuentro con los sacerdotes de la Vicaría VII.
- A lo largo de la tarde tiene varias entrevistas en el Arzobispado.

Día 3, viernes.

- En la casa de las Esclavas de Cristo Rey dirige el encuentro con los sacerdotes de la Vicaría VIII.
- Por la tarde tiene entrevistas en el Arzobispado.

- Al finalizar la jornada preside la vigilia de oración con los jóvenes "Adoremus" en la catedral de Santa María la Real de la Almudena, con la presencia de la réplica de la cruz de la JMJ que finaliza así su recorrido por la diócesis.

Día 4, sábado.

- Celebra una Misa de acción de gracias en el 150 aniversario de la fundación de las Salesianas de Don Bosco.
- Por la tarde preside en la Catedral la ceremonia de consagración de dos nuevos miembros del Ordo Virginum de la Diócesis.

Día 5, domingo.

- Preside la Eucaristía en la parroquia de Santa Paula, de Canillas. Y, a su término, la procesión de traslado de la imagen de San Blas a su ermita restaurada, en cuyo exterior dirige unas palabras e imparte la bendición. A continuación, acompañado por las autoridades presentes, accede al interior del templo para conocer los trabajos realizados.
- Mantiene un encuentro-coloquio con los participantes en el XXXVI encuentro nacional de diáconos, celebrado en Madrid con el lema "El corazón diaconal de San José".

Día 7, martes.

- Se reúne con el Consejo Episcopal en el Seminario Conciliar.
- Al finalizar la jornada preside la Vigilia de la Inmaculada Concepción en la catedral de Santa María la Real de la Almudena.

Día 8, miércoles.

- En la catedral de la Almudena preside la Eucaristía en la solemnidad de la Inmaculada Concepción.
- Por la tarde celebra la Eucaristía en el Seminario Conciliar en honor a su patrona, la Inmaculada Concepción. Y mantiene un encuentro con los seminaristas y sus familias.

Día 9, jueves.

- Por la mañana bendice el Belén de la parroquia de San Bonifacio.
- A continuación, celebra la Eucaristía con el personal de medios de comunicación de la Diócesis y colaboradores de ALFA Y OMEGA, en la capilla del Palacio Arzobispal.

Día 10, viernes.

- Por la mañana celebra en el Seminario Conciliar la Misa en honor a San Dámaso, patrono y titular de la Universidad Eclesiástica San Dámaso y preside los actos organizados por la Universidad.
- Por la tarde preside en la casa general de la congregación de las Esclavas de la Virgen Dolorosa la ceremonia de apertura de la fase diocesana de la Causa de Beatificación y Canonización de Madre Desamparados y cinco compañeras.

Día 11, sábado.

- Participa en la reunión de los Obispos de la Provincia Eclesiástica con CONFER, en la Casa de las Religiosas del Amor de Dios.
- Dirige un retiro de Navidad en modalidad virtual organizado por la Academia de Líderes Católicos Latinoamericanos.

Día 12, domingo.

- En la parroquia de San Isidoro y Pedro Claver de Hortaleza preside la Eucaristía con sacramento de la Confirmación.
- Por la tarde preside en el Seminario Redemptoris Mater la Eucaristía con institución de ministerios de acólito y lector.

Día 13, lunes.

- Por la mañana se reúne con el Patronato de la Fundación Enrique Blanquer Huidobro, en el Arzobispado.
- A continuación, tiene una reunión con el Patronato Madrid Vivo, en el Palacio Arzobispal.

Día 14, martes.

- Por la mañana se reúne con el Consejo Episcopal en el Seminario Conciliar.
- Por la tarde se reúne con el Patronato de la Fundación San Agustín en el Palacio Arzobispal.
- A continuación, participa en la sede de la Fundación Mapfre en el acto de presentación de la novela "Las armas de la luz", de Jesús Sánchez Adalid.

Día 15, miércoles.

- Se reúne con la Comisión Ejecutiva de la CEE en el Palacio Arzobispal.

Día 16, jueves.

- Tiene varias entrevistas en el Arzobispado.
- Por la tarde se reúne con el Consejo Económico en el Seminario Conciliar.
- A continuación, preside en la Catedral la celebración de Navidad organizada por el Secretariado de Apostolado Seglar.

Día 17, viernes.

- Tiene varias entrevistas en el Arzobispado.
- Almuerza con los empresarios y directivos cristianos de ASE.
- Al finalizar la jornada dirige en la catedral de la Almudena una meditación en torno a textos bíblicos de la Navidad acompañada de un concierto de órgano.

Día 18, sábado.

- Preside en la parroquia María Auxiliadora la Eucaristía de la Jornada Diocesana de Sembradores de Estrellas.
- A continuación, administra el sacramento del Bautismo en la parroquia de Santa María Micaela y San Enrique a 8 niños cuyas familias reciben alimentos a través de la Fundación Madrina. Y bendice a todas las familias atendidas por la Fundación que durante este año han bautizado a sus hijos.
- Al finalizar la jornada preside en la Catedral el acto central de recogida y envío de la Luz de la Paz de Belén y una celebración de la Palabra con los Scouts de Madrid-MSD.

Día 19, domingo.

- Bendice y coloca la primera piedra del nuevo templo parroquial de Santa Genoveva Torres Morales, de Majadahonda.

Día 20, lunes.

- Bendice el Campus del Servicio Diocesano de Empleo de Cáritas Madrid con una oración de preparación a la Navidad y homenaje a las personas que han cumplido 25 años al servicio de la entidad o que se han jubilado a lo largo del año.

- Preside la ceremonia de bendición de la casa de las Auxiliares Parroquiales de Cristo Sacerdote en Torrelodones.
- Almuerzo con los sacerdotes de la Vicaría VIII y celebración de la Navidad.
- Por la tarde se reúne con el Patronato de la Fundación Casa de la familia.

Día 21, martes.

- Se reúne con el Consejo Episcopal en el Seminario Conciliar.
- Por la tarde tiene varias reuniones en el Palacio Arzobispal.
- A continuación, se reúne con el Patronato de la Fundación Universitaria Española (FUE).

Día 22, miércoles.

- A lo largo del día tiene entrevistas en el Palacio Arzobispal.
- Al finalizar la jornada preside la Eucaristía en el Seminario Conciliar para celebrar la Navidad con los seminaristas y sus formadores.

Día 23, jueves.

- Se reúne con el Colegio de Consultores en el Arzobispado.
- A continuación, recibe la felicitación de Navidad de CONFER.
- Por la tarde tiene varias entrevistas en el Palacio Arzobispal.
- Al finalizar la jornada celebra Vísperas con el Consejo Episcopal en la capilla del Palacio Arzobispal.

Día 24, viernes.

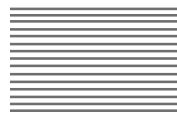
- Celebrar la Navidad con los internos de la cárcel de Soto del Real.
- Por la tarde dirige en la cripta de la Catedral la oración de envío a los voluntarios participantes en la VII edición de "Nadie sin cenar" de Cáritas Universitaria.
- A continuación, participa en el Casino de Madrid en el reparto de la cena de Nochebuena organizada por Mensajeros de la Paz.
- Por la noche, celebra en la catedral de la Almudena la Misa del Gallo y bendice el belén.

Día 25, sábado.

- Preside en la catedral de Santa María la Real de la Almudena la Misa en la solemnidad de la Natividad del Señor.

Día 26, domingo.

- Preside en la parroquia Santa Teresa Benedicta de la Cruz la Eucaristía en la festividad de la Sagrada Familia, emitida por la 2 de TVE.
- A continuación, celebra en la catedral de la Almudena la Misa de la Sagrada Familia. A su término, recorre el templo para bendecir a las familias presentes.



Diócesis de Alcalá de Henares

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

ACTIVIDADES SR. OBISPO. DICIEMBRE 2021

1 Miércoles

* A las 11:00 h. Consejo Episcopal.

2 Jueves

* A las 11:00 h. visitas en el Palacio Arzobispal.

* A las 14:30 h. visita a las Carmelitas de "la Imagen" de Alcalá de Henares.

* A las 17:30 h. asiste en los Jesuitas de Alcalá de Henares a la entrega del Premio Ciudad de Alcalá 2021, en la modalidad Ciudad Patrimonio Mundial, al archivo histórico de la Compañía de Jesús en España; premio concedido por el Ayuntamiento de Alcalá de Henares.

* A las 19:00 h. en el Palacio Arzobispal conferencia: "Las raíces cristianas de nuestra tierra. Influencia y actualidad de la Regla de San Benito en la sociedad occidental" por el Dr. Gianfranco Amato, abogado, presidente de Juristas por la Vida.

3 Viernes

San Francisco Javier

* A las 11:00 h. visitas en el Palacio Arzobispal.

* A las 16:00 h. en Valfermoso de la Monjas (Guadalajara) Santa Misa funeral por el alma de la Madre Josefina.

* A las 21:00 h. Vigilia de Oración con Jóvenes en la Capilla de la Inmaculada del Palacio Arzobispal.

4 Sábado

San Juan Damasceno, presbítero y doctor. Santa Bárbara, virgen y mártir

* A las 10:00 h. Escuela de Liturgia en el Salón de Actos del Palacio Arzobispal.

* A las 19:30 h. Santa Misa en la parroquia Virgen del Val de Alcalá de Henares.

5 Domingo

II DE ADVIENTO

* A la 13:00 h. Santa Misa en la Catedral-Magistral con ingreso en el catecumenado de un catecúmeno de la parroquia de San Pedro de Alcalá de Henares y bendición de los salones parroquiales.

6 Lunes

San Nicolás, obispo

7 Martes

San Ambrosio, obispo y doctor

* A las 11:00 h. reunión con arciprestes en el Palacio Arzobispal.

* A las 21:00 h. Vigilia de la Inmaculada en la parroquia de Santa María la Mayor de Alcalá de Henares.

8 Miércoles

LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE LA VIRGEN MARÍA, Patrona de las Españas y del Arma de Infantería

* A las 12:00 h. Santa Misa en las Carmelitas de "la Imagen" de Alcalá de Henares por la toma de hábito de una de las hermanas.

* A las 19:30 h. Santa Misa en la Catedral-Magistral con institución de Ministerios.

9 Jueves

San Juan Diego Cuachtlatatzin

* A las 11:00 h. visitas en el Palacio Arzobispal.

* A las 19:00 h. en el Palacio Arzobispal entrevista con el semanario Puerta de Madrid.

10 Viernes

Santa Eulalia de Mérida, virgen y mártir

* A las 12:15 h. en Madrid Santa Misa en la Universidad Eclesiástica San Dámaso.

11 Sábado

San Dámaso I, papa

* De 10:00 h a 12:30 h. Santa Misa, inauguración y envío con la Escuela de Pastoral de la Salud.

* A las 17:00 h. confirmaciones en la parroquia de San Pedro y San Pablo de Coslada.

12 Domingo

III DE ADVIENTO "Gaudete"

* A las 11:30 h. Santa Misa en la parroquia Virgen de Belén de Alcalá de Henares.

* A las 18:30 h. Oración de Familias en parroquia del Espíritu Santo de Torrejón de Ardoz.

13 Lunes

Santa Lucía, virgen y mártir

14 Martes

San Juan de la Cruz, presbítero y doctor.

* A las 11:00 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

* A las 19:45 h. Eucaristía con el Seminario Mayor Diocesano "La Inmaculada y de los Santos Justo y Pastor" y con el Seminario Mayor Diocesano Internacional y Misionero "Redemptoris Mater y de los Santos Justo y Pastor", en la sede del primero.

15 Miércoles

* A las 11:00 h. Consejo Episcopal.

* A las 17:30 h. en el Palacio Arzobispal charla - en el Salón de Actos - y Santa Misa - en la Capilla de la Inmaculada - con la Asociación de Mujeres Democráticas Independientes Complutenses (AMDIC).

16 Jueves

* A las 11:00 h. visitas en el Palacio Arzobispal.

17 Viernes

* A las 11:00 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

* A las 19:00 h. en la Capilla de la Inmaculada del Palacio Arzobispal Santa Misa y felicitación navideña con el Instituto Diocesano de la Familia, el Centro de Orientación Familiar Regina Familia, Proyecto Ángel y Grupo La Visitación.

18 Sábado

Ntra. Sra. de la Esperanza

* A las 10:00 h. Escuela de Catequistas en Salón de Actos el Palacio Arzobispal.

* A las 20:30 h. concierto en la Catedral-Magistral, organizado por Manos Unidas.

19 Domingo

IV DE ADVIENTO

* A las 11:00 h. en la Capilla de la Inmaculada del Palacio Arzobispal Santa Misa con un grupo de padres.

* A las 13:00 h. Sembradores de Estrellas en la plaza de Oidor de Alcalá de Henares.

* A las 17:00 h. en el Salón de Obispos del Palacio Arzobispal felicitación navideña con el Camino Neocatecumenal.

* A las 18:30 h. Felicitación navideña con la Vida Consagrada en la Catedral-Magistral.

20 Lunes

* A las 19.30 h. en la parroquia de la Sagrada Familia de Torrejón de Ardoz, Santa Misa y charla sobre el Sínodo de los Obispos.

21 Martes

San Pedro Canisio, presbítero y doctor de la Iglesia.

* A las 11:30 h. Jornada sacerdotal en el Palacio Arzobispal.

* A las 20:00 h. Eucaristía y cena de Navidad con el Seminario Mayor Diocesano "La Inmaculada y de los Santos Justo y Pastor" y con el Seminario Mayor Diocesano Internacional y Misionero "Redemptoris Mater y de los Santos Justo y Pastor", en la sede del primero.

22 Miércoles

Felicitaciones navideñas en el Palacio Arzobispal:

- 11:30 h. Manos Unidas.

- 12:00 h. Caritas.

- 12:30 h. Curia.

23 Jueves

San Juan de Kety, presbítero

* A las 11:00 h. visitas en el Palacio Arzobispal.

* A las 18:00 h. visitas a sacerdotes mayores y enfermos.

24 Viernes

Conmemoración de todos los santos antepasados de Jesucristo

Festivo en la Curia

TIEMPO DE NAVIDAD.

* A media noche "Misa del Gallo" en la "Santa e Insigne Catedral-Magistral de Alcalá de Henares".

25 Sábado

SOLEMNIDAD DE LA NATIVIDAD DEL SEÑOR

* A las 13:00 h. Santa Misa de Navidad en la Catedral-Magistral.

26 Domingo

LA SAGRADA FAMILIA: JESÚS, MARÍA Y JOSÉ

"Jornada por la Familia y la Vida"

* A la 13:00 h. Santa Misa en la Catedral-Magistral.



Diócesis de Getafe

SR. OBISPO

MENSAJE DE NAVIDAD

“Porque un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado”
(Is 9,5)

Canta Isaías, el profeta de la esperanza. Contemplemos, pues, la escena. Una noche estrellada y fría en la ciudad de David, Belén; una familia que no encuentra cobijo; una mujer a punto de dar a luz, y el inquieto sosiego de su esposo que quiere proteger al niño que va a nacer y a la madre, Y María dio a luz en un portal donde se guardan los animales y los aparejos de los pastores. Aquella noche de Belén se hizo día, la luz disipó las tinieblas que se cernían sobre el mundo desde la primera desobediencia del hombre. Los padres no entendían nada, pero se admiraban y lo aceptaban como el don más grande de sus vidas.

Es una escena entrañable en su pobreza, de una austeridad que solo puede estar inspirada en la grandeza de Dios. Se respira amor, delicadeza, ternura, gozo. Una madre que tiene en sus brazos al niño ante la mirada admirada y orante del bueno de José. Ellos son los grandes contemplativos que nos enseñan cómo vivir la Navidad, cómo contemplar el misterio de todo un Dios hecho uno de nosotros.

Después llega la fiesta, la algarabía. Llegan los pastores, cantan los ángeles al tiempo que anuncian el acontecimiento; desde lejos vienen los magos para ofrecer regalos al Niño. Navidad, definitivamente, es una fiesta.

Os invito, querido hermanos, a emprender el camino hacia Belén, a ese lugar que está ya en cada rincón de la tierra y en cada corazón, al Belén donde Dios nace en nuestras vidas, al Belén que es, o al menos puede ser, cada día del año.

La primera condición del camino es ir juntos. Hasta el portal de Belén no se va solo, siempre se va con los otros, en compañía; tenemos que compartir para que la senda sea más llana; además, es la oportunidad para escucharnos, para dialogar, para compartir los gozos y las cargas; hemos de escuchar juntos lo que Dios quiere y espera de nosotros, de la Iglesia. En estos meses hemos escuchado muchas veces la palabra “sinodalidad”, pues el camino de Belén es sinodal, se hace juntos porque vamos a la misma meta, porque el camino es de todos y para todos.

El camino a Belén es también oportunidad de conversión. Es momento para quitar de nuestra vida lo que nos impide llegar hasta Jesús. Dejar nuestro orgullo y la ambición, desterrar un corazón endurecido y engañado por las llamadas a lo material, al consumo, y a la comodidad. Es el momento de acabar con la indiferencia que nos paraliza. Hemos de dejar los miedos y los temores ante lo que no conocemos o no controlamos. El camino de Belén, no lo olvidemos, es un camino hacia Dios, un camino siempre virgen que hemos de hacer con confianza y en abandono.

El camino de Belén se hace con aire de fiesta, y al mismo tiempo en silencio. No es una contradicción, no. La escena de Belén nos revela cómo Dios, en silencio, se manifiesta al mundo, y nos enseña que necesitamos el silencio para aprender a escuchar a Dios. El camino de Belén es un camino orante. En estos días, de un modo especial, hemos estar abiertos a Dios, a sus sorpresas, a su amor que siempre está lleno de ternura, aun en medio de la prueba.

En el camino hemos de recoger a los que se quedaron en los bordes, en las cunetas de la historia. Hemos de unir a nuestro andar a los pobres y a los descartados. Ellos son el mejor pasaporte para llegar a Belén. Los pobres son el rostro y la carne del Niño que nace en Belén, nos muestran la belleza de la herida, y nos recuerdan que la carne herida es camino de salvación. Tenemos que acoger a los pobres, levantarlos del fango, cuidarlos e integrarlos en nuestro camino.

Finalmente, al camino estamos invitados todos. También los que buscan y no han encontrado, los que dejaron un día este camino de fe por escándalo, por cansancio, o desilusionados. Este camino es un camino de esperanza, de vida. Es un regalo.

Belén no es solo un hecho histórico, es una realidad que afecta a la existencia humana de cada momento de la historia, es una llamada que no se apaga nunca, porque el Señor sigue viniendo. Así lo proclamamos en uno de los prefacios del adviento: El Señor que nació en Belén “viene ahora a nuestro encuentro en cada hombre y en cada acontecimiento, para que lo recibamos en la fe y por el amor demos testimonio de la esperanza dichosa de su reino”.

Hoy os quiero traer uno de estos belenes que hay a nuestro lado. Contemplemos la escena. En Aranjuez, en medio de un campo árido se asienta un auténtico vergel de vida y esperanza. En pobreza, hace treinta y un años, nació una obra, fruto del amor de Dios, se llama Basida; allí se acoge a los más pobres, a los que el mundo ha desechado a cualquier edad y por cualquier circunstancia, en esta familia se les pone rostro y se les devuelve la dignidad que la vida les había negado, se les curan las heridas y se les quiere como son, entonces, se demuestra que siempre la consecuencia de la caridad es el gozo.

En la comunidad de Basida se vive la alegría de los sencillos, entre ellos se ve con claridad que Dios ha querido nacer para ellos y para todos, que Dios no rechaza, sino que acoge y salva. Al compartir con ellos la Eucaristía uno comprende que cada día es navidad en el corazón de los que se ponen en camino y abren las puertas de su vida al Señor que llega.

Pensemos por un momento, llevémoslo al corazón: Voy a Belén, celebraré la Navidad del Señor, ¿qué puedo llevar al Niño?

Que la sagrada familia de Nazaret, os bendiga y bendiga a vuestros hogares, que acompañe el camino de los que están lejos del suyo, o no lo tienen.

Os deseo a todos una feliz y santa Navidad.

† Ginés, Obispo de Getafe

DECRETOS

GINÉS GARCÍA BELTRÁN

Por la Gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica

OBISPO DE GETAFE

La "**ILUSTRE Y FERVOROSA HERMANDAD DE NUESTRA SEÑORA DEL ROCÍO**" que pertenece a la Parroquia "**Nuestra Señora de la Asunción**", en Móstoles (Madrid), ha elegido como **Presidente** de la Junta de Gobierno, en el Cabildo de Elecciones celebrado el 14 de noviembre de 2021, a **DON JESÚS GALÁN CONDE**.

Por las facultades que me otorga el c. 317, 1 del vigente Código de Derecho Canónico, sobre las Asociaciones Públicas, y de acuerdo con lo establecido en las Reglas (Regla 56 B) de la citada Hermandad,

CONFIRMO A

DON JESÚS GALÁN CONDE

Como Presidente de la Junta de Gobierno de la "**ILUSTRE Y FERVOROSA HERMANDAD DE NUESTRA SEÑORA DEL ROCÍO**", en Móstoles (Madrid).

Espero que, en colaboración con la Junta Directiva, continúe trabajando por la gloria de Dios y el bien de las almas, fomentando la vida espiritual y la formación cristiana de los Hermanos y ayudando generosamente a los necesitados, como devotos de María Santísima del Rocío.

Dado en Getafe, a 18 de diciembre de 2021, Nuestra Señora de la Esperanza, en el Año *Amoris laetitia*.

† Ginés García Beltrán
Obispo de Getafe

Por mandato de S.E. Rvdma.
Francisco Armenteros Montiel
Canciller-Secretario General

GINÉS GARCÍA BELTRÁN

Por la Gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica

OBISPO DE GETAFE

Prot. N. DO 6/2021

DOÑA MÓNICA MUÑOZ SAIZ, como **Presidenta**, de la "**COFRADÍA DE JESÚS DE MEDINACELI**" en la Parroquia **San Esteban Protomártir**, en Torrejón de Velasco (Madrid), en esta Diócesis de Getafe, me ha presentado, con fecha 12 de junio de 2021, la solicitud para que sean aprobados los nuevos Estatutos y sea erigida la Cofradía en la Diócesis, como **Asociación Pública de Fieles**.

Viendo que la documentación presentada se encuentra conforme al espíritu del Concilio Vaticano II y ajustada en todo al Derecho Canónico vigente (cc. 301 y 312 al 320), por las presentes,

DECRETO

PRIMERO: la ERECCIÓN Canónica de la **Asociación Pública de Fieles "COFRADÍA DE JESÚS DE MEDINACELI"**, en Torrejón de Velasco (Madrid), a efectos de inscripción en el Registro de Entidades Religiosas.

SEGUNDO: la APROBACIÓN de los Estatutos de la "**COFRADÍA DE JESÚS DE MEDINACELI**", en Torrejón de Velasco (Madrid), que consta de VIII títulos y 32 artículos.

TERCERO: le CONCEDO personalidad jurídica pública para que pueda actuar en esta Diócesis, según lo establecido en las normas eclesiásticas y civiles.

Espero que los miembros, como devotos de Nuestro Señor, en la advocación de Medinaceli, y como fruto de una sólida formación doctrinal, se esfuercen en ser buenos discípulos de Cristo, influyan con su ejemplo entre sus iguales y ayuden a los más necesitados, en lo material y en lo espiritual, con una generosa acción caritativa y social.

Devuélvase a la Asociación un ejemplar de los Estatutos, con la debida legalización, y guárdese otro ejemplar en el Archivo Diocesano.

Dado en Getafe, a 14 de septiembre de 2021, en fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, en el Año de san José y *Amoris laetitia*.

† Ginés García Beltrán
Obispo de Getafe

Por mandato de S.E. Rvdma.
Francisco Armenteros Montiel
Canciller-Secretario General

GINÉS GARCÍA BELTRÁN

Por la Gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica

OBISPO DE GETAFE

La "**HERMANDAD DE NUESTRA SEÑORA DE LOURDES**" que pertenece a la Parroquia "**San Sebastián**", en Getafe (Madrid), ha elegido como **Hermano Mayor-Presidente** de la Junta Directiva a **DON FÉLIX RODRIGO HERNÁNDEZ**, en la Junta General Ordinaria celebrada el 11 de diciembre de 2021.

Por las facultades que me otorga el c. 317, 1 del vigente Código de Derecho Canónico sobre las Asociaciones Públicas y de acuerdo con lo establecido en el Artículo 59º de los Estatutos de la citada Hermandad,

CONFIRMO A

DON FÉLIX RODRIGO HERNÁNDEZ

Como **HERMANO MAYOR-PRESIDENTE** de la Junta Directiva de la "**HERMANDAD DE NUESTRA SEÑORA DE LOURDES**", en Getafe (Madrid).

Espero que, en colaboración con la Junta Directiva, continúe trabajando por la gloria de Dios y el bien de las almas, fomentando la vida espiritual y la formación cristiana de los Hermanos y, como devotos de la Virgen en la advocación de Nuestra Señora de Lourdes, ayudando generosamente a los enfermos y a todos los que sufren.

Dado en Getafe, a 28 de diciembre de 2021, en la fiesta de los Santos Inocentes, en el Año *Amoris laetitia*.

† Ginés García Beltrán
Obispo de Getafe

Por mandato de S.E. Rvdma.
Francisco Armenteros Montiel
Canciller-Secretario General

GINÉS GARCÍA BELTRÁN

Por la Gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica

OBISPO DE GETAFE

Prot. N. DO 16/2021

DOÑA MARÍA ÁNGELES DE LOS RÍOS MORA, Presidenta de la Asociación Privada de Fieles "**MAMBRÉ**", en Ciempozuelos (Madrid), en esta Diócesis de Getafe, y en nombre de dicha Asociación, mediante escrito de fecha 17 de noviembre de 2021, solicita la aprobación de los nuevos Estatutos, con las modificaciones aprobadas por la Asamblea General Ordinaria del 12 de diciembre de 2020. La versión anterior fue aprobada por S.E.R. D. Antonio María Cardenal Rouco Varela el 27 de octubre de 1997, en la Archidiócesis de Madrid.

Visto el Acuerdo de la Asamblea y que los Estatutos están conformes con los cc. 298 a 311 del Código de Derecho Canónico y los cc. 321 a 326 sobre las Asociaciones privadas del citado Código,

Por las presentes,

DECRETO

**APROBAR LOS NUEVOS ESTATUTOS
DE LA ASOCIACIÓN "MAMBRÉ"**

Que constan, en su redacción actual, de VIII Títulos, 18 Artículos, y una Disposición Transitoria.

A partir de ahora la Asociación se regirá por los presentes Estatutos, por las disposiciones del Código de Derecho Canónico vigente.

Consérvese un ejemplar de este Decreto en el Archivo de la Curia Diocesana y otro en el Archivo de la Asociación.

Dado en Getafe, a 8 de diciembre de 2021, en la Solemnidad de la Inmaculada Concepción, Año de San José y *Amoris laetitia*.

† Ginés García Beltrán
Obispo de Getafe

Por mandato de S.E. Rvdma.
Francisco Armenteros Montiel
Canciller-Secretario General

GINÉS GARCÍA BELTRÁN

Por la Gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica

OBISPO DE GETAFE

Prot. N. DO 17/2021

Don **FRANCISCO IGNACIO BAENA RAMOS**, como **Hermano Mayor Presidente**, de la "**HERMANDAD SANTA MARÍA DE LOS ÁNGELES Y SANTIAGO APÓSTOL**", en la Parroquia **Santa María de los Ángeles**, en Getafe (Madrid), en esta Diócesis de Getafe, me ha presentado, con fecha 16 de julio de 2021, la solicitud para que sean aprobados los nuevos Estatutos y sea erigida la Hermandad en la Diócesis, como **Asociación Pública de Fieles**.

Viendo que la documentación presentada se encuentra conforme al espíritu del Concilio Vaticano II y ajustada en todo al Derecho Canónico vigente (cc. 301 y 312 al 320), por las presentes,

DECRETO

PRIMERO: la APROBACIÓN de los nuevos Estatutos de la "**HERMANDAD SANTA MARÍA DE LOS ÁNGELES Y SANTIAGO APÓSTOL**", en Getafe (Madrid), que consta de VIII títulos y 30 artículos.

SEGUNDO: le CONCEDO personalidad jurídica pública para que pueda actuar en esta Diócesis, según lo establecido en las normas eclesiológicas y civiles.

TERCERO: la ERECCIÓN Canónica de la **Asociación Pública de Fieles "HERMANDAD SANTA MARÍA DE LOS ÁNGELES Y SANTIAGO APÓSTOL"**, en Getafe (Madrid), a efectos de inscripción en el Registro de Entidades Religiosas.

Espero que los Hermanos, como devotos de Nuestra Señora la Virgen María, en la advocación de Lourdes, y como fruto de una sólida formación doctrinal, se esfuercen en ser buenos discípulos de Cristo, para procurar la mayor honra y gloria de Dios y bien de las almas, influyan con su ejemplo entre sus iguales y ayuden a los más necesitados, en lo material y en lo espiritual, con una generosa acción caritativa y social, en particular con los enfermos.

Devuélvase a la Asociación un ejemplar de los Estatutos, con la debida legalización, y guárdese otro ejemplar en el Archivo Diocesano.

Dado en Getafe, a 30 de noviembre de 2021, en la fiesta de San Andrés Apóstol, el año de San José y *Amoris laetitia*.

† Ginés García Beltrán
Obispo de Getafe

Por mandato de S.E. Rvdma.
Francisco Armenteros Montiel
Canciller-Secretario General

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

- **P. Mateo Augusto Rodríguez Larreta**, párroco de la Parroquia Virgen Madre (Leganés), el 20 de diciembre de 2021.
- **D. Komlan Isidore Vieira Atoukou**, vicario parroquial en la Parroquia Nuestra Señora del Rosario y de la Esperanza (Móstoles), el 1 de diciembre de 2021.
- **D. José Ignacio Orbe Jaurrieta**, Director del Aula de Teología en el Corazón de Cristo, el 1 de diciembre de 2021.

DEFUNCIONES

- **D. Jesús Mariano de las Heras**, párroco en la Parroquia San Saturnino (Alcorcón) falleció el miércoles 22 de diciembre de 2021, a la edad de 62 años, víctima del cáncer.

Nacido en Madrid el 8 de marzo de 1959, de las Heras era licenciado en Económicas por la Universidad Complutense de Madrid (1982) y en Estudios Eclesiásticos por la Universidad de Comillas (1996).

Después de terminar su formación académica se ordenó sacerdote en el año 1997 en Madrid, comenzando su ministerio en la Parroquia San José Obrero (Móstoles) como vicario parroquial hasta octubre de 1999.

En la Parroquia Nuestra Señora de Fátima (Fuenlabrada) fue vicario parroquial hasta septiembre del año 2000, y después párroco hasta septiembre de 2002.

Desde esa fecha desempeñaba la tarea pastoral de párroco en la Parroquia San Saturnino (Alcorcón), templo que en noviembre de 2020 celebró sus bodas de oro.

• **P. Angel María Rojas**, sj, falleció en la tarde del miércoles 22 de diciembre, en Salamanca, a los 81 años de edad. Es el fundador de los Apóstoles de los Corazones de Jesús y María (ACIM), cuya sede canónica se encuentra en el municipio diocesano de Villaviciosa de Odón.

Fue ordenado sacerdote el 2 de julio de 1969, en Burgos, y el curso siguiente estudió en la Universidad Gregoriana de Roma. Profesó de modo definitivo como jesuita el 24 de septiembre de 1977 en Villagarcía y fue destinado a Palencia, Burgos y Salamanca.

Incansable apóstol del Corazón de Jesús, fundó los Grupos de Oración del Corazón de Jesús en 1975, con el objetivo de ayudar a vivir con ilusión los propósitos de los Ejercicios a jóvenes y después a familias completas.

Su lema era ‘Amar y hacer amar al Corazón de Jesús desde el Corazón Inmaculado de María’.

Oh Señor, siempre fiel a tus promesas, acuérdate de nuestros hermanos sacerdotes Jesús Mariano y Ángel María que han salido de este mundo en tu paz y recíbelos en el reino de tu Hijo.

Conferencia Episcopal Española

MONS. SALVADOR CRISTAU COLL, NUEVO OBISPO DE TERRASSA

El papa Francisco ha nombrado a Mons. Salvador Cristau Coll obispo de Terrassa, sede de la que es, en la actualidad, administrador diocesano. El nombramiento se hace público el viernes 3 de diciembre de 2021, y así lo ha comunicado la **Nunciatura Apostólica** en España a la Conferencia Episcopal Española.

La diócesis de Terrassa estaba **vacante** tras el **traslado de Mons. José Ángel Saiz Meneses a la diócesis de Sevilla**. Mons. Cristau ha estado al frente como administrador diocesano desde el 15 de junio de 2021.

Mons. Salvador Cristau, obispo auxiliar de Terrassa desde 2010

Mons. Salvador Cristau Coll **nació en Barcelona el 15 de abril de 1950**. En la Universidad de Barcelona obtuvo la **Licenciatura en Derecho Civil** (1972). Ingresó en el **seminario mayor de Toledo en 1976**, obteniendo el bachiller en

Teología por la **Facultad de Teología del Norte de España**, sede de Burgos. Fue **ordenado sacerdote** en la catedral de Toledo **el 12 de octubre de 1980**. Su ministerio sacerdotal lo desarrolló entre las diócesis de **Toledo, Barcelona y Terrassa**.

El 18 de mayo de **2010** se hace público su nombramiento como **obispo auxiliar de Terrasa**. Recibió la ordenación episcopal el 26 de junio del mismo año.

En la Conferencia Episcopal Española es **miembro de la Comisión Episcopal para el Clero y Seminarios**.

3/12/2021

MONS. JOSÉ IGNACIO MUNILLA, NUEVO OBISPO DE ORIHUELA-ALICANTE

El papa Francisco ha nombrado a Mons. José Ignacio Munilla Aguirre obispo de Orihuela-Alicante. Mons. Munilla es, en la actualidad, obispo de San Sebastián. El nombramiento se hace público el martes 7 de diciembre de 2021, y así lo ha comunicado la Nunciatura Apostólica en España a la Conferencia Episcopal Española. Desde 2012 es obispo de Orihuela-Alicante Mons. Jesús Murgui Soriano.

Mons. José Ignacio Munilla nació en San Sebastián el 13 de noviembre de 1961. Inició los estudios eclesiásticos en el seminario mayor de Toledo, continuándolos en San Sebastián, donde fue ordenado sacerdote el 29 de junio de 1986 y donde desarrolló su ministerio sacerdotal. Obtuvo la licenciatura en Teología, especialización en Espiritualidad, en la Facultad de Teología del Norte de España, sede de Burgos.

El 24 de junio de 2006 fue nombrado obispo de Palencia y recibió la ordenación episcopal el 10 de septiembre de ese mismo año. El 21 de noviembre de 2009 se hacía público su nombramiento como obispo de San Sebastián. Tomó posesión de la diócesis el 9 de enero de 2010.

En la Conferencia Episcopal Española es **miembro de la Comisión Episcopal para las Comunicaciones Sociales.**

Mons. Jesús Murgui Soriano **nació en Valencia el 17 de abril de 1946.** Estudió en el seminario metropolitano de Moncada (Valencia). **Fue ordenado sacerdote el 21 de septiembre de 1969.** Es licenciado en Teología por la **Universidad Pontificia de Salamanca** y doctorado en esta misma materia por la **Pontificia Universidad Gregoriana de Roma.**

Su ministerio sacerdotal lo desarrolló en **Valencia**, diócesis de la que **fue nombrado obispo auxiliar el 25 de marzo de 1996.** Recibió la **ordenación episcopal el 11 de mayo** de ese mismo año. El 21 de febrero de **2004 tomó posesión de la diócesis de Mallorca.** El 27 de julio de **2012** se hizo público su nombramiento como **obispo de Orihuela-Alicante.** Tomó posesión el 29 de septiembre del mismo año.

En la Conferencia Episcopal Española es **miembro de la Comisión Episcopal para la Liturgia.**

EL SACERDOTE JESÚS PULIDO HA SIDO NOMBRADO OBISPO DE CORIA-CÁCERES

El papa Francisco ha nombrado al sacerdote **Jesús Pulido Arriero** obispo de Coria-Cáceres. Jesús Pulido es, en la actualidad, **secretario técnico de la Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe y director de la editorial Biblioteca de Autores Cristianos (BAC)**. El nombramiento se hace público el martes 7 de diciembre de 2021, y así lo ha comunicado la **Nunciatura Apostólica** en España a la Conferencia Episcopal Española.

La diócesis de Coria-Cáceres estaba **vacante** tras el **traslado de Mons. Francisco Cerro a Toledo**, en febrero de 2020. Está al frente, como **administrador diocesano**, **Diego Zambrano López**.

Jesús Pulido, secretario técnico de la Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe desde 2017

El obispo electo de Coria-Cáceres **nació en Toledo el 21 de febrero de 1965**. Cursó los estudios de filosofía y teología en la **Universidad Pontificia de**

Salamanca (UPSA), obteniendo el título de Bachiller en Teología en 1987. Es **miembro de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos desde 1989. Fue ordenado sacerdote el 31 de julio de 1990.** Es también licenciado en Sagrada Escritura por el **Pontificio Instituto Bíblico de Roma** (1990) y doctorado en Teología Espiritual por el Pontificio Instituto de Espiritualidad Teresianum de Roma (2015).

Comenzó su ministerio sacerdotal en Salamanca, donde fue director espiritual del aspirantado menor Maestro Ávila (1990-1992) y director de publicaciones de **Ediciones Sígueme** (1990-1999). Después se trasladó a Roma, donde desempeñó los cargos de vicerrector del **Pontificio Colegio Español** (2000-2002) y de secretario general (2002-2014) y vicedirector (2008-2014) de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos.

En la **Santa Sede**, fue consultor de la **Congregación para la Educación Católica** (2004-2016) y oficial de la Primera Sección de la Secretaría de Estado (2013-2015). También ocupó los cargos de vicerrector del colegio venezolano de Roma (2014-2015) y del seminario mayor de San Carlos y San Ambrosio de La Habana (2015-2016).

Después regreso a España, donde, en la actualidad, es capellán de la capilla de la Adoración Perpetua de Talavera de la Reina (Toledo), desde 2016; secretario técnico de la Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe de la Conferencia Episcopal Española, desde 2017, y director de la BAC, desde 2018.

NOTA DE PRENSA ANTE LA INFORMACIÓN PUBLICADA EN EL PAÍS

En relación a la noticia publicada ayer, domingo 19 de diciembre de 2021, por El País, queremos señalar que:

- Todas las iniciativas de instituciones y medios que ayuden a acabar con la lacra de los abusos sexuales cometidos contra menores o personas vulnerables en la Iglesia o en la sociedad son, en principio, una buena colaboración.
- Sería deseable que las acusaciones que recoge el citado informe tuvieran mayor rigor, ya que su contenido, de carácter muy dispar hace difícil extraer conclusiones que puedan servir a una posible investigación. De manera especial cuando faltan nombres de los acusados, años en que ocurrieron los abusos, o se refiere a personas fallecidas.
- Es necesario que esa misma información se entregue también a las oficinas de protección de menores y prevención de abusos que están en las diócesis y en las

congregaciones religiosas para poder realizar la investigación que fuera procedente en función de la información recibida.

- La Iglesia insiste en la importancia de denunciar los abusos y anima a todas las víctimas a presentar sus denuncias en las instituciones jurídicas, canónicas o sociales que mejor se adecúen a su voluntad.

20/12/2021

Iglesia Universal

**VIAJE APOSTÓLICO DE SU SANTIDAD
EL PAPA FRANCISCO A CHIPRE Y GRECIA
(2 - 6 DICIEMBRE 2021)**

**ENCUENTRO CON SACERDOTES,
RELIGIOSOS Y RELIGIOSAS, DIÁCONOS,
CATEQUISTAS, ASOCIACIONES
Y MOVIMIENTOS ECLESIALES DE CHIPRE**

DISCURSO DEL SANTO PADRE

**Catedral maronita de Nuestra Señora de las Gracias
Jueves, 2 de diciembre de 2021**

Beatitudes, queridos hermanos obispos,
queridos sacerdotes, religiosas y religiosos,
queridos catequistas, hermanos y hermanas: *Xaipete!* [¡Hola!]

Me siento contento de estar entre ustedes. Deseo expresar mi gratitud al Cardenal Béchara Boutros Raï por las palabras que me ha dirigido y saludar con afecto al Patriarca Pierbattista Pizzaballa. Gracias a todos ustedes por su ministerio y su servicio; en particular a ustedes, hermanas, por la obra educativa que llevan

adelante en la escuela, a la que asisten tantos jóvenes de la isla, lugar de encuentro, de diálogo y aprendizaje del arte de construir puentes. ¡Gracias! Gracias a todos por su cercanía a las personas, especialmente en los contextos sociales y laborales donde es más difícil.

Comparto mi alegría de visitar esta tierra, caminando como peregrino tras las huellas del gran apóstol Bernabé, hijo de este pueblo, discípulo enamorado de Jesús, intrépido anunciador del Evangelio que, pasando por las nacientes comunidades cristianas, veía cómo actuaba la gracia de Dios y se alegraba de ello, exhortando «a todos para que permanecieran unidos al Señor con firmeza de corazón» (Hch 11,23). Y yo vengo con el mismo deseo: ver la gracia de Dios obrando en su Iglesia y en su tierra, alegrándome con ustedes por las maravillas que el Señor obra y exhortándolos a perseverar siempre, sin cansarse, sin desanimarse nunca. ¡Dios es más grande! Dios es más grande que nuestras contradicciones. ¡Adelante!

Los miro y veo la riqueza de su diversidad. Es cierto, ¡una hermosa “macedonia”! Todos diferentes. Saludo a la Iglesia maronita, que en el curso de los siglos ha llegado en varias ocasiones a la isla y que, a menudo atravesando muchas pruebas, ha perseverado en la fe. Cuando pienso en el Líbano siento mucha preocupación por la crisis en la que se encuentra y noto el sufrimiento de un pueblo cansado y probado por la violencia y el dolor. Llevo a mi oración el deseo de paz que sube desde el corazón de ese país. Les agradezco lo que hacen en la Iglesia, por Chipre. Los cedros del Líbano se citan numerosas veces en la Escritura como modelos de belleza y grandeza. Pero incluso un gran cedro surge desde las raíces y crece lentamente. Ustedes son estas raíces, trasplantadas en Chipre para difundir la fragancia y la belleza del Evangelio. ¡Gracias!

Saludo también a la Iglesia latina, presente aquí por milenios, que ha visto crecer en el tiempo, junto a sus hijos, el entusiasmo de la fe y que hoy, gracias a la presencia de tantos hermanos y hermanas migrantes, se presenta como un pueblo “multicolor”, un auténtico lugar de encuentro entre etnias y culturas diferentes. Este rostro de la Iglesia refleja el rol de Chipre en el continente europeo: una tierra de campos dorados, una isla acariciada por las olas del mar, pero sobre todo una historia que es cruce de pueblos y mosaico de encuentros. Así es también la Iglesia: católica, es decir, universal, espacio abierto en el que todos son acogidos y alcanzados por la misericordia de Dios y su invitación a amar. No hay ni debe haber muros en la Iglesia católica. Y esto no lo olvidemos. Ninguno de nosotros ha sido

llamado aquí para hacer proselitismo como predicadores, eso jamás. El proselitismo es estéril, no da vida. Todos hemos sido llamados por la misericordia de Dios, que nunca se cansa de llamar, nunca se cansa de estar cerca, nunca se cansa de perdonar. ¿Dónde están las raíces de nuestra vocación cristiana? En la misericordia de Dios. Nunca debemos olvidar eso. El Señor no defrauda; su misericordia no defrauda. Siempre nos espera. No hay y no debe haber muros en la Iglesia católica, por favor. Es una casa común, es el lugar de las relaciones, es la convivencia de la diversidad: ese rito, ese otro rito; uno lo piensa así, esa monja lo vio así, la otra lo vio de otro modo. La diversidad de todos y, en esa diversidad, la riqueza de la unidad. ¿Y quién hace la unidad? El Espíritu Santo. ¿Y quién hace la diversidad? El Espíritu Santo. Quien puede entender que entienda. Él es el autor de la diversidad y el autor de la armonía. San Basilio solía decirlo: “*Ipse harmonia est*”. Él es quien hace la diversidad de dones y la unidad armoniosa de la Iglesia.

Queridos amigos, ahora quisiera compartir algo con ustedes a propósito de san Bernabé, su hermano y patrono, inspirándome en dos palabras de su vida y de su misión.

La primera palabra es *paciencia*. Se habla de Bernabé como de un gran hombre de fe y de equilibrio, que fue elegido por la Iglesia de Jerusalén –se puede decir de la Iglesia madre– como la persona más idónea para visitar una nueva comunidad, la de Antioquía, que estaba compuesta por diversas personas que se habían convertido recientemente del paganismo. Fue enviado para ir y ver qué estaba sucediendo, casi como un explorador. Allí encontró personas que provenían de otro mundo, de otra cultura y sensibilidad religiosa; personas que acababan de cambiar de vida y por eso tenían una fe llena de entusiasmo, pero todavía frágil, como al inicio. En toda esta situación, la actitud de Bernabé fue de gran *paciencia*. Sabe esperar. Sabe esperar que el árbol crezca. Es la paciencia de estar dispuesto a salir constantemente de viaje, la paciencia de entrar en la vida de personas hasta ese momento desconocidas, la paciencia de acoger la novedad sin juzgarla apresuradamente, la paciencia del discernimiento, que sabe captar los signos de la obra de Dios en todas partes, la paciencia de “estudiar” otras culturas y tradiciones. Bernabé tuvo sobre todo *la paciencia del acompañamiento*, deja crecer, acompañando. No sofocó la fe frágil de los recién llegados con actitudes estrictas, inflexibles, o con requerimientos demasiado exigentes en cuanto a la observancia de los preceptos. No. Los dejaba crecer, los acompañaba, los tomaba de la mano, dialogaba con ellos. Bernabé no se escandaliza, como un padre y una madre no se

escandalizan de sus hijos, sino que los acompañan, los ayudan a crecer. Tengan en cuenta esto: las divisiones, el proselitismo dentro de la Iglesia no van. Deja crecer y acompaña; y si tienes que regañar a alguien, regaña, pero con amor, con paz. Es el hombre de la paciencia.

Necesitamos una *Iglesia paciente*, queridos hermanos y hermanas. Una Iglesia que no se deja turbar y desconcertar por los cambios, sino que acoge serenamente la novedad y discierne las situaciones a la luz del Evangelio. En esta isla es precioso el trabajo que llevan adelante en la acogida de nuevos hermanos y hermanas que llegan desde otros lugares del mundo. Como Bernabé, también ustedes están llamados a cultivar una mirada paciente y atenta, a ser signos visibles y creíbles de la paciencia de Dios que nunca deja a nadie fuera de casa, nadie privado de su tierno abrazo. La Iglesia en Chipre tiene estos brazos abiertos: acoge, integra y acompaña. Es un mensaje importante también para la Iglesia en toda Europa, marcada por la crisis de fe. No sirve ser impulsivos, no sirve ser agresivos, nostálgicos o quejumbrosos, es mejor seguir adelante leyendo los signos de los tiempos y también los signos de la crisis. Es necesario volver a comenzar y anunciar el Evangelio con paciencia, tomar en mano las Bienaventuranzas, sobre todo anunciarlas a las nuevas generaciones. A ustedes, hermanos obispos, quisiera decirles: sean pastores pacientes en la cercanía, no se cansen nunca de buscar a Dios en la oración; busquen a los sacerdotes en el encuentro; a los hermanos de otras confesiones cristianas con respeto y solicitud; y a los fieles allí donde viven. Y a ustedes, queridos sacerdotes que están aquí, quisiera decirles: sean pacientes con los fieles, siempre dispuestos a animarlos, sean ministros incansables del perdón y de la misericordia de Dios. Nunca jueces severos, siempre padres amorosos.

Cuando leo la Parábola del hijo pródigo: el hermano mayor era un juez riguroso, pero el padre era misericordioso, la imagen del Padre que siempre perdona, es más, que siempre está esperando para perdonar. El año pasado un grupo de jóvenes que hacen espectáculos de música pop, quisieron representar la parábola del hijo pródigo, cantada con música pop y diálogos. ¡Hermoso! Pero lo más lindo fue el diálogo final, cuando el hijo pródigo se acercó a un amigo y le dijo: “No puedo seguir así. Quiero irme a casa, pero tengo miedo de que papá me cierre la puerta en la cara, que me eche. Tengo ese miedo y no sé cómo hacer. —Pero, ¡tu papá es bueno! —Sí, pero ya sabes... mi hermano está ahí calentándole la cabeza”. Hacia el final de la obra sobre el hijo pródigo, su amigo le dice: “Haz una cosa, escribe a tu papá y dile que quieres volver, pero tienes miedo de que no te reciba

bien. Dile a tu papá que, si quiere darte la bienvenida, ponga un pañuelo en la ventana más alta de la casa, así tu papá te dirá primero si te dará la bienvenida o te rechazará”. Ese acto termina. En el acto siguiente, el hijo se dirige a la casa de su padre. Y cuando está en camino, se vuelve y ve la casa de su padre, que estaba llena de pañuelos blancos. ¡Llena! Este es Dios para nosotros. Nunca se cansa de perdonar. Y cuando el hijo empieza a hablar: “Ah, señor, yo hice...”, le dice “cállate”, y le tapa la boca.

A ustedes sacerdotes: por favor, no sean rigurosos en la confesión. Cuando ves que alguien está en problemas, di: “Entiendo, entiendo”. Esto no significa “manga ancha”, no. Significa corazón de padre, como corazón de padre tiene Dios. La obra que el Señor realiza en la vida de cada persona es una historia sagrada, dejémonos apasionar por ella. En la multiforme variedad de su pueblo, paciencia significa también tener oídos y corazón para acoger sensibilidades espirituales diferentes, modos de expresar la fe distintos y culturas diversas. La Iglesia no quiere uniformar, por favor, no, sino integrar todas las culturas, todas las psicologías de las personas, con paciencia materna, porque la Iglesia es madre. Es lo que deseamos hacer con la gracia de Dios en el itinerario sinodal: la oración paciente, la escucha paciente de una Iglesia dócil a Dios y abierta al hombre. La paciencia era uno de los aspectos de Bernabé.

En la historia de Bernabé hay un segundo aspecto importante que quisiera subrayar: su encuentro con Pablo de Tarso y la amistad fraterna entre ellos, que los conducirá a vivir juntos la misión. Después de la conversión de Pablo –que antes había sido un encarnizado perseguidor de los cristianos– «todos le temían, porque no creían que él también fuera discípulo» (Hch 9,26). Aquí el libro de los Hechos de los Apóstoles dice algo muy hermoso: Bernabé lo tomó consigo, lo presentó a la comunidad, contó lo que le había sucedido y respondió por él (cf. v. 27). Escuchemos este “*lo tomó consigo*”. La expresión hace referencia a la misma misión de Jesús, que tomó consigo a los discípulos por los caminos de Galilea, que tomó sobre sí nuestra humanidad herida por el pecado. Es una actitud de amistad, una actitud de compartir la vida. “Tomar consigo”, “tomar sobre sí” significa hacerse cargo de la historia del otro, darse tiempo para conocerlo sin etiquetarlo –cuidado con el pecado de etiquetar a la gente–, cargarlo sobre los hombros cuando está cansado o herido, como hace el buen samaritano (cf. Lc 10,25-37). Esto se llama *fraternidad*, y es la segunda palabra que quiero decirles. La primera es *paciencia* y la segunda, *fraternidad*.

Bernabé y Pablo, como hermanos, viajaron juntos para anunciar el Evangelio, aun en medio de persecuciones. En la Iglesia de Antioquía «estuvieron juntos todo un año e instruyeron a mucha gente» (Hch 11,26). Luego ambos tenían reservada una misión más grande y, enviados por el Espíritu Santo, «se embarcaron para Chipre» (Hch 13,4). Y la Palabra de Dios corría y crecía no sólo por sus cualidades humanas, sino sobre todo porque eran hermanos en el nombre de Dios y esta fraternidad entre ellos hacía resplandecer el mandamiento del amor. Hermanos distintos, como los dedos de una mano, todos diversos, pero todos con la misma dignidad. Hermanos. Después, como sucede en la vida, pasó algo inesperado. Los Hechos cuentan que los dos tuvieron un fuerte desacuerdo y sus caminos se separaron (cf. Hch 15,39). También entre los hermanos se discute, a veces hay disputas. Pero Pablo y Bernabé no se separaron por motivos personales, sino que estaban discutiendo acerca de su ministerio, sobre cómo llevar adelante la misión, y tenían visiones diferentes. Bernabé también quería llevar a la misión al joven Marcos, y Pablo no quería. Discutieron, pero por algunas cartas sucesivas se intuye que no quedó rencor entre ellos. Incluso a Timoteo, que tenía que alcanzarlo más adelante, Pablo le escribió: «Ven a verme cuanto antes [...] Recoge a Marcos [¡justamente a él!] y tráelo contigo, pues será de gran ayuda en mi ministerio» (2 Tm 4,9.11). Esta es la fraternidad en la Iglesia, se puede discutir sobre puntos de vista, es bueno hacerlo, un poco de discusión es siempre bueno; en particular sobre diferentes sensibilidades e ideas, no discutir nunca tampoco es bueno. Cuando hay una paz demasiado rígida, no es de Dios. En una familia los hermanos discuten, intercambian puntos de vista. Sospecho de los que nunca discuten, porque todo el tiempo tienen “agendas” ocultas. Esta es la fraternidad de la Iglesia: se pueden discutir visiones, sensibilidades, ideas diferentes, y en algunos casos decir cosas con franqueza, esto ayuda, y no decirlas por detrás con una crítica que no hace bien a nadie. La discusión es una oportunidad para el crecimiento y el cambio. Pero recordemos siempre que no se discute para hacerse la guerra, para imponerse, sino para expresar y vivir la vitalidad del Espíritu, que es amor y comunión. Se discute, pero seguimos siendo hermanos. Recuerdo que cuando era niño éramos cinco. Discutíamos entre nosotros, a veces con fuerza, no todos los días, y luego estábamos todos juntos en la mesa. La discusión de la familia que tiene una madre, la madre Iglesia: los hijos discuten.

Queridos hermanos y hermanas, necesitamos una *Iglesia fraterna* que sea instrumento de fraternidad para el mundo. Aquí en Chipre existen muchas sensibilidades espirituales y eclesiales, varias historias de procedencia, de ritos y de tradiciones diferentes; pero no debemos sentir la diversidad como una amenaza

contra la identidad, ni debemos recelar y preocuparnos de los respectivos espacios. Si caemos en esta tentación crece el miedo, el miedo genera desconfianza, la desconfianza conduce a la sospecha y, antes o después, lleva a la guerra. Somos hermanos amados por un único Padre. Ustedes están inmersos en el Mediterráneo, un mar con diferentes historias, un mar que ha mecido numerosas civilizaciones, un mar del que todavía hoy desembarcan personas, pueblos y culturas de todas partes del mundo. Con su fraternidad pueden recordar a todos, a toda Europa, que para construir un futuro digno del hombre es necesario trabajar juntos, superar las divisiones, derribar los muros y cultivar el sueño de la unidad. Necesitamos acogernos e integrarnos, caminar juntos, ser todos hermanos y hermanas.

Les agradezco lo que son y lo que hacen, la alegría con la que anuncian el Evangelio, las fatigas y renunciaciones con las que lo sostienen y lo hacen avanzar. Este es el camino trazado por los santos apóstoles Pablo y Bernabé. Les deseo que sean siempre una Iglesia paciente, que discierne, que no se asusta nunca, que acompaña y que integra; y una Iglesia fraterna, que hace espacio al otro, que discute pero permanece unida y crece en la discusión. Los bendigo a cada uno de ustedes. Y, por favor, sigan rezando por mí, porque lo necesito. *Efcharistó!* [¡Gracias!]

ENCUENTRO CON EL SANTO SÍNODO

DISCURSO DEL SANTO PADRE

Catedral ortodoxa de Nicosia

Viernes, 3 de diciembre de 2021

Beatitud, queridos obispos del Santo Sínodo:

Estoy contento de encontrarme entre ustedes y les agradezco la cordial acogida. Gracias, querido hermano, por sus palabras, por la apertura del corazón y por el compromiso de promover el diálogo entre nosotros. Deseo extender mi saludo a los sacerdotes, a los diáconos y a todos los fieles de la Iglesia ortodoxa de Chipre, recordando particularmente a los monjes y las monjas, que con su oración purifican y elevan la fe de todos.

La gracia de estar aquí me lleva a pensar que tenemos un origen apostólico común: Pablo atravesó Chipre y posteriormente llegó a Roma. Por tanto,

descendemos del mismo ardor apostólico y nos une un único camino: el del Evangelio. Me agrada ver que seguimos caminando en la misma dirección, en busca de una fraternidad cada vez mayor y de la unidad plena. En este retazo de la Tierra Santa que difunde la gracia de los Santos Lugares en el Mediterráneo, viene con naturalidad el recuerdo de tantas páginas y figuras bíblicas. Entre todas, quisiera referirme de nuevo a san Bernabé, destacando algunos aspectos que pueden orientarnos en el camino.

«José, a quien los apóstoles llamaban “Bernabé”» (Hch 4,36): así es presentado en los Hechos de los Apóstoles. Lo conocemos y veneramos por su sobrenombre, debido a lo mucho que este definía su persona. Ahora bien, la palabra Bernabé significa al mismo tiempo “hijo del consuelo” e “hijo de la exhortación”. Es hermoso que en su figura se fundan ambas características, indispensables para el anuncio del Evangelio. En efecto, todo consuelo verdadero no puede ser intimista, sino que debe traducirse en exhortación, orientar la libertad hacia el bien. Al mismo tiempo, cada exhortación en la fe no puede más que fundarse en la presencia consoladora de Dios y estar acompañada por la caridad fraterna.

De este modo Bernabé, hijo del consuelo, nos exhorta a nosotros sus hermanos a emprender la misma misión de proclamar el Evangelio a los hombres, invitándonos a comprender que el anuncio no puede basarse en exhortaciones generales, en la repetición de preceptos y normas que observar, como se ha hecho con frecuencia. Hay que seguir el camino del encuentro personal, prestar atención a las preguntas de la gente, a sus necesidades existenciales. Para ser hijos del consuelo, antes de decir cualquier cosa, es necesario escuchar, dejarse interrogar, descubrir al otro, compartir: porque el Evangelio se transmite por la comunión. Esto es lo que, como católicos, deseamos vivir en los próximos años, redescubriendo la dimensión sinodal, constitutiva del ser de la Iglesia. Y en esto sentimos la necesidad de caminar más intensamente con ustedes, queridos hermanos, que por medio de la experiencia de su sinodalidad pueden sernos verdaderamente de gran ayuda. Gracias por su colaboración fraterna, que también se manifiesta en la participación activa en la Comisión mixta internacional para el diálogo teológico entre la Iglesia católica y la Iglesia ortodoxa.

Deseo de corazón que aumenten las posibilidades de encontrarnos, de conocernos mejor, de derribar muchos preconceptos y de disponernos para una escucha serena de las respectivas experiencias de fe. Será una exhortación

estimulante para que cada uno ofrezca lo mejor y esto dará un fruto espiritual de consolación a todos. El apóstol Pablo, de quien descendemos, habla a menudo de consolación y es hermoso imaginar que Bernabé, hijo del consuelo, haya sido el inspirador de algunas palabras suyas, como aquellas del comienzo de la segunda Carta a los corintios, con las que recomienda que nos consolemos mutuamente con el mismo consuelo que recibimos de Dios (cf. 2 Co 1,3-5). En este sentido, queridos hermanos, deseo asegurarles mi oración y cercanía, así como la de la Iglesia católica, tanto en los problemas más dolorosos que los angustian como en las esperanzas más hermosas y audaces que los animan. Las tristezas y las alegrías de ustedes nos pertenecen, las sentimos nuestras; y también sentimos que necesitamos mucho de sus oraciones.

A continuación –segundo aspecto–, san Bernabé es presentado en los Hechos de los Apóstoles como «un levita nacido en Chipre» (Hch 4,36). El texto no agrega otros detalles, ni en cuanto a su aspecto ni en cuanto a su persona, pero inmediatamente después revela a Bernabé por medio de una acción emblemática: «vendió un campo de su propiedad, llevó el importe y lo puso a disposición de los apóstoles» (v. 37). Este magnífico gesto sugiere que para revitalizarnos en la comunión y en la misión también nosotros hemos de tener la valentía de despojarnos de aquello que, aun siendo valioso, es terreno, para favorecer la plenitud de la unidad. No me refiero ciertamente a lo que es sagrado y nos ayuda a encontrar al Señor, sino al riesgo de absolutizar ciertos usos y costumbres que no son esenciales para vivir la fe. No nos dejemos paralizar por el temor de abrirnos y de realizar gestos audaces, no secundemos el “carácter irreconciliable de las diferencias” que no encuentra correspondencia en el Evangelio. No permitamos que las tradiciones –en plural y con la “t” minúscula– tiendan a prevalecer sobre la Tradición –en singular y con la “t” mayúscula–. Esta nos exhorta a imitar a Bernabé, a dejar cuanto, aun siendo bueno, puede comprometer la plenitud de la comunión, el primado de la caridad y la necesidad de la unidad.

Bernabé, dejando todo lo que poseía a los pies de los apóstoles, entró en sus corazones. También nosotros estamos invitados por el Señor a redescubrirnos como parte del mismo Cuerpo, a abajarnos hasta los pies de los hermanos. Es cierto que la historia, en el campo de nuestras relaciones, ha abierto amplios surcos entre nosotros, pero el Espíritu Santo desea que volvamos a acercarnos con humildad y respeto. Él nos invita a no resignarnos frente a las divisiones del pasado y a cultivar juntos el campo del Reino, con paciencia, asiduidad y de modo concreto. Porque si

dejamos de lado teorías abstractas y trabajamos juntos codo a codo –por ejemplo, en la caridad, en la educación y en la promoción de la dignidad humana–, redescubriremos al hermano y la comunión madurará por sí misma, para gloria de Dios. Cada uno mantendrá las propias maneras y el propio estilo pero, con el tiempo, el trabajo conjunto acrecentará la concordia y se mostrará fecundo. Así como estas tierras mediterráneas fueron embellecidas por el trabajo respetuoso y paciente del hombre, también nosotros cultivemos, con la ayuda de Dios y con humilde perseverancia, nuestra comunión apostólica.

Por ejemplo, es un buen fruto lo que sucede aquí en Chipre en la iglesia de “Nuestra Señora de la Ciudad de oro”. El templo, dedicado a la *Panaghia Chrysopolitissa*, es actualmente lugar de culto para varias confesiones cristianas, amado por la población y elegido con frecuencia para las celebraciones de los matrimonios. Es por tanto un signo de comunión de fe y de vida, bajo la mirada de la Santa Madre de Dios, que reúne a sus hijos. Además, dentro del complejo se conserva una columna donde, según la tradición, san Pablo sufrió treinta y nueve azotes por haber anunciado la fe en Pafos. La misión, así como la comunión, pasa siempre a través de sacrificios y pruebas.

El tercer aspecto que destaco de la figura de Bernabé es precisamente una prueba, la cual marcó su historia y los orígenes de la difusión del Evangelio en estas tierras. Al regresar a Chipre con Pablo y Marcos, Bernabé encontró a Elimas, “mago y falso profeta”, que se les opuso con malicia, tratando de torcer los caminos derechos del Señor (cf. Hch 13,6.8.10). Tampoco hoy faltan falsedades y engaños que el pasado nos pone delante y que obstaculizan el camino. Siglos de división y distancias que han llevado a asimilar, aun involuntariamente, no pocos prejuicios hostiles respecto a los demás, preconceptos basados a menudo en informaciones deficientes y distorsionadas, divulgadas por una lectura agresiva y polémica. Pero todo esto tuerce el camino de Dios, que se orienta hacia la concordia y la unidad. Queridos hermanos, la santidad de Bernabé es elocuente también para nosotros. Cuántas veces en la historia, entre los mismos cristianos nos hemos preocupado por oponernos a los demás, en lugar de acoger dócilmente el camino de Dios, que tiende a recomponer las divisiones en la caridad. Cuántas veces hemos agrandado y difundido prejuicios sobre los demás, en vez de cumplir la exhortación que el Señor repite especialmente en el Evangelio escrito por Marcos, quien fuera con Bernabé a esta isla: hacerse pequeños y servir a los demás (cf. Mc 9,35; 10,43-44).

Beatitud, hoy en nuestro diálogo he quedado conmovido cuando usted habló de la Iglesia Madre. Nuestra Iglesia es madre, es una madre que siempre reúne a sus hijos con ternura. Confiamos en esta Madre Iglesia, que nos reúne a todos y que, con paciencia, ternura y valentía, nos conduce hacia adelante en el camino del Señor. Pero, para sentir la maternidad de la Iglesia, todos nosotros tenemos que ir allí donde la Iglesia es madre. Todos nosotros, con nuestras diferencias, pero todos hijos de la Iglesia Madre. Gracias por esa reflexión que hoy ha hecho conmigo.

Supliquemos al Señor sabiduría y valentía para seguir sus caminos y no los nuestros. Pidámoslo por intercesión de los santos. Leontios Machairas, cronista del siglo XV, definió a Chipre como la “Isla santa” por la cantidad de mártires y beatos que esta tierra ha conocido a lo largo de los siglos. Además de los más célebres y venerados, como Bernabé, Pablo y Marcos, Epifanio, Bárbara, Espiridón, hay muchos otros, multitudes innumerables de santos que, unidos en la única Iglesia celestial –la Iglesia Madre–, nos impulsan a navegar juntos hacia el puerto por el que todos suspiramos. Desde el más allá invitan a que hagamos de Chipre –que ya es un puente entre Oriente y Occidente– un puente entre el cielo y la tierra. Que así sea, para gloria de la Santísima Trinidad, para nuestro bien y para el bien el de todos. Gracias.

SANTA MISA

HOMILÍA DEL SANTO PADRE

Estadio GSP de Nicosia

Venerdì, 3 de diciembre de 2021

Mientras Jesús pasaba, dos ciegos le expresaban a gritos su miseria y su esperanza: «¡Hijo de David, ten piedad de nosotros!» (Mt 9,27). “Hijo de David” era un título atribuido al Mesías, que las profecías anunciaban como proveniente de la estirpe de David. Los dos protagonistas del Evangelio de hoy son ciegos y, sin embargo, ven lo más importante: reconocen a Jesús como el Mesías que ha venido al mundo. Detengámonos en tres pasos de este encuentro que, en este camino de adviento, pueden ayudarnos a acoger al Señor que viene, al Señor que pasa.

El primer paso: *ir a Jesús para sanar*. El texto dice que los dos ciegos gritaban al Señor mientras lo seguían (cf. v. 27). No lo veían, pero escuchaban su

voz y seguían sus pasos. Buscaban en el Cristo lo que habían preanunciado los profetas, es decir, los signos de curación y de compasión de Dios en medio de su pueblo. A este respecto, Isaías había escrito: «Se despegarán los ojos de los ciegos» (35,5). Y otra profecía, incluida en la primera Lectura de hoy: «Los ojos de los ciegos verán sin sombra ni oscuridad» (29,18). Los dos ciegos del Evangelio se fían de Jesús y lo siguen en busca de luz para sus ojos.

¿Y por qué, hermanos y hermanas, estas dos personas se fían de Jesús? Porque perciben que, en la oscuridad de la historia, Él es la luz que ilumina las noches del corazón y del mundo, que derrota las tinieblas y vence toda ceguera. También nosotros, como los dos ciegos, tenemos cegueras en el corazón. También nosotros, como los dos ciegos, somos viajeros a menudo inmersos en la oscuridad de la vida. Lo primero que hay que hacer es acudir a Jesús, como Él mismo dijo: «Vengan a mí todos los cansados y abrumados por cargas, y yo los haré descansar» (Mt 11,28). ¿Quién de nosotros no está de alguna manera cansado y abrumado? Todos. Pero nos resistimos a ir hacia Jesús; muchas veces preferimos quedarnos encerrados en nosotros mismos, estar solos con nuestras oscuridades, autocompadecernos, aceptando la mala compañía de la tristeza. Jesús es el médico, sólo Él, la luz verdadera que ilumina a todo hombre (cf. Jn 1,9), nos da luz, calor y amor en abundancia. Sólo Él libera el corazón del mal. Podemos preguntarnos: ¿me encierro en la oscuridad de la melancolía, que reseca las fuentes de la alegría, o voy al encuentro de Jesús y le ofrezco mi vida? ¿Sigo a Jesús, lo “persigo”, le grito mis necesidades, le entrego mis amarguras? Hagámoslo, démosle a Jesús la posibilidad de curarnos el corazón: este es el primer paso; la curación interior requiere otros dos.

El segundo paso es *llevar las heridas juntos*. En este relato evangélico no se cura a un solo ciego, como por ejemplo, en el caso de Bartimeo (cf. Mc 10,46-52) o del ciego de nacimiento (cf. Jn 9,1-41). Aquí los ciegos son dos. Se encuentran juntos en el camino. Juntos comparten el dolor por su condición, juntos desean una luz que pueda hacer brillar un resplandor en el corazón de sus noches. El texto que hemos escuchado está siempre en plural, porque los dos hacen todo juntos: ambos siguen a Jesús, ambos, dirigiéndose a Él, le piden la curación a gritos; no cada uno por su lado, sino juntos. Es significativo que digan a Cristo: *ten piedad de nosotros*. Usan el “nosotros”, no dicen “yo”. No piensa cada uno en su propia ceguera, sino que piden ayuda juntos. Este es el signo elocuente de la vida cristiana, el rasgo distintivo del espíritu eclesial: pensar, hablar y actuar

como un “nosotros”, saliendo del individualismo y de la pretensión de la autosuficiencia que enferman el corazón.

Los dos ciegos, al compartir sus sufrimientos y con su amistad fraterna, nos enseñan mucho. Cada uno de nosotros de algún modo está ciego a causa del pecado, que nos impide “ver” a Dios como Padre y a los otros como hermanos. Esto es lo que hace el pecado: distorsiona la realidad, nos hace ver a Dios como el amo y a los otros como problemas. Es la obra del tentador, que falsifica las cosas y tiende a mostrárnoslas bajo una luz negativa para arrojarnos en el desánimo y la amargura. Y la horrible tristeza, que es peligrosa y no viene de Dios, anida bien en la soledad. Por tanto, no se puede afrontar la oscuridad estando solos. Si llevamos solos nuestras cegueras interiores, nos vemos abrumados. Necesitamos ponernos uno junto al otro, compartir las heridas y afrontar el camino juntos.

Queridos hermanos y hermanas, frente a cada oscuridad personal y a los desafíos que se nos presentan en la Iglesia y en la sociedad estamos llamados a renovar la fraternidad. Si permanecemos divididos entre nosotros, si cada uno piensa sólo en sí mismo o en su grupo, si no nos juntamos, si no dialogamos, si no caminamos unidos, no podremos curar la ceguera plenamente. La curación llega cuando llevamos juntos las heridas, cuando afrontamos juntos los problemas, cuando nos escuchamos y hablamos entre nosotros. Y esta es *la gracia de vivir en comunidad*, de comprender el valor de estar juntos, de ser comunidad. Pido para ustedes que puedan estar siempre juntos, siempre unidos; seguir adelante así y con alegría, hermanos cristianos, hijos del único Padre. Y lo pido también para mí.

Y el tercer paso es *anunciar el Evangelio con alegría*. Después de haber sido curados juntos por Jesús, los dos protagonistas anónimos del Evangelio, en los que podemos reflejarnos, comenzaron a difundir la noticia en toda la región, a hablar de eso en todas partes. Hay un poco de ironía en este hecho: Jesús les había recomendado que no dijeran nada a nadie, sin embargo, ellos hicieron exactamente lo contrario (cf. Mt 9,30-31). Pero por el relato se entiende que no era su intención desobedecer al Señor, sino que simplemente no lograron contener el entusiasmo por haber sido curados y la alegría por lo que habían vivido en el encuentro con Él. Aquí hay otro signo distintivo del cristiano: la alegría del Evangelio, que es incontenible, «llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 1); la alegría del Evangelio libera del riesgo de una fe intimista, distante y quejumbrosa, e introduce en el dinamismo del testimonio.

Queridos amigos, es hermoso verlos y percibir que viven con alegría el anuncio liberador del Evangelio: les agradezco por esto. No se trata de proselitismo –por favor, nunca hagan proselitismo–, sino de testimonio; no es moralismo que juzga –no, no lo hagan–, sino misericordia que abraza; no se trata de culto exterior, sino de amor vivido. Los animo a seguir adelante en este camino. Como los dos ciegos del Evangelio, renovemos también nosotros el encuentro con Jesús y salgamos de nosotros mismos sin miedo para testimoniarlo a cuantos encontremos. Salgamos a llevar la luz que hemos recibido, salgamos a iluminar la noche que a menudo nos rodea. Hermanos y hermanas, se necesitan *cristianos iluminados, pero sobre todo luminosos*, que toquen con ternura las cegueras de los hermanos, que con gestos y palabras de consuelo enciendan luces de esperanza en la oscuridad; cristianos que siembren brotes de Evangelio en los áridos campos de la cotidianidad, que lleven caricias a las soledades del sufrimiento y de la pobreza.

Hermanos, hermanas, el Señor Jesús pasa, también pasa por nuestras calles de Chipre, escucha el grito de nuestras cegueras, quiere tocar nuestros ojos, quiere tocar nuestro corazón, quiere atraernos hacia la luz, hacernos renacer y reanimarnos interiormente: esto quiere hacer Jesús. Y también a nosotros nos dirige la pregunta que hizo a aquellos ciegos: «¿Creen que puedo hacer esto?» (Mt 9,28). ¿Creemos que Jesús pueda hacer esto? Renovemos nuestra confianza en Él. Digámosle: Jesús, creemos que tu luz es más grande que cualquiera de nuestras tinieblas, creemos que Tú puedes curarnos, que Tú puedes renovar nuestra fraternidad, que puedes multiplicar nuestra alegría; y con toda la Iglesia te invocamos, todos juntos: ¡Ven, Señor Jesús! [todos repiten: “¡Ven, Señor Jesús!”] ¡Ven, Señor Jesús! [todos repiten: “¡Ven, Señor Jesús!”] ¡Ven, Señor Jesús! [todos repiten: “¡Ven, Señor Jesús!”]

Saludo al final de la Santa Misa

Queridos hermanos y hermanas:

Soy yo el que desea agradecerles a todos ustedes. Mañana por la mañana, al despedirme de este país, tendré la oportunidad de saludar al señor Presidente de la República, aquí presente, pero ya desde ahora deseo expresar de corazón mi gratitud a todos por la acogida y el afecto que me han brindado. ¡Gracias!

Aquí en Chipre estoy respirando un poco de esa atmósfera típica de Tierra Santa, donde la antigüedad y la variedad de las tradiciones cristianas enriquecen al peregrino. Esto me hace bien, y hace bien encontrar comunidades de creyentes que viven el presente con esperanza, abiertas al futuro, y que comparten este horizonte con los más necesitados. Pienso particularmente en los migrantes que buscan una vida mejor, con los que tendré mi último encuentro en esta isla, junto a los hermanos y hermanas de diversas confesiones cristianas.

Gracias a todos los que han colaborado en esta visita. Recen por mí. Que el Señor los bendiga y la Virgen Santa los proteja. *Efcharistó!* [¡Gracias!]

ORACIÓN ECUMÉNICA CON LOS MIGRANTES

Iglesia parroquial de la Santa Cruz, Nicosia
Viernes, 3 de diciembre de 2021

Queridos hermanos y hermanas:

Es una gran alegría estar aquí con ustedes y concluir mi visita a Chipre con este encuentro de oración. Agradezco a los Patriarcas Pizzaballa y Béchara Raï, así como también a la señora Elisabeth de Cáritas. Saludo con afecto y gratitud a los Representantes de las diversas confesiones cristianas presentes en Chipre.

A ustedes, jóvenes migrantes que han dado sus testimonios, deseo decirles un enorme “gracias” de corazón. Había recibido los testimonios con anticipación, hace aproximadamente un mes, y me habían emocionado mucho, y también hoy me han conmovido nuevamente al escucharlos. Pero no es sólo emoción, es mucho más, es la conmoción que viene de la belleza de la verdad, como la de Jesús cuando exclamó: «Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has revelado todo esto a los pequeños y lo has ocultado a los sabios y a los astutos» (Mt 11,25).

También yo alabo al Padre celestial porque esto sucede hoy, aquí –como también en todo el mundo–, Dios revela su Reino a los pequeños: Reino de amor, de justicia y de paz.

Después de escucharlos a ustedes comprendemos mejor toda la fuerza profética de la Palabra de Dios que, por medio del apóstol Pablo, dice: «Ustedes ya no son extraños ni forasteros, sino conciudadanos de los santos y familia de Dios» (Ef 2,19). Fueron palabras escritas a los cristianos de Éfeso –no lejos de aquí–; muy distantes en el tiempo, pero palabras tan cercanas, que son más actuales que nunca, como si hubieran sido escritas hoy para nosotros: “Ustedes *no son forasteros, sino conciudadanos*”. Esta es la profecía de la Iglesia, una comunidad que encarna –con todos los límites humanos– el sueño de Dios. Porque también Dios sueña, como tú, Mariamie, que vienes de la República Democrática del Congo y te has definido “llena de sueños”. Como tú, Dios sueña un mundo de paz, en el que sus hijos viven como hermanos y hermanas. Dios quiere esto, Dios sueña esto. Somos nosotros los que no lo queremos.

Su presencia, hermanos y hermanas migrantes, es muy significativa en esta celebración. Sus testimonios son como un “espejo” para nosotros, comunidades cristianas. Cuando tú, Thamara, que vienes de Sri Lanka, dices: “A menudo me preguntan *quién soy*”: la brutalidad de la migración pone en juego la propia identidad. “Pero, ¿este soy yo? No lo sé. ¿Dónde están mis raíces? ¿Quién soy?”. Y cuando dices esto, nos recuerdas que también a nosotros se nos hace a veces esta pregunta: “¿Quién eres tú?”. Y, lamentablemente, con frecuencia lo que se quiere decir es: “¿De qué parte estás? ¿A qué grupo perteneces?”. Pero como tú nos has dicho, no somos números, no somos individuos que haya que catalogar: somos “hermanos”, “amigos”, “creyentes” y “prójimos” los unos de los otros. Pero cuando los intereses de grupo o los intereses políticos, también de las naciones, presionan, muchos de entre nosotros son apartados y, sin quererlo, se ven esclavos. Porque el interés siempre esclaviza, siempre crea esclavos. El amor que es amplio y que es contrario al odio, nos hace libres.

Cuando tú, Maccolins, que vienes de Camerún, dices que a lo largo de tu vida has sido “*herido por el odio*”, tú estás hablando de esto, de estas heridas de los intereses; y nos recuerdas que el odio también ha contaminado nuestras relaciones entre cristianos. Y esto, como tú has dicho, deja una marca, una marca profunda

que dura mucho tiempo: es un veneno. Sí, lo has expresado con tu pasión: el odio es un veneno del que resulta difícil desintoxicarse. Y el odio es una mentalidad distorsionada que, en vez de hacer que nos reconozcamos hermanos, lleva a que nos veamos como adversarios, como rivales, o si no como objetos que se venden o se explotan.

Cuando tú, Rozh, que vienes de Irak, dices que eres “una persona en camino”, nos recuerdas que también nosotros somos una comunidad en camino, que estamos en marcha del *conflicto a la comunión*. En este camino, que es largo y está formado por subidas y bajadas, no nos deben asustar las diferencias entre nosotros, sino más bien, sí deben darnos miedo nuestras cerrazones, y nuestros prejuicios, que impiden que nos encontremos realmente y que caminemos juntos. Las cerrazones y los prejuicios vuelven a construir entre nosotros ese muro de separación que Cristo ha derribado, es decir, la enemistad (cf. Ef 2,14). Y entonces nuestro viaje hacia la unidad plena podrá avanzar en la medida en que tengamos todos juntos la mirada fija en Jesús, en Él, que es «nuestra paz» (ibíd.), que es la «piedra principal» (v. 20). Y Él, el Señor Jesús, viene a nuestro encuentro en el rostro del hermano marginado y descartado, en el rostro del migrante despreciado, rechazado, oprimido, explotado. Pero también –como has dicho tú–, en el rostro del migrante que está en camino hacia algo, hacia una esperanza, hacia una convivencia más humana.

Y así Dios nos habla a través de sus sueños. El peligro es que muchas veces no dejamos entrar los sueños dentro de nosotros, preferimos dormir y no soñar. Es más fácil mirar a otra parte. Y en este mundo nos acostumbramos a la cultura de la indiferencia, a la cultura de mirar a otro lado, y dormimos así, tranquilos. Pero por este camino nunca se puede soñar. Es duro. Dios habla por medio de sus sueños. Dios no habla por medio de las personas que no pueden soñar nada, porque tienen todo o porque su corazón se ha endurecido. Dios también a nosotros nos llama a no resignarnos a vivir en un mundo dividido, a no resignarnos a comunidades cristianas divididas, sino a caminar en la historia atraídos por el sueño de Dios, que es una humanidad sin muros de separación, liberada de la enemistad, sin más forasteros sino sólo conciudadanos, como nos decía Pablo en el pasaje que he citado. Diferentes, es verdad, y orgullosos de nuestras peculiaridades; orgullosos de ser diferentes, de estas peculiaridades que son un don de Dios, Diferentes, orgullosos de serlo, pero siempre reconciliados, siempre hermanos.

Que esta isla, marcada por una dolorosa división –estoy mirando el muro, allí [a través de la puerta abierta de la Iglesia]–, pueda convertirse con la gracia de Dios en taller de fraternidad. Yo agradezco a todos los que trabajan por esto. Pensar que esta isla es generosa, pero no puede hacerlo todo, porque el número de gente que llega es superior a sus posibilidades de incorporar, de integrar, de acompañar, de promover. Su cercanía geográfica facilita, pero no es fácil. Debemos entender los límites que tienen los gobernantes de esta isla. Pero siempre está presente en esta isla, y lo he visto en los responsables que he visitado, [el compromiso] de convertirse, con la gracia de Dios, en *taller de fraternidad*. Y podrá serlo con dos condiciones: la primera es el reconocimiento efectivo de la dignidad de cada persona humana (cf. Carta enc. Fratelli tutti, 8). Nuestra dignidad no se vende, no se alquila, no se pierde. La frente alta: yo soy *digno* hijo de Dios. El reconocimiento efectivo de la dignidad de toda persona humana: este es el fundamento ético, un fundamento universal que está también en el centro de la doctrina social cristiana. La segunda condición es la apertura confiada a Dios, Padre de todos, y este es el “fermento” que estamos llamados a ser como creyentes (cf. ibíd., 272).

Con estas condiciones es posible que el *sueño* se traduzca en un *viaje* cotidiano, hecho de pasos concretos que van del conflicto a la comunión, del *odio* al *amor*, de la huida al encuentro. Un camino paciente que, día tras día, nos hace entrar en la tierra que Dios ha preparado para nosotros, la tierra donde, si te preguntan: “¿Quién eres?”, puedes responder a cara descubierta: “Mira, soy tu hermano, ¿no me conoces?”. Y andar así, lentamente.

Escuchándolos a ustedes, mirándolos a la cara, la memoria va más allá, va a los sufrimientos. Ustedes llegaron aquí, pero, ¿cuántos de sus hermanos y hermanas se quedaron en el camino? ¿Cuántos, desesperados, empezaron el viaje en condiciones muy difíciles, incluso precarias, y no pudieron llegar? Podemos decir que este mar se ha convertido en un gran cementerio. Mirándolos a ustedes veo los sufrimientos del camino, tantos que han sido secuestrados, vendidos, explotados; todavía están en camino, no sabemos dónde. Es la historia de una esclavitud, una esclavitud universal. Nosotros miramos lo que sucede, y lo peor es que *nos estamos acostumbrando* a esto: “Ah, sí, hoy se hundió un barco, allí, muchos desaparecidos”. Pero mira que este *acostumbrarse* es una enfermedad grave, es una enfermedad muy grave y no hay antibiótico para esta enfermedad. Debemos reaccionar contra este vicio de acostumbrarse a leer estas tragedias en los periódicos o escucharlas en otros medios de comunicación. Mirándolos a ustedes, pienso en tantos que tuvieron

que regresar porque los rechazaron y terminaron en los campos de refugiados, verdaderos campos de concentración, donde las mujeres son vendidas, los hombres torturados, esclavizados. Nosotros nos lamentamos cuando leemos las historias de los campos de concentración del siglo pasado, los de los nazis, los de Stalin, nos lamentamos cuando vemos eso y decimos: “Pero, ¿cómo es posible que haya sucedido eso?”. Hermanos y hermanas: está sucediendo hoy, en las costas cercanas. Lugares de esclavitud. He visto algunos testimonios grabados de eso: lugares de tortura, de venta de personas. Esto lo digo porque es mi responsabilidad ayudar a que abramos los ojos. La migración forzada no es una costumbre casi turística, ¡por favor! Y el pecado que tenemos dentro nos impulsa a pensar así: “Pobre gente, pobre gente”. Y con ese “pobre gente” borramos todo. Es la guerra de este momento, es el sufrimiento de hermanos y hermanas que nosotros no podemos callar. Aquellos que han dado todo lo que tenían para subir a un barco, de noche sin saber si llegarían. Y después, tantos de ellos son rechazados y terminan en los campos de concentración, verdaderos lugares de confinamiento, de tortura y de esclavitud.

Esta es la historia de esta *civilización desarrollada*, que nosotros llamamos *Occidente*. Y después –perdónenme, pero quisiera decir lo que tengo en el corazón, al menos para rezar unos por otros y hacer algo–, después los alambres de púas. Uno lo veo aquí: esta es una guerra de odio que divide a un país. Pero los alambres de púas, en otros lugares donde están, se ponen para no dejar entrar al refugiado, al que viene a pedir libertad, pan, ayuda, hermandad, alegría, que está huyendo del odio y se encuentra ante un odio que se llama *alambre de púas*. Que el Señor despierte las conciencias de todos nosotros frente a estas cosas.

Y perdónenme si he dicho las cosas como son, pero no podemos callar y mirar a otro lado, en esta cultura de la indiferencia.

Que el Señor los bendiga a todos. Gracias.

ENCUENTRO DE SU BEATITUD JERÓNIMO II Y SU SANTIDAD FRANCISCO

DISCURSO DEL SANTO PADRE

“Sala del Trono” del Arzobispado ortodoxo de Grecia,
Atenas
Sábado, 4 de diciembre de 2021

Beatitud:

«Gracia y paz de parte de Dios» (Rm 1,7). Lo saludo con estas palabras del gran apóstol Pablo, las mismas con las que, mientras se encontraba en tierra griega, se dirigió a los fieles de Roma. Hoy nuestro encuentro renueva esa gracia y esa paz. Rezando ante los trofeos de la Iglesia de Roma, que son las tumbas de los apóstoles y de los mártires, me he sentido impulsado a venir aquí como peregrino, con gran respeto y humildad, para renovar esa comunión apostólica y alimentar la caridad fraterna. En este sentido deseo agradecerle, Beatitud, por las palabras que me ha

dirigido y que correspondo con afecto, saludando, por medio suyo, al clero, a las comunidades monásticas y a todos los fieles ortodoxos de Grecia.

Hace cinco años nos encontramos en Lesbos, en la emergencia de uno de los dramas más grandes de nuestro tiempo, el de tantos hermanos y hermanas migrantes que no pueden ser dejados en la indiferencia y vistos sólo como una carga que hay que gestionar o, todavía peor, que hay que delegar a otro. Ahora volvemos a encontrarnos para compartir la alegría de la fraternidad y mirar al Mediterráneo que nos rodea no sólo como un lugar que preocupa y divide, sino también como un mar que nos une. Hace un momento recordé los olivos centenarios que aúnan estas tierras. Volviendo a evocar estos árboles que nos vinculan, pienso en las raíces que compartimos: son subterráneas, están escondidas, a menudo descuidadas, pero existen y lo sostienen todo. ¿Cuáles son nuestras raíces comunes que han atravesado los siglos? Son las raíces apostólicas. San Pablo las ponía de manifiesto recordando la importancia de estar «edificados sobre el cimiento de los apóstoles» (Ef 2,20). Estas raíces, que han crecido de la semilla del Evangelio, comenzaron a dar grandes frutos precisamente en la cultura helénica, pienso en tantos Padres y en los primeros grandes Concilios ecuménicos.

Lamentablemente, después hemos crecido alejados: nos han contaminado venenos mortales, la cizaña de la sospecha aumentó la distancia y dejamos de cultivar la comunión. San Basilio Magno afirmó que los verdaderos discípulos de Cristo están «modelados solamente en base a lo que ven en Él» (*Moralia*, 80,1). Con vergüenza –lo reconozco por la Iglesia católica– acciones y decisiones que tienen poco o nada que ver con Jesús y con el Evangelio, basadas más bien en la sed de ganancias y de poder, han hecho marchitar la comunión. De este modo hemos dejado que la fecundidad estuviera amenazada por las divisiones. La historia tiene su peso y hoy aquí siento la necesidad de renovar la súplica de perdón a Dios y a los hermanos por los errores que han cometido tantos católicos. Pero es un gran consuelo la certeza de saber que nuestras raíces son apostólicas y que, no obstante las distorsiones del tiempo, la planta de Dios crece y da frutos en el mismo Espíritu. Y es una gracia que reconozcamos los unos los frutos de los otros y que juntos agradezcamos al Señor por ello.

El fruto final del árbol de olivo es el aceite, ese aceite que tiempo atrás se contenía en preciosos vasos y recipientes, que abundan entre los tesoros arqueológicos de este país. El aceite ha proporcionado la luz que iluminó las noches

de la antigüedad. Durante milenios fue el «sol líquido, el primer misterioso estado de la llama de las lámparas» (C. Boureux, *Les plantes de la Bible et leur symbolique*, París 2014, 65). A nosotros, querido hermano, el aceite nos evoca al Espíritu Santo, que dio a luz a la Iglesia. Sólo Él, con su esplendor que no conoce el ocaso, puede disipar las oscuridades e iluminar los pasos de nuestro camino.

Sí, porque el Espíritu Santo es, sobre todo, *aceite de comunión*. En la Escritura se habla del aceite que hace brillar el rostro del hombre (cf. Sal 104,15). Cuánto se necesita hoy reconocer el valor único que resplandece en todo hombre, en cada hermano. Reconocer esta característica común de la humanidad es el punto de partida para edificar la comunión. Pero, lamentablemente —como ha escrito un gran teólogo—, «la comunión parece tocar una cuerda sensible», un tema delicado, no sólo en la sociedad, sino a menudo también entre los discípulos de Jesús «en un mundo cristiano nutrido de individualismo y de rigidez institucional». Con todo, si las tradiciones propias y las especificidades de cada uno llevan a atrincherarse y a tomar distancia de los demás, si «la alteridad no es algo cualificado por la comunión, difícilmente se puede dar vida a una cultura adecuada» (I. Zizioulas, *Comunione e alterità*, Roma 2016, 16). En cambio, la comunión entre los hermanos trae consigo la bendición divina. Los Salmos la comparan con un «perfume precioso que se derrama sobre la cabeza, que desciende sobre la barba» (Sal 133,2). El Espíritu que se derrama en las mentes nos impulsa en efecto a una fraternidad más intensa, a *estructurarnos en la comunión*. Por eso, no nos tengamos miedo, ayudémonos a adorar a Dios y a servir al prójimo, sin hacer proselitismo y respetando plenamente la libertad de los demás, porque —como escribió san Pablo— «donde está el Espíritu del Señor hay libertad» (2 Co 3,17). Rezo para que el Espíritu de caridad venza nuestras resistencias y nos haga constructores de comunión, porque «si el amor logra expulsar completamente al temor y éste, transformado, se convierte en amor, entonces veremos que la unidad es una consecuencia de la salvación» (S. Gregorio de Nisa, *Homilía 15, sobre el libro del Cantar de los cantares*). Por otra parte, ¿cómo podemos dar testimonio al mundo de la concordia del Evangelio si nosotros cristianos todavía estamos separados? ¿Cómo podemos anunciar el amor de Cristo que reúne a las gentes, si no estamos unidos entre nosotros? Muchos pasos se han realizado para encontrarnos. Invoquemos al Espíritu de comunión para que nos impulse en sus caminos y nos ayude a fundar la comunión no en base a cálculos, estrategias y conveniencias, sino sobre el único modelo al que hemos de mirar: la Santísima Trinidad.

En segundo lugar, el Espíritu es *aceite de sabiduría*. Él ungió a Cristo y desea inspirar a los cristianos. Dóciles a su sabiduría humilde, crecemos en el conocimiento de Dios y nos abrimos a los demás. Quisiera en este sentido expresar mi reconocimiento por la importancia que da esta Iglesia ortodoxa, heredera de la primera gran inculturación de la fe –la inculturación con la cultura helénica– a la formación y a la preparación teológica. También quisiera recordar la fructífera colaboración en el ámbito cultural entre la *Apostoliki Diakonía* de la Iglesia de Grecia –cuyos representantes tuve la alegría de encontrar en el 2019– y el Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos, así como la importancia de los simposios intercristianos promovidos por la Facultad de Teología ortodoxa de la Universidad de Salonicco junto a la Universidad Pontificia *Antonianum* de Roma. Son ocasiones que nos han permitido instaurar cordiales relaciones y llevar adelante útiles intercambios entre los académicos de nuestras confesiones. Agradezco además la activa participación de la Iglesia ortodoxa de Grecia en la Comisión mixta internacional para el diálogo teológico. ¡Que el Espíritu nos ayude a proseguir con sabiduría en estos caminos!

Por último, el mismo Espíritu es *aceite de consolación*, Paráclito que está cerca de nosotros, bálsamo del alma, curación de nuestras heridas. Él ha consagrado a Cristo con la unción para que proclamara la buena noticia a los pobres, la liberación a los cautivos, la libertad a los oprimidos (cf. Lc 4,18). Y Él todavía nos impulsa para que nos hagamos cargo de los más débiles y los más pobres, y para que su causa –primordial a los ojos de Dios– se dé a conocer al mundo. Aquí, como en cualquier otro sitio, ha sido indispensable el apoyo ofrecido a los más necesitados durante los períodos más duros de la crisis económica. Desarrollemos juntos formas de cooperación en la caridad, abrámonos y colaboremos en cuestiones de carácter ético y social para servir a los hombres de nuestro tiempo y llevarles la consolación del Evangelio. En efecto, el Espíritu nos llama, hoy más que en el pasado, a curar las heridas de la humanidad con el óleo de la caridad.

Cristo mismo pidió a los suyos, en el momento de la angustia, el consuelo de la cercanía y la oración. La imagen del aceite nos conduce así al huerto de los olivos. Dijo Jesús: «Quédense aquí y vigilen» (Mc 14,34). Su petición a los apóstoles fue en plural. También hoy desea que vigilemos y recemos. Para llevar al mundo el consuelo de Dios y sanar nuestras relaciones heridas se necesita que recemos unos por otros. Es indispensable que lleguemos «a la necesaria purificación de la memoria histórica. Con la gracia del Espíritu Santo, los discípulos del Señor, animados por el

amor, por la fuerza de la verdad y por la voluntad sincera de perdonarse mutuamente y reconciliarse, están llamados a reconsiderar juntos su doloroso pasado y las heridas que desgraciadamente éste sigue produciendo también hoy» (S. Juan Pablo II, Carta. enc. *Ut unum sint*, 2).

A esto nos exhorta, en particular, la fe en la Resurrección. Los apóstoles, temerosos y titubeantes, se reconciliaron con la lacerante desilusión de la Pasión cuando vieron al Señor resucitado delante de ellos. Precisamente de sus llagas, que parecían imposibles de cicatrizar, encontraron una esperanza nueva, una misericordia inaudita, un amor más grande que sus propios errores y miserias, que los transformaría en un solo Cuerpo, unido por el Espíritu en la multiplicidad de muchos miembros diferentes. Que venga sobre nosotros el Espíritu del Crucificado Resucitado, que nos conceda «una sosegada y limpia mirada de verdad, vivificada por la misericordia divina, capaz de liberar los espíritus y suscitar en cada uno una renovada disponibilidad» (ibíd.); que nos ayude a no quedarnos paralizados por la negatividad y los prejuicios del pasado, sino a mirar la realidad con ojos nuevos. Entonces, las tribulaciones de ayer dejarán espacio a las consolaciones del presente, y seremos confortados por tesoros de gracia que redescubriremos en los hermanos. Como católicos, acabamos de comenzar un itinerario para profundizar la sinodalidad y sentimos que tenemos que aprender mucho de ustedes; lo deseamos con sinceridad. Es verdad que, cuando los hermanos en la fe se acercan, se derrama en los corazones el consuelo del Espíritu.

Beatitud, querido hermano, que en este camino nos acompañen los numerosos e insignes santos de estas tierras, y los mártires, que lamentablemente hoy en el mundo son más que en el pasado. De diversas confesiones en la tierra, habitan juntos el mismo Cielo. Que intercedan para que el Espíritu, óleo santo de Dios, se infunda sobre nosotros en un renovado Pentecostés como sobre los apóstoles de los que descendemos, que encienda en nosotros el deseo de la comunión, que nos ilumine con su sabiduría y que nos unja con su consolación.

ENCUENTRO CON LOS OBISPOS, SACERDOTES,
RELIGIOSOS Y RELIGIOSAS, SEMINARISTAS
Y CATEQUISTAS

DISCURSO DEL SANTO PADRE

Catedral de San Dionisio, Atenas
Sábado, 4 de diciembre de 2021

Queridos hermanos obispos,
queridos sacerdotes, religiosas y religiosos, seminaristas,
queridos hermanos y hermanas: *Kalispera sas!* [¡Buenas tardes!]

Les agradezco de corazón la acogida y las palabras de saludo que me ha dirigido Mons. Rossolatos. Y gracias, hermana, por su testimonio. Es importante que los religiosos y las religiosas vivan su servicio con este espíritu, con un amor apasionado que se hace don para la comunidad donde son enviados. ¡Gracias! Gracias también a Rokos por el hermoso testimonio de fe vivido en la familia, en la

vida cotidiana, junto a los hijos que, como tantos jóvenes, en un cierto momento se hacen preguntas, se interrogan, se vuelven un poco críticos sobre algunas cosas. Pero también eso está bien, porque nos ayuda como Iglesia a reflexionar y a cambiar.

Estoy contento de encontrarlos en una tierra que es un don, un patrimonio de la humanidad sobre el que se han construido los fundamentos de Occidente. Todos somos un poco hijos y deudores de su país: sin la poesía, la literatura, la filosofía y el arte que se desarrollaron aquí no podríamos conocer tantas facetas de la existencia humana, ni satisfacer tantas preguntas interiores sobre la vida, el amor, el dolor y también la muerte.

En el seno de este rico patrimonio, en los inicios del cristianismo se inauguró aquí un “taller” para la inculturación de la fe, dirigido por la sabiduría de muchos Padres de la Iglesia, que con su santa conducta de vida y sus escritos representan un faro luminoso para los creyentes de todas las épocas. Pero si nos preguntamos quién ha inaugurado el encuentro entre el cristianismo de los orígenes y la cultura griega, el pensamiento no puede ir más que al apóstol Pablo. Es él quien abrió el “taller de la fe” que sintetizó esos dos mundos; y lo hizo precisamente aquí, como relatan los Hechos de los Apóstoles. Llegó a Atenas, comenzó a predicar en la plaza y los eruditos de ese tiempo lo llevaron al Areópago (cf. Hch 17,16-34), que era el consejo de los ancianos, de los sabios que juzgaban cuestiones de interés público. Detengámonos en este episodio y dejémonos orientar, en nuestro camino como Iglesia, por dos actitudes del Apóstol que son útiles a nuestra actual elaboración de la fe.

La primera actitud es la *confianza*. Mientras Pablo predicaba, algunos filósofos comenzaron a preguntarse qué quería enseñar ese «charlatán» (v. 18). Lo llamaron así, charlatán, uno que inventa cosas aprovechándose de la buena fe de quien lo escucha, por eso lo condujeron al Areópago. Por tanto, no tenemos que imaginar que le abrieron el telón de un escenario. Al contrario, lo llevaron allí para interrogarlo: «¿Se puede saber qué doctrina nueva es esta que tú enseñas? Queremos saber qué significan estas cosas extrañas que te oímos decir» (vv. 19-20). Pablo, en definitiva, fue acorralado.

Estas circunstancias de su misión en Grecia también son importantes para nosotros hoy: el Apóstol fue arrinconado. Un poco antes, en Tesalónica, había sido obstaculizado en su predicación y, a causa de los tumultos suscitados en el pueblo,

que lo acusaba de procurar desórdenes, tuvo que escapar durante la noche. Ahora, en Atenas, fue tomado por un charlatán y, como un huésped no deseado, lo condujeron al Areópago. Por lo tanto, no estaba viviendo un momento triunfante, sino que estaba llevando adelante la misión en condiciones difíciles. Quizá en muchos momentos de nuestro camino, también nosotros percibimos el cansancio y a veces la frustración de ser una comunidad pequeña o una Iglesia con poca fuerza que se mueve en un contexto no siempre favorable. Mediten la historia de Pablo en Atenas: estaba solo, superado en número y tenía escasas posibilidades de éxito, pero no se dejó vencer por el desánimo, no renunció a la misión ni se dejó atrapar por la tentación de lamentarse. Esto es muy importante, tengan cuidado con no estarse lamentando. Esta es la actitud del verdadero apóstol: seguir adelante con confianza, prefiriendo la inquietud de las situaciones inesperadas a la costumbre y a la repetición. Pablo tuvo esa valentía, ¿de dónde le nacía? De la confianza en Dios. Su valentía era la de la confianza, confianza en la grandeza de Dios, que ama obrar siempre en nuestra debilidad.

Queridos hermanos y hermanas, tenemos confianza, porque el ser Iglesia pequeña nos hace signo elocuente del Evangelio, del Dios anunciado por Jesús que elige a los pequeños y a los pobres, que cambia la historia con las proezas sencillas de los humildes. A nosotros, como Iglesia, no se nos pide el espíritu de la conquista y de la victoria, la magnificencia de los grandes números, el esplendor mundano. Todo eso es peligroso, es la tentación del triunfalismo. A nosotros se nos pide que sigamos el ejemplo del granito de mostaza, que es ínfimo, pero crece humilde y lentamente; es la más pequeña de todas las semillas –dice Jesús– pero cuando crece se convierte en un árbol (cf. Mt 13,32). A nosotros se nos pide que seamos levadura que fermenta en lo escondido, paciente y silenciosamente, dentro de la masa del mundo, gracias a la obra incesante del Espíritu Santo (cf. v. 33). El secreto del Reino de Dios está contenido en las pequeñas cosas, en lo que a menudo no se ve ni hace ruido. El apóstol Pablo, cuyo nombre remite a la pequeñez, vivió en la confianza porque acogió en el corazón estas palabras del Evangelio, hasta el punto de enseñarlas a los hermanos de Corinto: «lo que parece debilidad en Dios es más fuerte que todo lo humano», «escogió a los que el mundo tiene por débiles, para avergonzar a los fuertes» (1 Co 1,25.27).

Entonces, queridos amigos, quisiera decirles: bendigan la pequeñez y acójala, los dispone a confiar en Dios y sólo en Él. Ser minoría –y en el mundo entero la Iglesia es minoritaria– no quiere decir ser insignificantes, sino recorrer el camino que

abrió el Señor, que es el de la pequeñez, el de la *kénosis*, el abajamiento, de la condescendencia, de la *synkatábasis* de Dios en Jesucristo. Él descendió hasta llegar a esconderse en los pliegues de la humanidad y en las llagas de nuestra carne. Nos ha salvado, sirviéndonos. Él, en efecto –afirma Pablo–, «se despojó de sí mismo asumiendo la condición de esclavo» (Flp 2,7). Muchas veces tenemos la obsesión de querer aparecer, de llamar la atención, pero «el Reino de Dios no viene de manera que lo puedan detectar visiblemente» (Lc 17,20). Viene secretamente como la lluvia, lentamente, sobre la tierra. Ayudémonos a renovar esta confianza en la obra de Dios, a no perder el entusiasmo del servicio. ¡Ánimo y adelante por este camino de la humildad y la pequeñez!

Ahora quisiera destacar una segunda actitud de Pablo en el Areópago de Atenas: *la acogida*. Es la disposición interior necesaria para la evangelización, se trata de no querer ocupar el espacio y la vida de los demás, sino de sembrar la buena noticia en el terreno de su existencia, aprendiendo sobre todo a acoger y reconocer las semillas que Dios ya ha puesto en sus corazones, antes de nuestra llegada. Recordemos que Dios siempre nos precede, Dios siempre precede nuestra siembra. Evangelizar no es llenar un recipiente vacío, es ante todo dar a luz aquello que Dios ya ha empezado a realizar. Y esta extraordinaria pedagogía es la que el Apóstol demostró ante los atenienses. No les dijo “se están equivocando en todo” o “ahora les enseño la verdad”, sino que comenzó acogiendo su espíritu religioso: «Atenienses, veo que ustedes son, desde todo punto de vista, personas muy religiosas. Porque mientras paseaba y contemplaba sus monumentos sagrados encontré un altar en el que estaba escrito: “Al dios desconocido”» (Hch 17,22-23). Toma un elemento valioso de los atenienses. El Apóstol reconoció la dignidad de sus interlocutores y acogió su sensibilidad religiosa. Aun cuando las calles de Atenas estaban llenas de ídolos, que lo habían hecho “estremecerse dentro de sí” (cf. v. 16), Pablo acogió el deseo de Dios escondido en el corazón de esas personas y amablemente quiso transmitirles el asombro de la fe. Su estilo no fue impositivo, sino propositivo; no estaba fundado en el proselitismo, nunca, sino en la mansedumbre de Jesús. Y eso fue posible porque Pablo tenía una mirada espiritual sobre la realidad, creía que el Espíritu Santo trabaja en el corazón del hombre, más allá de las etiquetas religiosas. Hemos escuchado esto en el testimonio de Rokos. En un cierto momento, los hijos se alejan un poco de la práctica religiosa, pero el Espíritu Santo había obrado y continúa obrando, y de ese modo ellos creen mucho en la unidad y en la fraternidad con el prójimo. El Espíritu trabaja siempre, más allá de lo que se ve exteriormente, ¡acordémonos de esto! La actitud del apóstol en todo tiempo

comienza, pues, por acoger al otro, no olvidemos que «la gracia supone la cultura, y el don de Dios se encarna en la cultura de quien lo recibe» (Exhort ap. *Evangelii gaudium*, 115). No hay una gracia abstracta girando sobre nuestras cabezas, siempre la gracia esta encarnada en una cultura, ahí se encarna.

A propósito de la visita de Pablo al Areópago, Benedicto XVI dijo que debemos interesarnos mucho por las personas agnósticas o ateas, pero que tenemos que estar atentos porque «cuando hablamos de una nueva evangelización, estas personas tal vez se asustan. No quieren verse a sí mismas como objeto de misión, ni renunciar a su libertad de pensamiento y de voluntad» (Discurso a la Curia Romana, 21 diciembre 2009). También hoy a nosotros se nos pide la actitud de la acogida, el estilo de la hospitalidad, un corazón animado por el deseo de crear comunión en medio de las diferencias humanas, culturales o religiosas. El desafío es elaborar la pasión por el conjunto, que nos conduzca –católicos, ortodoxos, hermanos y hermanas de otros credos, así como hermanos agnósticos, todos– a escucharnos recíprocamente, a soñar y trabajar juntos, a cultivar la “mística” de la fraternidad (cf. Exhort ap. *Evangelii gaudium*, 87). La historia pasada permanece todavía como una herida abierta en el camino de este diálogo afable, pero abrazamos con valentía el desafío que hoy se nos presenta.

Queridos hermanos y hermanas, aquí en tierra griega, san Pablo manifestó su serena confianza en Dios y eso hizo que acogiera a los areopagitas que sospechaban de él. Con estas dos actitudes anunció a ese Dios que era desconocido para sus interlocutores, y llegó a presentarles el rostro de un Dios que en Cristo Jesús sembró el germen de la resurrección, el derecho universal a la esperanza, que es un derecho humano, el derecho a la esperanza. Cuando Pablo anunció esta buena noticia, la mayor parte lo ridiculizó y se fue. Sin embargo, «algunos hombres se unieron a él y abrazaron la fe, entre ellos Dionisio, el areopagita, una mujer llamada Dámaris y algunos más» (Hch 17,34). La mayoría se fue, un pequeño resto se unió a Pablo, entre ellos Dionisio, titular de esta Catedral. Era una pequeña porción, pero es así como Dios teje los hilos de la historia, desde entonces hasta hoy. Les deseo de corazón que prosigan la obra en su histórico taller de la fe, y que lo hagan con estos dos ingredientes: la confianza y la acogida, para saborear el Evangelio como experiencia de alegría y también como experiencia de fraternidad. Los llevo conmigo en el afecto y en la oración. Y ustedes, por favor, no se olviden de rezar por mí. *O Theós na sas evloghi!* [¡Que Dios los bendiga!]

VISITA A LOS REFUGIADOS

DISCURSO DEL SANTO PADRE

Centro de acogida e identificación de Mitilene
Domingo, 5 de diciembre de 2021

Queridos hermanos y hermanas:

Gracias por sus palabras. Le agradezco, señora Presidenta, por su presencia y sus palabras. Hermanas, hermanos, estoy nuevamente aquí para encontrarme con ustedes; estoy aquí para decirles que estoy cerca de ustedes de corazón; estoy aquí para ver sus rostros, para mirarlos a los ojos: ojos cargados de miedo y de esperanza, ojos que han visto la violencia y la pobreza, ojos surcados por demasiadas lágrimas. Hace cinco años, el Patriarca Ecuménico y querido hermano Bartolomé dijo en esta isla algo que me impactó: «El que les tiene miedo no los ha mirado a los ojos. El que les tiene miedo no ha visto sus rostros. El que les tiene miedo no ve a sus hijos. Olvida que la dignidad y la libertad trascienden el miedo y la división. Olvida que la

migración no es un problema del Oriente Medio y del África septentrional, de Europa y de Grecia. Es un problema del mundo» (Discurso, 16 abril 2016).

Sí, es un problema del mundo, una crisis humanitaria que concierne a todos. La pandemia nos ha afectado globalmente, nos ha hecho sentir a todos en la misma barca, nos ha hecho experimentar lo que significa tener los mismos miedos. Hemos comprendido que las grandes cuestiones se afrontan juntos, porque en el mundo de hoy las soluciones fragmentadas son inadecuadas. Pero mientras se llevan adelante las vacunaciones a nivel planetario y –aun en medio de muchos retrasos e incertezas– algo parece que se está moviendo en la lucha contra el cambio climático, todo parece terriblemente opaco en lo que se refiere a las migraciones. Y, sin embargo, están en juego personas, vidas humanas. Está en juego el futuro de todos, que sólo será sereno si está integrado. El futuro sólo será próspero si se reconcilia con los más débiles. Porque cuando se rechaza a los pobres, se rechaza la paz. Cierres y nacionalismos –nos enseña la historia– llevan a consecuencias desastrosas. En efecto, como ha recordado el Concilio Vaticano II, «es absolutamente necesario el firme propósito de respetar a los demás hombres y pueblos, así como su dignidad, y el apasionado ejercicio de la fraternidad en orden a construir la paz» (Const. past. *Gaudium et spes*, 78). Es una ilusión pensar que basta con salvaguardarnos a nosotros mismos, defendiéndonos de los más débiles que llaman a la puerta. El futuro nos pondrá cada vez más en contacto unos con otros; para orientarlo hacia el bien no sirven acciones unilaterales, sino políticas más amplias. La historia, repito, nos enseña, pero todavía no hemos aprendido. Que no se vuelvan las espaldas a la realidad, que termine el continuo rebote de responsabilidades, que no se delegue siempre a los otros la cuestión migratoria, como si a ninguno le importara y fuese sólo una carga inútil que alguno se ve obligado a soportar.

Hermanas, hermanos, sus rostros, sus ojos nos piden que no miremos a otra parte, que no reneguemos de la humanidad que nos une, que hagamos nuestras sus historias y no olvidemos sus dramas. Elie Wiesel, testigo de la tragedia más grande del siglo pasado, escribió: «Me acerco a los hombres, mis hermanos, porque recuerdo nuestro origen común, porque me niego a olvidar que su futuro es tan importante como el mío» (*From the Kingdom of Memory, Reminiscences*, Nueva York, 1990, 10). En este domingo, ruego a Dios que nos despierte del olvido de quien sufre, que nos sacuda del individualismo que excluye, que despierte los corazones sordos a las necesidades del prójimo. Y ruego también al hombre, a cada hombre: superemos la parálisis del miedo, la indiferencia que mata, el

cínico desinterés que con guantes de seda condena a muerte a quienes están en los márgenes. Afrontemos desde su raíz al pensamiento dominante, que gira en torno al propio yo, a los propios egoísmos personales y nacionales, que se convierten en medida y criterio de todo.

Han pasado cinco años desde la visita que realicé con los queridos hermanos Bartolomé y Ieronymos. Después de todo este tiempo constatamos que poco ha cambiado sobre la cuestión migratoria. Ciertamente, muchos se han comprometido en la acogida y en la integración, y quisiera agradecer a los numerosos voluntarios y a cuantos, a todo nivel –institucional, social, caritativo, político–, han asumido grandes esfuerzos, haciéndose cargo de las personas y de la cuestión migratoria. Reconozco el compromiso en la financiación y construcción de dignas estructuras de acogida y agradezco de corazón a la población local por todo el bien que ha hecho y los numerosos sacrificios que han aceptado. Asimismo, quisiera agradecer a las autoridades locales, que reciben, custodian y ayudan a salir adelante a esta gente que viene a nosotros. Gracias por lo que hacen. Pero debemos admitir amargamente que este país, como otros, está atravesando actualmente una situación difícil y que en Europa sigue habiendo personas que persisten en tratar el problema como un asunto que no les incumbe. Esto es trágico. Recuerdo sus últimas palabras [dirigiéndose a la Presidenta]: “Que Europa haga lo mismo”. Y, ¡cuántas condiciones indignas del hombre! ¡Cuántos puntos críticos donde los migrantes y refugiados viven en situaciones límite, sin vislumbrar soluciones en el horizonte! Y, sin embargo, el respeto a las personas y a los derechos humanos –especialmente en el continente que no cesa de promoverlos en el mundo– debería ser salvaguardado siempre, y la dignidad de cada uno debería ser antepuesta a todo. Es triste escuchar que el uso de fondos comunes se propone como solución para construir muros, para construir alambres de púas. Estamos en la época de los muros y de los alambres de púas. Ciertamente, los temores y las inseguridades, las dificultades y los peligros son comprensibles. El cansancio y la frustración, agudizados por la crisis económica y pandémica, se perciben, pero no es levantando barreras como se resuelven los problemas y se mejora la convivencia, sino uniendo fuerzas para hacerse cargo de los demás según las posibilidades reales de cada uno y en el respeto de la legalidad, poniendo siempre en primer lugar el valor irrenunciable de la vida de todo hombre, de toda mujer, de toda persona. Cito una vez más a Elie Wiesel: «Cuando las vidas humanas están en peligro, cuando la dignidad humana está en peligro, los límites nacionales se vuelven irrelevantes» (Discurso de aceptación del Premio Nobel de la paz, 10 diciembre 1986).

En varias sociedades los conceptos de seguridad y solidaridad, local y universal, tradición y apertura se están oponiendo de modo ideológico. Más que sostener unas ideas, puede ayudar *partir de la realidad*, detenerse, ampliar la mirada, sumergirse en los problemas de la mayoría de la humanidad, de tantas poblaciones víctimas de emergencias humanitarias que no han provocado sino sólo padecido, a menudo después de largas historias de explotación todavía en curso. Es fácil arrastrar a la opinión pública, fomentando el miedo al otro; ¿por qué, en cambio, con el mismo tono, no se habla de la explotación de los pobres, o de las guerras olvidadas y a menudo generosamente financiadas, o de los acuerdos económicos que se hacen a costa de la gente, o de las maniobras ocultas para traficar armas y hacer que prolifere su comercio? ¿Por qué no se habla de esto? Hay que enfrentar las causas remotas, no a las pobres personas que pagan las consecuencias de ello, siendo además usadas como propaganda política. Para remover las causas profundas no se puede sólo resolver las emergencias. Se necesitan acciones concertadas. Es necesario acercarse a los cambios históricos con amplitud de miras. Porque no hay respuestas fáciles para problemas complejos; existe más bien la necesidad de acompañar los procesos desde dentro, para superar los guetos y favorecer una lenta e indispensable integración, para acoger las culturas y las tradiciones de los otros de una manera fraterna y responsable.

Sobre todo, si queremos recomenzar, miremos el rostro de los niños. Hallemos la valentía de avergonzarnos ante ellos, que son inocentes y son el futuro. Interpelan nuestras conciencias y nos preguntan: “¿Qué mundo nos quieren dar?”. No escapemos rápidamente de las crudas imágenes de sus pequeños cuerpos sin vida en las playas. El Mediterráneo, que durante milenios ha unido pueblos diversos y tierras distantes, se está convirtiendo en un frío cementerio sin lápidas. Esta gran cuenca de agua, cuna de tantas civilizaciones, ahora parece un espejo de muerte. ¡No dejemos que el *mare nostrum* se convierta en un desolador *mare mortuum*, ni que este lugar de encuentro se vuelva un escenario de conflictos! No permitamos que este “mar de los recuerdos” se transforme en el “mar del olvido”. Hermanos y hermanas, les suplico: ¡detengamos este *naufragio de civilización*!

Dios se hizo hombre en las orillas de este mar. Su Palabra ha resonado llevando consigo el anuncio de Dios, que es «Padre y guía de los hombres» (S. Gregorio Nacianceno, Sermón 7, en honor de su hermano Cesario, 24). Él nos ama como hijos y quiere que seamos hermanos. Y, en cambio, ofendemos a Dios, despreciando al hombre creado a su imagen, dejándolo a merced de las olas, en la

marea de la indiferencia, a veces justificada incluso en nombre de presuntos valores cristianos. La fe nos pide compasión y misericordia –no nos olvidemos que este es el estilo de Dios: cercanía, compasión y ternura–. La fe exhorta a la hospitalidad, a aquella *filoxenia* que impregnó la cultura clásica, encontrando luego en Jesús su propia manifestación definitiva, especialmente en la parábola del Buen Samaritano (cf. Lc 10,29-37) y en las palabras del capítulo 25 del Evangelio de Mateo (cf. vv. 31-46). No es ideología religiosa, son raíces cristianas concretas. Jesús afirma solemnemente que está allí, en el forastero, en el refugiado, en el que está desnudo y hambriento; y el programa cristiano es estar donde está Jesús. Sí, porque el programa cristiano, escribió el Papa Benedicto, «es un corazón que ve» (Carta enc. Deus caritas est, 31).

Y no quisiera terminar este mensaje sin agradecer al pueblo griego por el recibimiento, pues tantas veces la acogida se convierte en un problema porque no encuentra camino de salida para la gente, para desplazarse a otro lado. Gracias, hermanos y hermanas griegos, gracias por esta generosidad. Y ahora pidamos a la Virgen María que nos abra los ojos ante los sufrimientos de los hermanos. Ella se puso en camino rápidamente al encuentro de su prima Isabel, que estaba encinta. ¡Cuántas madres embarazadas encontraron la muerte rápidamente, estando de viaje, mientras llevaban la vida en su vientre! Que la Madre de Dios nos ayude a tener una mirada materna, que ve en los hombres hijos de Dios, hermanas y hermanos que acoger, proteger, promover e integrar; y a amar con ternura. Que María Santísima nos enseñe a anteponer la realidad del hombre a las ideas e ideologías, y a dar pasos ágiles al encuentro del que sufre.

Ahora recemos a la Virgen todos juntos.

[*Angelus*]

SANTA MISA

HOMILÍA DEL SANTO PADRE

“Megaron Concert Hall” de Atenas
Domingo, 5 de diciembre de 2021

En este segundo domingo de adviento la Palabra de Dios nos presenta la figura de san Juan Bautista. El Evangelio subraya dos aspectos: el lugar donde se encuentra —el desierto— y el contenido de su mensaje —la conversión—. Desierto y conversión: en esto insiste el Evangelio de hoy; y tanta insistencia nos hace pensar que estas palabras nos afectan directamente. Contemplemos ambas.

El desierto. El evangelista Lucas introduce este lugar de un modo particular. Habla, en efecto, de circunstancias solemnes y de grandes personajes del tiempo: cita el año quince del emperador Tiberio, señala al gobernador Poncio Pilato, al rey Herodes y a otros “líderes políticos” de entonces. Después menciona a los religiosos, Anás y Caifás, que estaban en el Templo de Jerusalén (cf. Lc 3,1-2). A este respecto declara: «La palabra de Dios fue dirigida a Juan, el hijo de Zacarías, que estaba en

el desierto» (Lc 3,2). Pero, ¿cómo? Hubiéramos esperado que la Palabra de Dios se dirigiera a uno de los grandes mencionados anteriormente. Y, en cambio, no. De las líneas del Evangelio emerge una sutil ironía: de los pisos superiores donde residen los que detentan el poder se pasa repentinamente al desierto, a un hombre desconocido y solitario. Dios sorprende, sus decisiones sorprenden; estas no entran en las previsiones humanas, no persiguen el poder y la grandeza con los que el hombre habitualmente lo asocia. El Señor prefiere la pequeñez y la humildad. La redención no comienza en Jerusalén, en Atenas o en Roma, sino en el desierto. Esta estrategia paradójica nos da un mensaje muy hermoso: tener autoridad, ser cultos y famosos no es una garantía para agradar a Dios; al contrario, podría conducir a ensoberbecerse y a rechazarlo. Es necesario en cambio ser pobres por dentro, como pobre es el desierto.

Quedémonos en la paradoja del desierto. El Precursor prepara la venida de Cristo en este lugar inaccesible e inhóspito, lleno de peligros. Ahora bien, si uno quiere dar un anuncio importante, normalmente va a lugares bonitos, donde hay mucha gente, donde hay visibilidad. Juan, en cambio, predicaba en el desierto. Precisamente allí, en el lugar de la aridez, en ese espacio vacío que se extiende hasta el horizonte y donde casi no hay vida, allí se revela la gloria del Señor, que –como profetizan las Escrituras (cf. Is 40,3-4)– cambia el desierto en lagunas, la tierra estéril en fuentes de agua (cf. Is 41,18). Este es otro mensaje reconfortante: Dios, hoy como entonces, dirige la mirada hacia donde dominan la tristeza y la soledad. Podemos experimentarlo en la vida, Él a menudo no logra llegar hasta nosotros mientras estamos en medio de los aplausos y sólo pensamos en nosotros mismos; llega hasta nosotros sobre todo en la hora de la prueba; nos visita en las situaciones difíciles, en nuestros vacíos que le dejan espacio, en nuestros desiertos existenciales. Allí nos visita el Señor.

Queridos hermanos y hermanas, en la vida de una persona o de un pueblo no faltan momentos en los que se tiene la impresión de hallarse en un desierto. Y es precisamente allí donde se hace presente el Señor, que a menudo no es acogido por quien se siente exitoso, sino por quien siente que ya no puede seguir. Y llega con palabras de cercanía, compasión y ternura: «No temas, porque yo estoy contigo. No te angusties, porque yo soy tu Dios. Yo te fortalezco y te auxilio» (v. 10). Predicando en el desierto, Juan nos asegura que el Señor viene a liberarnos y a devolvernos la vida justo en las situaciones que parecen irremediables, sin vía de escape: allí viene. No hay por tanto lugar que Dios no quiera visitar. Y hoy no

podemos más que experimentar alegría al verlo en el desierto para alcanzarnos en nuestra pequeñez que ama y en nuestra sequedad que quiere saciar. Entonces, queridos amigos, no teman a la pequeñez, porque la cuestión no es ser pequeños o pocos, sino abrirse a Dios y a los demás. Y tampoco tengan miedo de la aridez, porque Dios no la teme, y es allí donde viene a visitarnos.

Pasemos ahora al segundo aspecto, *la conversión*. El Bautista la predicaba sin descanso y con vehemencia (cf. Lc 3,7). También este es un tema “incómodo”. Así como el desierto no es el primer lugar al que quisiéramos ir, la invitación a la conversión no es ciertamente la primera propuesta que quisiéramos oír. Hablar de conversión puede suscitar tristeza; nos parece difícil de conciliar con el Evangelio de la alegría. Pero esto sucede cuando la conversión se reduce a un esfuerzo moral, como si fuera sólo un fruto de nuestro esfuerzo. El problema está justamente ahí: en *basar todo en nuestras propias fuerzas*; eso no funciona. Ahí también anidan la tristeza espiritual y la frustración. Quisiéramos convertirnos, ser mejores, superar nuestros defectos, cambiar, pero sentimos que no somos plenamente capaces y, a pesar de nuestra buena voluntad, siempre volvemos a caer. Tenemos la misma experiencia de san Pablo que, precisamente desde estas tierras, escribía: «Está a mi alcance querer el bien, pero no el realizarlo, ya que no hago el bien que quiero y, en cambio, practico el mal que no quiero» (Rm 7,18-19). Por tanto, si solos no tenemos la capacidad de hacer el bien que queremos, ¿qué quiere decir que nos debemos convertir?

Nos puede ayudar su hermosa lengua, el griego, con la etimología del verbo evangélico “convertirse”, *metanoéin*. Está compuesto por la preposición *metá*, que aquí significa *más allá*, y del verbo *noéin*, que quiere decir *pensar*. Convertirse, entonces, es pensar más allá, es decir, ir más allá del modo habitual de pensar, más allá de los esquemas mentales a los que estamos acostumbrados. Pienso en los esquemas que reducen todo a nuestro yo, a nuestra pretensión de autosuficiencia. O en esos esquemas cerrados por la rigidez y el miedo que paralizan, por la tentación del “siempre se ha hecho así, ¿para qué cambiar?”, por la idea de que los desiertos de la vida son lugares de muerte y no de la presencia de Dios.

Juan, exhortándonos a la conversión, nos invita a ir más allá y a no detenernos aquí, a ir más allá de lo que nos dicen nuestros instintos y nos representan nuestros pensamientos, porque la realidad es más grande, más grande que nuestros instintos y que nuestros pensamientos. La realidad es que *Dios es más grande*. Convertirse,

entonces, significa no prestar oído a aquello que corroe la esperanza, a quien repite que en la vida nunca cambiará nada –los pesimistas de siempre–; es rechazar el creer que estamos destinados a hundirnos en las arenas movedizas de la mediocridad; es no rendirse a los fantasmas interiores, que se presentan sobre todo en los momentos de prueba para desalentarnos y decirnos que no podemos, que todo está mal y que ser santos no es para nosotros. No es así, porque está Dios. Es necesario fiarse de Él, porque Él es nuestro más allá, nuestra fuerza. Todo cambia si se le deja el primer lugar a Él. Eso es la conversión: al Señor le basta que dejemos nuestra puerta abierta para entrar y hacer maravillas, como le bastaron un desierto y las palabras de Juan para venir al mundo. No pide más.

Pidamos la gracia de creer que con Dios las cosas cambian, que Él cura nuestros miedos, sana nuestras heridas, transforma los lugares áridos en manantiales de agua. Pidamos *la gracia de la esperanza*. Porque la esperanza reanima la fe y reaviva la caridad. Porque los desiertos del mundo hoy están sedientos de esperanza. Y mientras este encuentro nos renueva en la esperanza y en la alegría de Jesús, y yo gozo estando con ustedes, pidamos a nuestra Madre Santísima que nos ayude a ser, como ella, *testigos de esperanza*, sembradores de alegría a nuestro alrededor –la esperanza, hermanos y hermanas, no defrauda, nunca defrauda–, no sólo cuando estamos contentos y estamos juntos, sino cada día, en los desiertos donde vivimos. Porque es allí que, con la gracia de Dios, nuestra vida está llamada a convertirse. Allí, en los numerosos desiertos que tenemos dentro o que nos rodean, allí la vida está llamada a florecer. Que el Señor nos conceda la gracia y la valentía de acoger esta verdad.

Saludo al final de la Santa Misa

Queridos hermanos y hermanas:

Al concluir esta celebración, deseo expresar mi gratitud por la acogida que he recibido entre ustedes. ¡Gracias de corazón! *Efcharistó!* [¡Gracias!]

La palabra *Eucaristía*, que proviene de la lengua griega, sintetiza el don de Cristo para toda la Iglesia. Y, de este modo, el agradecimiento está inscrito para

nosotros cristianos en el corazón de la fe y de la vida. Que el Espíritu Santo pueda hacer de todo nuestro ser y nuestro obrar una Eucaristía, una acción de gracias a Dios y un don de amor a los hermanos.

En este contexto, renuevo mi profundo agradecimiento a las autoridades civiles, a la señora Presidenta de la República, aquí presente, y a mis hermanos obispos, como también a todos aquellos que han colaborado de distintas maneras para preparar y organizar esta visita. ¡Gracias a todos! Y gracias al coro que nos ha ayudado a rezar tan bien.

Mañana dejaré Grecia, pero no los dejaré a ustedes. Los llevaré conmigo, en la memoria y en la oración. Y también ustedes, por favor, sigan rezando por mí. ¡Gracias!

ENCUENTRO CON LOS JÓVENES

DISCURSO DEL SANTO PADRE

Escuela San Dionisio
de las Hermanas Ursulinas de Marusi, Atenas
Lunes, 6 de diciembre de 2021

Queridos hermanos y hermanas: *Kalimérasas!* [¡Buenos días!]

Les agradezco por haber venido hasta aquí, muchos de ustedes desde lugares lejanos. *Efcharistó!* [¡Gracias!] Estoy contento de encontrarme con ustedes finalizando mi visita a Grecia, y aprovecho la ocasión para renovar mi gratitud por la acogida y por todo el trabajo que llevaron adelante para organizarla. *Efcharistó!*

Sus hermosos testimonios me han impresionado. Ya los había leído y retomo ahora con ustedes algunas partes.

Katerina, nos has hablado de tus recurrentes dudas de fe. Quisiera decirte a ti y a todos ustedes, no tengan miedo de las dudas, porque no son faltas de fe. No tengan miedo de las dudas; al contrario, las dudas son “vitaminas de la fe”, ayudan a robustecerla, a hacerla más fuerte, es decir, más consciente, la hacen crecer, la hacen más libre y más madura. La hacen más disponible a ponerse en camino, a seguir adelante cada día con humildad. Y la fe es precisamente esto, un camino cotidiano con Jesús que nos lleva de la mano, nos acompaña, nos alienta y, cuando caemos, vuelve a levantarnos; nunca se atemoriza. Es como una historia de amor, donde siempre se sigue adelante juntos, día tras día. Y como en una historia de amor, llegan momentos en los que es necesario interrogarse, hacerse preguntas. Y hace bien, hace crecer el nivel de la relación. Y esto es muy importante para ustedes, porque ustedes no pueden ir ciegos por el camino de la fe, no, sino que tienen que dialogar con Dios, con la propia conciencia y con los demás.

Quisiera destacar un punto importante en la experiencia de Katerina. A veces, frente a las incomprensiones o a las dificultades de la vida, en los momentos de soledad o de desilusión, esta duda puede llamar a la puerta de nuestro corazón: “Quizá soy yo que no voy bien, tal vez estoy equivocado, estoy equivocada”. Amigos, es una tentación que hay que rechazar. El diablo nos mete esta duda en el corazón para arrojarnos en la tristeza. ¿Qué hay que hacer? ¿Qué hay que hacer cuando una duda de este tipo se vuelve sofocante y no nos deja en paz, cuando se pierde la confianza y no se sabe por dónde comenzar? Es necesario volver a encontrar el punto de partida. ¿Cuál es? Para comprenderlo, pongámonos a la escucha de vuestra gran cultura clásica. ¿Saben cuál fue el punto de partida de la filosofía, pero también del arte, de la cultura y de la ciencia? ¿Saben cuál? Todo comenzó por una chispa, por un descubrimiento que se expresa con una palabra magnífica: *thaumàzein*. Es el maravillarse, *el asombro*. Así comenzó la filosofía, de maravillarse frente a aquello que es, frente a nuestra existencia, a la armonía de la creación y al misterio de la vida.

Pero el asombro no es sólo el comienzo de la filosofía, sino también el inicio de nuestra fe. El Evangelio nos dice muchas veces que cuando alguien encuentra a Jesús se asombra, siente admiración. En el encuentro con Dios está siempre ese estupor, que es el inicio del diálogo con Dios. Y esto es así porque tener fe no consiste principalmente en un conjunto de cosas que hay que creer y de preceptos que hay que cumplir. El corazón de la fe no es una idea, no es una moral; el corazón de la fe es una realidad, una realidad bellísima que no depende de nosotros y que

nos deja con la boca abierta: *¡somos hijos amados de Dios!* Este es el corazón de la fe: *¡somos hijos amados de Dios!* Hijos amados, tenemos un Padre que vela por nosotros y que nunca deja de amarnos. Reflexionemos: cualquier cosa que tú pienses o hagas, aunque sea lo peor, Dios sigue amándote. Yo quisiera que entiendan bien esto: Dios no se cansa de amar. Alguno puede decirme: “Pero si yo caigo en las cosas más feas, ¿Dios me ama?”. Dios te ama. “Y si yo soy un traidor, un pecador tremendo, y acabo mal, en la droga, ¿Dios me ama?”. Dios te ama. Dios ama siempre. No puede dejar de amar. Ama siempre y a pesar de todo, mira tu vida y la ve muy buena (cf. Gn 1,31). Nunca se arrepiente de nosotros. Si nos ponemos delante del espejo quizá no nos vemos como quisiéramos, porque corremos el riesgo de centrarnos en lo que no nos gusta. Pero si nos ponemos ante Dios la perspectiva cambia. No podemos más que asombrarnos de que seamos para Él, a pesar de todas nuestras debilidades y nuestros pecados, hijos amados desde siempre y para siempre. Entonces, más que comenzar la jornada frente al espejo, ¿por qué no abres la ventana de tu habitación y te detienes en todo, en todo lo hermoso que existe, en todo lo hermoso que ves? Sal de ti mismo. Queridos jóvenes, piensen que, si a nuestros ojos la creación es hermosa, a los ojos de Dios cada uno de ustedes es infinitamente hermoso. Él, dice la Escritura, “ha hecho de nosotros maravillas, maravillas admirables” (cf. Sal 139,14). Nosotros, para Dios, somos una maravilla admirable. Deja que este asombro te invada. Déjate amar por quien siempre cree en ti, por quien te ama más de cuanto tú mismo puedas llegar a amarte. No es fácil comprender esta anchura, esta profundidad del amor, no es fácil entenderla, pero es así; basta dejarse mirar por la mirada de Dios.

Y cuando estén decepcionados por algo que hayan hecho, hay otro asombro que no tienen que dejar escapar: *el asombro del perdón*. En esto quiero ser claro: *Dios perdona siempre*. Somos nosotros los que nos cansamos de pedir perdón, pero Él perdona siempre. Allí, en el perdón, se encuentra el rostro del Padre y la paz del corazón. Allí, Él nos restaura de nuevo, derrama su amor en un abrazo que vuelve a levantarnos, que desintegra el mal cometido y vuelve a hacer resplandecer la belleza incontenible que hay en nosotros, el ser sus hijos predilectos. No permitamos que la pereza, el miedo o la vergüenza nos roben el tesoro del perdón. ¡Dejemos que el amor de Dios nos asombre! Nos redescubriremos a nosotros mismos; no lo que dicen de nosotros o lo que las pulsiones del momento suscitan en nosotros, no lo que los eslóganes publicitarios nos echan encima, sino nuestra verdad más profunda, la que ve Dios, aquella en la que Él cree: la belleza irrepetible que somos.

¿Recuerdan la famosa inscripción en la entrada del templo de Delfos? γνῶθι σεαυτόν, «conócete a ti mismo». Hoy corremos el peligro de olvidarnos de lo que somos, obsesionados por miles de apariencias, por mensajes machacones que hacen depender la vida de la ropa que usamos, del automóvil que conducimos, del modo en que nos miran los demás. Pero aquella antigua invitación, *conócete a ti mismo*, vale todavía hoy. Reconoce que vales por lo que eres, no por lo que tienes. No vales por la marca de la ropa o por el calzado que llevas, sino porque eres único, eres única. Pienso en otra imagen antigua, la de las sirenas. Como Ulises en su itinerario de regreso a casa, también ustedes en la vida, que es un viaje audaz hacia la Casa del Padre, encontrarán sirenas. En el mito atraían a los navegantes con su canto para hacerlos estrellar contra los arrecifes. En la realidad, las sirenas de hoy quieren hipnotizarlos con mensajes seductores e insistentes, que apuntan a beneficios fáciles, a las falsas necesidades del consumismo, al culto del bienestar físico, a la diversión a toda costa. Son muchos fuegos artificiales, que brillan por un instante, y después sólo dejan humo en el aire. Yo los entiendo, resistir no es fácil. ¿Se acuerdan cómo resistió Ulises, asediado por las sirenas? Se hizo atar al palo mayor del barco. Pero otro personaje, Orfeo, nos enseña un camino mejor: entonó una melodía más hermosa que la de las sirenas y así las hizo callar. ¡Por eso es importante alimentar el asombro, la belleza de la fe! No somos cristianos porque debemos, sino porque es hermoso. Y precisamente porque queremos proteger esta belleza decimos no a lo que quiere ensombrecerla. La alegría del Evangelio, el asombro que provoca Jesús hace que las renunciaciones y las fatigas pasen a un segundo plano. Entonces, ¿estamos de acuerdo? Recuerden bien esto: ser cristiano no se trata fundamentalmente de hacer esto, de hacer aquello; de hacer cosas. Hay que hacer cosas, pero no es fundamentalmente eso. Ser cristiano fundamentalmente es dejar que Dios te ame, y reconocer que ante el amor de Dios eres único, eres única.

Pasemos a otro capítulo. Los *rostros de los demás*. Ioanna, me gustó que, para hablarnos de tu vida, has hablado de los demás, sobre todo de las dos mujeres más importantes de tu vida, tu mamá y tu abuela, que te “han enseñado a rezar, a agradecer cada día a Dios”. Así asimilaste la fe de manera natural, genuina. Y nos has dado un consejo que nos hace bien: que acudamos al Señor en cualquier circunstancia, “que le hablemos, que le confesemos nuestras preocupaciones”. De ese modo, Jesús se hizo familiar para ti. ¡Qué contento está cuando nos abrimos a Él! Así se conoce a Dios. Porque para conocerlo no basta tener ideas claras sobre Él —esa es una pequeña parte, no es suficiente—, se necesita ir hacia Él con la vida. Tal vez este sea el motivo por el que tantos lo ignoran, porque sólo sienten

predicaciones y discursos. En cambio, Jesús se transmite a través de rostros y de personas concretas. Hagan la prueba de releer los Hechos de los Apóstoles y verán cuántas personas, rostros y encuentros; así conocieron a Jesús nuestros padres en la fe. Dios no nos da un catecismo en la mano, sino que se hace presente por medio de las historias de las personas. Pasa a través de nosotros. Dios no nos da un libro en las manos para aprender cosas de memoria, no. Dios se hace entender con la cercanía, acompañándonos en el camino de la vida. Conocer a Jesús es justamente el núcleo de nuestra fe.

Precisamente en este sentido, Ioanna, nos has contado acerca de una persona decisiva para ti, una religiosa que te mostró la alegría “de ver la vida como un servicio”. Subrayo esto: ver la vida como un servicio. Es verdad, servir a los demás es el camino para conquistar la alegría. Dedicarse a los demás no es de perdedores, es de vencedores; es el camino para hacer algo realmente nuevo en la historia. Supe que en griego “joven” se dice “nuevo” y nuevo significa joven. El servicio es la novedad de Jesús; el servicio, dedicarse a los demás es la novedad que hace la vida siempre joven. ¿Quieres hacer algo nuevo en la vida? ¿Quieres rejuvenecer? No te contentes con publicar algún *post* o algún tuit. No te contentes con encuentros virtuales, busca los reales, sobre todo con quien te necesita; no busques la visibilidad, sino a los invisibles. Esto es original, esto es revolucionario. Salir de uno mismo para encontrar a los otros. Pero si tú vives prisionero en ti mismo, nunca encontrarás a los otros, nunca sabrás qué es servir. Servir es el gesto más bello, más grande de una persona, servir a los demás. Muchos hoy son “*de redes sociales*” pero poco “*sociales*”, encerrados en sí mismos, prisioneros del teléfono que tienen entre sus manos. Pero en la pantalla falta el otro, faltan sus ojos, su respiración, sus manos. La pantalla se vuelve fácilmente un espejo, donde crees que estás frente al mundo, pero en realidad estás solo, en un mundo virtual lleno de apariencias, de fotos trucadas para parecer siempre hermosos y en forma. ¡Qué bonito, en cambio, es estar con los demás, descubrir la novedad del otro, dialogar con el otro, cultivar la mística del conjunto, la alegría de compartir, el ardor de servir!

A este respecto, en el encuentro con los jóvenes en Eslovaquia, el pasado mes de septiembre, algunos jóvenes mostraban una pancarta interesante. Tenía sólo dos palabras: “Todos hermanos”. Me gustó. A menudo en los estadios, en las manifestaciones, en las calles se exponen pancartas para alentar la propia facción, las propias ideas, el propio equipo, los propios derechos. Pero la pancarta de esos jóvenes decía algo nuevo: que es hermoso sentirse hermanos y hermanas de todos,

sentir que los demás forman parte de un nosotros, no gente de la que hay que tomar distancia. Estoy contento de verlos todos juntos, unidos, aun proviniendo de países e historias tan distintas. *¡Sueñen con la fraternidad!*

En griego hay un refrán iluminador: *o φίλος ine állos eafτός*, “el amigo es otro yo”. Sí, el otro es el camino para volver a encontrarse con uno mismo; no lo es el espejo, es el otro. Ciertamente, cuesta salir de las propias zonas de confort, es más fácil estar sentados en el sofá frente a la televisión. Pero eso es algo viejo, no es de jóvenes. Pero mira: un joven en el sofá, ¡qué cosa vieja! De jóvenes es reaccionar, abrirse cuando uno se siente solo, buscar a los demás cuando viene la tentación de cerrarse, entrenarse en esta “gimnasia del alma”. Aquí nacieron los eventos deportivos más grandes, las Olimpíadas, el maratón. Más allá del espíritu de lucha que hace bien al cuerpo, está aquello que hace bien al alma: entrenarse para la apertura, recorrer largas distancias desde uno mismo para acortarlas con los demás, lanzar el corazón atravesando los obstáculos, cargar unos los pesos de los otros. Entrenarse en esto los hará felices, los mantendrá jóvenes y les hará sentir la aventura de vivir.

A propósito de aventura, Aboud, tu testimonio nos ha impactado: la huida, junto con los tuyos, de la amada y martirizada Siria, después de haber estado varias veces a punto de ser asesinados en la guerra. Y después de tantos “no” y miles de dificultades, llegaron a este país del único modo posible, en barco, permaneciendo “en una roca sin agua y sin comida, esperando el amanecer y una nave de la guardia costera”: una verdadera odisea de nuestros días. Y me vino en mente que, en la Odisea de Homero, el primer héroe que aparece no es Ulises, sino un joven, Telémaco, su hijo, que vivió una gran aventura.

No había conocido a su padre y estaba angustiado, desalentado porque no sabía dónde se encontraba y ni siquiera si estaba vivo. Se sentía sin raíces y estaba delante de una encrucijada: permanecer allí, a la espera, o quizá hacer una locura y lanzarse a la búsqueda. Hay varias voces, entre ellas la de la divinidad, que lo exhortan a ser valiente y a partir. Y él lo hace, se levanta, prepara el barco a escondidas y rápidamente, al despuntar el sol, sale a la aventura. El sentido de la vida no es quedarse en la playa esperando que el viento traiga novedades. La salvación está en mar abierto, está en el impulso, en seguir los sueños, los verdaderos, los que se sueñan con los ojos abiertos, que comportan esfuerzo, lucha, vientos contrarios, borrascas repentinas. Por favor, no hay que dejarse paralizar por el miedo, ¡sueñen

en grande! ¡Y sueñen juntos! Como pasó con Telémaco, habrá quien intente detenerlos. Habrá siempre alguien que les dirá: “Déjalo, no te arriesgues, es inútil”. Estos son los anuladores de sueños, los sicarios de la esperanza, los incurables nostálgicos del pasado.

Ustedes, en cambio, por favor, alimenten *la valentía de la esperanza*, la que has tenido tú, Aboud. ¿Cómo se hace? Por medio de sus decisiones. Elegir es un desafío, es afrontar el miedo a lo desconocido, es salir del pantano de la aprobación, es decidirse a tomar la propia vida entre las manos. Para tomar decisiones adecuadas, pueden recordar una cosa: las buenas decisiones incluyen siempre a los demás, no sólo a uno mismo. Esas son las decisiones por las que vale la pena arriesgarse, los sueños que hay que realizar; aquellos que requieren valentía y que implican a los demás.

Y, al despedirme de ustedes, les deseo la valentía de seguir adelante, la valentía de arriesgar, la valentía de no quedarse en el sofá. El coraje de arriesgar, de ir al encuentro de los otros, nunca aislados, siempre con los demás. Y con esa valentía, cada uno de ustedes se encontrará a sí mismo, encontrará a los otros y hallará el sentido de la vida. Les deseo esto, con la ayuda de Dios, que los ama a todos. Dios los ama, sean valientes, ¡sigan adelante! *Brostà, óli masí!* [¡Adelante, todos juntos!]

CONFERENCIA DE PRENSA DEL SANTO PADRE DURANTE EL VUELO DE REGRESO A ROMA

Lunes, 6 de diciembre de 2021

Matteo Bruni

¡Buenos días Santidad! Buenos días y gracias por habernos guiado en estos días intensos, también a palpar esas que usted llamaba “llagas”. Y gracias también por este espacio, por poder hablar juntos. Gracias.

Papa Francisco

¡Buenos días, y gracias! Tenía miedo de que no funcionara esto por el retraso, pero se ve que funciona. Muchas gracias y escucho sus preguntas.

Matteo Bruni

Gracias Santidad. La primera pregunta viene de Constandinos Tzindas de la televisión chipriota.

Constandinos Tzindas de la televisión chipriota (en ING)

Su Santidad, gracias por la oportunidad y por su visita a Chipre y Grecia. Santidad, sus fuertes observaciones sobre el diálogo interreligioso [ecuménico] tanto en Chipre como en Grecia han suscitado expectativas estimulantes a nivel internacional. Dicen que pedir perdón es lo más difícil de hacer. Usted lo ha hecho de forma espectacular. Pero, ¿qué es, en práctica, lo que está programando el Vaticano para unir la cristiandad católica y la ortodoxa? ¿Está programado un Sínodo?

Ser sinodales es la sustancia de la cristiandad, que se origina en la Trinidad y que resulta en la voz común de la Iglesia en el mundo. Como se ha demostrado ahora, sólo una Iglesia unida en un ambiente globalizado y deshumanizado puede ser realmente eficaz. San Juan Crisóstomo, como usted ha dicho, es un ejemplo de ósmosis entre el pensamiento griego y la cristiandad; él afirmó que “en términos humanos la Iglesia es clero y laicos, mientras que para Dios somos todos su rebaño”.

Junto con el patriarca ecuménico Bartolomé, usted ha hecho un llamamiento a todos los cristianos para celebrar en el 2025 los 17 siglos del primer Sínodo ecuménico de Nicea. ¿Cuáles son los pasos adelante en este proceso?

Y, por último –perdón por esta pregunta larga, pero es en el espíritu de su viaje– una visión fue expresada recientemente en la UE: hemos sustituido los saludos de “feliz Navidad” por “felices vacaciones”. ¿Por qué las personas no se dan cuenta de que la cristiandad no es una ideología sino una experiencia de vida que busca llevar a los hombres de un tiempo mortal a la eternidad? Por tanto, yo existo porque mi compañero también puede existir. Es el “nosotros” y no el “yo”. Muchas gracias, Santidad.

Papa Francisco

Sí, gracias. He pedido perdón, he pedido perdón delante de Ieronymos, mi hermano Ieronymos. He pedido perdón por todas las divisiones que hay entre los cristianos, pero sobre todo por las que hemos provocado nosotros los católicos. He querido también pedir perdón, mirando a la guerra de la independencia. Ieronymos me había enseñado algo: que una parte de los católicos se había alineado

con los gobiernos europeos para que no se hiciera la independencia griega; en cambio, en las islas, los católicos de las islas sostuvieron la independencia, fueron a la guerra, algunos dieron la vida por la patria. Pero el centro –digamos así– en ese momento se había alineado con Europa. Y también el pedir perdón por el escándalo de la división, al menos por lo que nosotros tenemos culpa. El espíritu de la autosuficiencia. Se nos cierra la boca cuando escuchamos que debemos pedir perdón, pero a mí siempre me hace bien pensar que Dios nunca se cansa de perdonar, nunca. Somos nosotros los que nos cansamos de pedir perdón, y cuando nosotros no pedimos perdón a Dios, difícilmente lo pediremos a los hermanos. Es más difícil pedir perdón a un hermano que a Dios, porque nosotros sabemos que Él dice: “Sí, ve, ve, estás perdonado”. Sin embargo, con los hermanos, está la vergüenza y la humillación. Pero en el mundo de hoy es necesaria la actitud de la humillación y de pedir perdón. Muchas cosas están sucediendo en el mundo, muchas vidas perdidas, muchas guerras, ¿cómo no pedir perdón?

Volviendo a esto, he querido pedir perdón por las divisiones, al menos por esas que nosotros hemos provocado. Por las otras, son los responsables los que deben hacerlo, pero por las nuestras pido perdón. Y también por ese episodio de la guerra, donde parte de los católicos se había alineado con el gobierno europeo, y los de las islas fueron a la guerra para defender. No sé si es suficiente.

Y también una última petición de perdón –esta me ha venido del corazón– por el escándalo del drama de los migrantes, por el escándalo de tantas vidas ahogadas en el mar.

Matteo Bruni

La segunda pregunta era sobre el aspecto sinodal. Él escribe: “La Iglesia es síntesis, en términos humanos la Iglesia es clero y laicos mientras para Dios somos un único rebaño”.

Papa Francisco

Sí, somos un único rebaño, es verdad. Y esta división –clero y laicos– es una división funcional, sí, de calificación, pero hay una unidad, un único rebaño. Y la dinámica entre las diferencias dentro de la Iglesia es la sinodalidad, es decir, escucharse el uno con el otro e ir juntos. *Syn odòs*: hacer camino juntos. Este es

el sentido de la sinodalidad. Sus Iglesias ortodoxas, también las Iglesias católicas orientales, han conservado esto. Sin embargo, la Iglesia latina se había olvidado del Sínodo, fue san Pablo VI quien reinstauró el camino sinodal, hace 54, 56 años. Y estamos haciendo un camino para tener la costumbre de la sinodalidad, del caminar juntos.

Matteo Bruni

La última pregunta era sobre la Navidad, en la que dice: “¿Es posible que no se entienda que el cristianismo no es una ideología, sino una experiencia de vida?”. Quieren cancelar...

Papa Francisco

Ah, usted se refiere al documento de la Unión Europea sobre la Navidad. Es un anacronismo esto. En la historia, muchas, muchas dictaduras han tratado de hacerlo. Piensa en Napoleón. Piensa en la dictadura nazista, en la comunista. Es una moda de un laicismo aguado, agua destilada. Pero esto es algo que no ha funcionado durante la historia. Esto me hace pensar en algo, hablando de la Unión Europea, que creo que es necesario: la Unión Europea debe tomar de la mano los ideales de los Padres fundadores, que eran ideales de unidad, de grandeza, y estar atenta para no hacer espacio a las colonizaciones ideológicas. Esto podría llegar a dividir a los países y hacer fracasar a la Unión Europea. La Unión Europea debe respetar la estructura interna de cada país, la variedad de los países, y no querer uniformar. Yo creo que no lo hará, no era su intención, pero estar atenta, porque a veces vienen y lanzan ahí proyectos como este y no saben qué hacer. No, cada país tiene su propia peculiaridad, pero cada país está abierto a los otros. Unión Europea: soberanía suya, soberanía de los hermanos en una unidad que respeta la singularidad de cada país. Y estar atentos a no ser vehículos de colonizaciones ideológicas. Por eso, esta intervención sobre la Navidad es un anacronismo.

Matteo Bruni

Gracias Santidad. La segunda –o la tercera pregunta, después de estas– viene de Iliana Magra, de Kathimerini: es un periódico griego.

Iliana Magra, de Kathimerini en ING

Buenos días, Santo Padre, gracias por su visita a Grecia. Durante su discurso en el Palacio presidencial en Atenas, usted habló del “retroceso” de la democracia en el mundo, y en particular en Europa.

Matteo Bruni

[traduce al Papa] Habló de democracia en retroceso, una democracia que está cediendo espacio, que está cediendo.

Iliana Magra

¿Puede decirnos algo sobre esto, y puede decirnos a qué países se estaba refiriendo? ¿Y qué diría a los líderes y a los electores de extrema derecha en Europa, que profesan ser cristianos devotos, pero al mismo tiempo promueven valores y políticas no democráticas?

Papa Francisco

Sí, la democracia es un tesoro, un tesoro de civilización, y debe ser custodiado, debe ser custodiado, y no sólo custodiado por una entidad superior, sino custodiado entre los mismos países: custodiar la democracia de los demás. Contra la democracia yo hoy quizá veo dos peligros. Uno es el de los populismos, que están aquí, allí, allí, y comienzan a sacar las uñas. Y yo pienso en un gran populismo del siglo pasado: el nazismo. El nazismo fue un populismo que, defendiendo los valores nacionales –así decía– logró aniquilar la vida democrática, es más, con la muerte de la gente, a aniquilar, a convertirse en una dictadura cruenta. Hoy diré –porque tú has preguntado sobre los gobiernos de derecha– que hay que cuidar que los gobiernos –no digo los gobiernos de derecha e izquierda, sino otra cosa–: que los gobiernos no resbalen por el camino de los populismos, de los llamados políticamente “populismos”. Que no tienen nada que ver con los popularismos, que son la expresión de los pueblos, libre: el pueblo que se hace ver con la propia identidad, con su folclore, sus valores, su arte, y se mantiene. El populismo es una cosa, el popularismo otra. Por otro lado, la democracia se debilita, entra en un camino de lento declive, cuando se sacrifican los valores nacionales, se diluyen yendo hacia –digamos una palabra fea, no quisiera decir esta palabra pero no encuentro otra– hacia un “imperio”, una especie de

gobierno supranacional. Y esto es algo que nos tiene que hacer pensar. Ni caer en los populismos, donde se apela al pueblo, pero no es el pueblo, es la dictadura precisamente de “nosotros” y “nosotros otros” –piensa en el nazismo–; ni caer en un diluir las propias identidades en un gobierno internacional. Sobre esto hay una novela escrita en 1903. Tú dirás qué anticuado este Papa en literatura. Escrito por Benson, un escritor inglés. Este señor Benson escribe una novela que se llama: “*The Lord of the Earth*” o “*The Lord of the World*” –tiene los dos títulos–, que sueña el futuro en un gobierno internacional donde, con las medidas económicas, las medidas políticas, gobierna a todos los demás países. Y cuando se da este gobierno, este tipo de gobiernos –él explica– se pierde la libertad y se busca hacer una igualdad entre todos. Pero esto sucede cuando hay una superpotencia que dicta los comportamientos culturales, económicos y sociales a los otros países. El debilitamiento de la democracia, sí, por el peligro de los populismos –que no son el populismo, esto es bonito–, y el peligro de estas referencias a potencias internacionales: referencias económicas, culturales, lo que sea. No lo sé, es lo que me viene a la mente, yo no soy un politólogo, hablo por lo que me parece.

Matteo Bruni

Gracias, Santidad. La tercera pregunta viene de Manuel Schwartz de la Dpa (Deutsche Presse-Agentur), la agencia de prensa alemana.

Manuel Schwartz, Deutsche Presse-Agentur

Santo Padre, en primer lugar, gracias por habernos hecho ir con usted en este viaje importante. La migración es un tema central no sólo en el Mediterráneo, sino también en otras partes de Europa, sobre todo en Europa del Este, en estos días, con tantos alambres de púas, como usted les ha llamado, y también con la crisis bielorrusa. ¿Qué se espera de los países de esta zona, por ejemplo de Polonia y también de Rusia, y después qué se espera de otros países importantes en Europa, por ejemplo Alemania, donde ahora habrá un nuevo gobierno después de la era de Ángela Merkel?

Papa Francisco

Sobre esas personas que impiden las migraciones o que cierran las fronteras –ahora está de moda hacer muros, hacer alambres de púas, también el hilo con las

concertinas, los españoles saben qué significa esto: es habitual hacer estas cosas para impedir el acceso— lo primero que diría, si tuviera un gobernador delante: “pero piensa en el tiempo en el que tú has sido migrante y no te dejaban entrar, cuando tú querías escapar de tu tierra, y ahora eres tú quien construye muros”. Esto hace bien, porque quien construye muros pierde el sentido de la historia, de la propia historia, de cuando era esclavo de otro país. No todos tienen esta experiencia, pero al menos una gran parte de aquellos que construyen muros tienen esta experiencia: de haber sido esclavos. Usted podrá decirme: “¡Pero los gobiernos tienen el deber de gobernar y si viene una oleada así de migrantes, no se puede gobernar!”. Yo diré esto: cada gobierno debe decir claramente: “Yo puedo recibir muchos”, porque los gobiernos saben cuánto son capaces de recibir: es su derecho, esto es verdad. Pero los migrantes deben ser acogidos, acompañados, promovidos e integrados. Si un gobierno no puede hacer esto, debe entrar en diálogo con los otros y que los demás, cada uno, se ocupen. Y por esto es importante la Unión Europea, porque la Unión Europea es capaz de hacer la armonía entre todos los gobiernos para la distribución de los migrantes. Pero, tú piensa en Chipre, piensa en Grecia, piensa en Lampedusa, piensa en Sicilia: vienen los migrantes y no hay una armonía entre todos los países de la Unión Europea para mandar a estos aquí, estos allá, estos allá. Falta esa armonía general.

Y después, la última palabra que he dicho es *integrados*, ¿no? Deben ser acogidos, acompañados, promovidos e integrados. Integrados, ¿por qué? Porque si no integras al migrante, este migrante tendrá una ciudadanía de gueto. El ejemplo —no sé si lo he dicho en el avión, una vez—, el ejemplo que me impacta más es la tragedia de Zaventem: los chicos que hicieron la masacre en el aeropuerto eran belgas, pero hijos de migrantes guetizados, no integrados. Si tú no integras a un migrante —con la educación, con el trabajo, con el cuidado del migrante— tú corres el riesgo de tener un guerrillero, uno que te hace estas cosas. No es fácil acoger a los migrantes, no es fácil resolver el problema de los migrantes; pero si nosotros no resolvemos el problema de los migrantes, corremos el riesgo de hacer naufragar la civilización. Hoy, en Europa, por cómo están las cosas. No sólo han naufragado los migrantes en el Mediterráneo, sino también nuestra civilización. Por eso es necesario que los representantes de los gobiernos europeos se pongan de acuerdo. Para mí, un modelo —en su momento— de integración, de acogida e integración, fue Suecia, que ha acogido a todos los migrantes latinoamericanos de las dictaduras militares —chilenos, argentinos, uruguayos, brasileños—, los ha acogido y los ha integrado. Y

hoy he estado en un colegio, en Atenas, y yo miraba y decía al traductor: “¡Pero mira, aquí hay –he usado una palabra familiar– hay una ‘macedonia’ de culturas, están todos mezclados!”. Y él me ha respondido: “Este es el futuro de Grecia”. La integración. Crecer en la integración. Es importante.

Y después otro drama, quisiera subrayarlo: cuando los migrantes, antes de venir, caen en las manos de los traficantes que les quitan todo el dinero que tienen y los llevan en la patera. Cuando son devueltos [rechazados], estos traficantes se los llevan. En el Dicasterio para los migrantes [Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral – Sección migrantes y refugiados] hay grabaciones sobre lo que sucede en estos lugares donde van los migrantes que están de vuelta. Así como no se puede acogerlos y abandonarlos, porque tenemos que acompañarlos, promoverlos e integrarlos, así si yo devuelvo un migrante debo acompañarlo, promoverlo e integrarlo en su país, no dejarlo en la costa de Libia. Esta es una crueldad. Si quieren más sobre esto, pidan al Dicasterio de las migraciones que tiene estas grabaciones. Y hay también una grabación –ustedes seguro que la conocen– sobre “Open Arms”, que es un poco romántica, pero hace ver la realidad de los que se ahogan. Esto es algo que duele. ¡Pero arriesgamos la civilización, arriesgamos la civilización!

Matteo Bruni

Gracias, Santidad. Y ahora una pregunta de los periodistas de lengua francesa: está la señora Cécile Chambraud de *Le Monde* que hará la próxima pregunta.

Cécile Chambraud de *Le Monde* (en español)

Santo Padre, hago la pregunta en español para los colegas. El jueves cuando llegamos a Nicosia nos enteramos de que usted había aceptado la renuncia del arzobispo de París, monseñor Aupetit. ¿Puede explicarnos por qué, y por qué lo ha hecho tan rápido? La segunda pregunta: a través del trabajo de una comisión independiente sobre los abusos sexuales, la Conferencia Episcopal de Francia ha reconocido que la Iglesia tiene una responsabilidad institucional respecto al sufrimiento de miles de víctimas. Se habla también de la dimensión sistémica de esta violencia. ¿Qué opina usted de estas declaraciones de los obispos franceses? ¿Qué significado pueden tener para la Iglesia universal? Y, última pregunta, ¿recibirá usted a los miembros de esta comisión independiente?

Papa Francisco

Empiezo por la segunda, después volvemos a la primera. Cuando se hacen estos estudios, debemos estar atentos en las interpretaciones, que se hagan por sectores de tiempo. Cuando se hace sobre un tiempo tan largo, está el riesgo de confundir la forma de sentir el problema de una época, 70 años antes que la otra. Quisiera solamente decir esto, como principio. Una situación histórica debe ser interpretada con la hermenéutica de la época, no con la nuestra. Por ejemplo, la esclavitud: nosotros decimos “es una brutalidad”. Los abusos de hace 100 años o de hace 70 años, decimos “es una brutalidad”. Pero la forma como lo vivían ellos no es la misma de hoy: había otra hermenéutica. Por ejemplo, en el caso de los abusos en la Iglesia, el cubrirlo, que es la forma que se usa –lamentablemente– en las familias, también hoy, en la gran cantidad de las familias, en los barrios, tratar de cubrir, nosotros decimos “no, no va bien esto, debemos descubrir”. Pero siempre interpretar una época con la hermenéutica de la época y no con la nuestra. Esto es lo primero. Por ejemplo, el estudio de Indianápolis, famoso: eso sucedió por falta de una recta interpretación. Eran cosas verdaderas, algunas, otras no; se mezclaban las épocas. A este punto, sectorializar ayuda.

Sobre el informe: no lo he leído ni he escuchado los comentarios de los obispos franceses. No, no sé cómo responder, de verdad. Vendrán ahora los obispos franceses, en este mes, y yo pediré que me lo expliquen.

Y la primera pregunta, sobre el caso Aupetit. Yo me pregunto: ¿qué ha hecho, Aupetit, tan grave para tener que presentar la dimisión? ¿Qué ha hecho? Alguien que me responda.

Cécile Chambraud

No lo sé. No lo sé.

Papa Francisco

Si no conocemos la acusación, no podemos condenar. ¿Cuál ha sido la acusación? ¿Quién lo sabe?

[nadie responde] ¡Es feo!

Cécile Chamberaud

Un problema de gobierno [de la diócesis] u otra cosa, no lo sabemos.

Papa Francisco

Antes de responder yo diré: hagan la investigación. Hagan la investigación. Porque está el peligro de decir: “Ha sido condenado”. Pero, ¿quién lo ha condenado? “La opinión pública, el chismorreó”. Pero, ¿qué ha hecho? “No lo sabemos, algo”. Si ustedes saben por qué, díganlo. Al contrario, no puedo responder. Y ustedes no sabrán porqué, porque ha sido una falta de él, una falta contra el sexto mandamiento, pero no total sino de pequeñas caricias y masajes que él hacía: así está la acusación. Este es el pecado, pero no es de los pecados más graves, porque los pecados de la carne no son los más graves. Los pecados más graves son los que tienen más “angelicalidad”: la soberbia, el odio; estos son más graves. Así, Aupetit es pecador como lo soy yo. No sé si él se siente así, pero quizá, como fue Pedro, el obispo sobre el cual Cristo fundó la Iglesia. ¿Cómo es que la comunidad de aquella época aceptó un obispo pecador? Y aquel lo era con pecados con tanta “angelicalidad”, como era renegar a Cristo, ¿no? Pero era una Iglesia normal, estaba acostumbrada a sentirse pecadora siempre, todos; era una Iglesia humilde. Se ve que nuestra Iglesia no está acostumbrada a tener un obispo pecador, y fingimos decir “es un santo, mi obispo”. No, esto es Caperucita Roja. Todos somos pecadores. Pero cuando el chismorreó crece y crece y crece y te quita la buena fama de una persona, ese hombre no podrá gobernar, porque ha perdido la fama, no por su pecado –que es pecado, como el de Pedro, como el mío, como el tuyo, ¡es pecado!–pero por el chismorreó de las personas responsables de contar las cosas. Un hombre al que le han quitado la fama así, públicamente, no puede gobernar. Y esta es la injusticia. Por esto yo he aceptado la dimisión de Aupetit *no sobre* el altar de la verdad, sino sobre el altar de la hipocresía. Esto quiero decir. Gracias.

Matteo Bruni

Gracias, Santidad. ¿Quizá tenemos todavía algún minuto para una última pregunta? De parte de Vera Shcherbakova, de la Tass.

Papa Francisco

¡Ah! ¡Muy bien! La “sucesora” de Alexei Bukalov... era bueno...

Vera Shcherbakova

Sí, y le echo mucho de menos; le echo mucho de menos, lo digo siempre. Muchas gracias, Santo Padre, por su actitud hacia nuestro Bukalov que es un patrimonio de Rusia y de nuestra agencia. Pero yo quisiera preguntar lo siguiente: usted, en este viaje, ha visto a los jefes de las Iglesias ortodoxas, ha dicho palabras bellísimas sobre la comunión y la reunificación. Entonces, ¿cuándo será su próximo encuentro con el patriarca Cirilo? ¿Cuáles son los proyectos comunes con la Iglesia rusa? ¿Y qué dificultades, quizá, usted encuentra en este camino de acercamiento? Gracias.

Papa Francisco

Gracias. ¡Es una buena pregunta!

Está en un horizonte no lejano el encuentro con el patriarca Cirilo. Creo que la semana que viene vendrá a verme Hilarion para concertar un posible encuentro, porque el patriarca tiene que viajar –no sé dónde va, va a Finlandia, pero no estoy seguro. Yo estoy dispuesto siempre, estoy también dispuesto a ir a Moscú: para dialogar con un hermano no hay protocolos. Hermano es hermano, antes que todos los protocolos. Y yo con el hermano ortodoxo –que se llame Cirilo, que se llame Crisóstomo, se llame Jerónimo, es un hermano– somos hermanos y nos decimos las cosas en la cara. No bailamos el minué, no, nos decimos las cosas en la cara. Pero como hermanos. Es bonito ver discutir a los hermanos: es muy bonito, porque pertenecen a la misma Madre, la Madre Iglesia, pero están un poco divididos, algunos por herencia, el otro por la historia que les ha dividido. Pero nosotros tenemos que ir juntos y tratar de trabajar y caminar en unidad y por la unidad. Estoy agradecido con Jerónimo, con Crisóstomo, y con todos los patriarcas que tienen estas ganas de caminar juntos. La unidad. El gran teólogo ortodoxo Zizioulas está estudiando la escatología, y bromeando una vez dijo que la unidad la encontraremos en el *eschaton*, allí estará la unidad. Pero es una forma de hablar. Esto no quiere decir que debemos estar quietos esperando que los teólogos se pongan de acuerdo, no. Esta es una frase, una forma de hablar, es lo que dicen que dijo Atenágoras a Pablo VI: “Pongamos a todos los teólogos en una isla y nosotros vayamos adelante por otra parte”. Es una broma. Pero los teólogos, que sigan estudiando, porque esto nos hará bien. Nos lleva a entender bien y a encontrar la unidad. Pero mientras tanto, nosotros vamos adelante juntos. “Pero, ¿cómo?”. Sí, rezando juntos, haciendo

la caridad juntos. Por ejemplo, pienso en Suecia, que tiene la Cáritas luterano-católica, juntos. Trabajar juntos, ¿no? Trabajar juntos y rezar juntos: esto podemos hacerlo nosotros. El resto, que lo hagan los teólogos, que nosotros no entendemos cómo se hace. Pero hacer esto: la unidad comienza hoy, por este camino.

Matteo Bruni

Gracias, Santidad. Gracias por el tiempo que ha querido dedicar también a nuestras preguntas. Creo que más o menos ya estamos también con los tiempos de la comida.

Papa Francisco

¡Muchas gracias, y buen almuerzo!

Matteo Bruni

Algunos periodistas querían regalarle una copia de la Acrópolis de Atenas, del Partenón, porque lamentaban que no pudiera tocarla con la mano.

Papa Francisco

Sí, estaba el peligro de que me fuera sin verlo [el Partenón] y ayer por la noche dije: “No, ¡yo quiero verlo!”. Me llevaron allí, lo he visto de lejos, iluminado: al menos lo he visto. No lo he tocado, pero he dicho: “gracias por esta cortesía”.

SANTA MISA DE NOCHEBUENA

NATIVIDAD DEL SEÑOR

HOMILÍA DEL SANTO PADRE FRANCISCO

Basílica de San Pedro

Viernes, 24 de diciembre de 2021

En la noche resplandece una luz. Un ángel aparece, la gloria del Señor envuelve a los pastores y finalmente llega el anuncio esperado durante siglos: "Hoy [...] les ha nacido un Salvador, que es el Mesías, el Señor" (Lc 2,11). Pero lo que agrega el ángel es sorprendente. Indica a los pastores cómo encontrar a Dios que ha venido a la tierra: "Y esta será la señal para ustedes: encontrarán a un niño recién nacido envuelto en pañales y acostado en un pesebre" (v. 12). Este es el signo: un niño. Eso es todo: un niño en la dura pobreza de un pesebre. No hay más luces, ni resplandores, ni coros de ángeles. Sólo un niño. Nada más, como había preanunciado Isaías: "Un niño nos ha nacido" (Is 9,5).

El Evangelio insiste en este contraste. Narra el nacimiento de Jesús a partir de César Augusto, que ordenó realizar un censo del mundo entero. Muestra al primer emperador en su *grandeza*. Pero, inmediatamente después, nos lleva a Belén, donde no hay nada grande, sólo un niño pobre envuelto en pañales, con unos pastores a su alrededor. Y allí está Dios, en la *pequeñez*. Y este es el mensaje: Dios no cabalga en la grandeza, sino que desciende en la pequeñez. La pequeñez es el camino que eligió para llegar a nosotros, para tocarnos el corazón, para salvarnos y reconducirnos hacia lo que es realmente importante.

Hermanos, y hermanas, deteniéndonos ante el belén miremos el centro; vayamos más allá de las luces y los adornos, que son hermosos, y contemplemos al Niño. En su pequeñez es Dios. Reconozcámoslo: "Niño, Tú eres Dios, Dios-niño". Dejémonos atravesar por este asombro escandaloso. Aquel que abraza al universo necesita que lo sostengan en brazos. Él, que ha hecho el sol, necesita ser arropado. La ternura en persona necesita ser mimada. El amor infinito tiene un corazón minúsculo, que emite ligeros latidos. La Palabra eterna es infante, es decir, incapaz de hablar. El Pan de vida debe ser alimentado. El creador del mundo no tiene hogar. Hoy todo se invierte: Dios viene al mundo pequeño. Su grandeza se ofrece en la *pequeñez*.

Y nosotros, preguntémonos, ¿sabemos acoger este camino de Dios? Es el desafío de Navidad: Dios se revela, pero los hombres no lo entienden. Él se hace pequeño a los ojos del mundo y nosotros seguimos buscando la grandeza según el mundo, quizá incluso en nombre suyo. Dios se abaja y nosotros queremos subir al pedestal. El Altísimo indica la humildad y nosotros pretendemos brillar. Dios va en busca de los pastores, de los invisibles; nosotros buscamos visibilidad, hacernos notar. Jesús nace para servir y nosotros pasamos los años persiguiendo el éxito. Dios no busca fuerza y poder, pide ternura y pequeñez interior.

Esto es lo que podemos pedir a Jesús para Navidad: *la gracia de la pequeñez*. "Señor, enséñanos a amar la pequeñez. Ayúdanos a comprender que es el camino para la verdadera grandeza". Pero, ¿qué quiere decir, concretamente, acoger la pequeñez? En primer lugar, quiere decir creer que Dios quiere venir *en las pequeñas cosas de nuestra vida*, quiere habitar las realidades cotidianas, los gestos sencillos que realizamos en casa, en la familia, en la escuela, en el trabajo. Quiere realizar, en nuestra vida ordinaria, cosas extraordinarias. Es un mensaje de gran esperanza: Jesús nos invita a valorar y redescubrir las pequeñas cosas de la vida. Si

Él está ahí con nosotros, ¿qué nos falta? Entonces, dejemos atrás los lamentos por la grandeza que no tenemos. Renunciemos a las quejas y a las caras largas, a la ambición que deja insatisfechos. La pequeñez, el asombro por aquel niño pequeño: este es el mensaje.

Pero aún hay más. Jesús no quiere venir sólo a las cosas pequeñas de nuestra vida, sino también a *nuestra pequeñez*: cuando nos sentimos débiles, frágiles, incapaces, incluso fracasados. Hermana, y hermano, si, como en Belén, la oscuridad de la noche te rodea, si adviertes a tu alrededor una fría indiferencia, si las heridas que llevas dentro te gritan: "Cuentas poco, no vales nada, nunca serás amado como anhelas", esta noche, si percibes esto, Dios responde y te dice: "Te amo tal como eres. Tu pequeñez no me asusta, tus fragilidades no me inquietan. Me hice pequeño por ti. Para ser tu Dios me convertí en tu hermano. Hermano amado, hermana amada, no me tengas miedo, vuelve a encontrar tu grandeza en mí. Estoy aquí para ti y sólo te pido que confíes en mí y me abras el corazón".

Acoger la pequeñez también significa abrazar a Jesús *en los pequeños de hoy*; es decir, amarlo en los últimos, servirlo en los pobres. Ellos son los que más se parecen a Jesús, que nació pobre. Es en ellos que Él quiere ser honrado. Que en esta noche de amor nos invada un único temor: herir el amor de Dios, herirlo despreciando a los pobres con nuestra indiferencia. Son los predilectos de Jesús, que nos recibirán un día en el cielo. Una poetisa escribió: "Quien no ha encontrado el Cielo aquí abajo, difícilmente lo encontrará allá arriba" (E. Dickinson, Poemas, XVII). No perdamos de vista el Cielo, cuidemos a Jesús ahora, acariciándolo en los necesitados, porque se identificó en ellos.

Miremos otra vez más el nacimiento y observemos que Jesús al nacer está rodeado precisamente de los pequeños, de los pobres. Son los *pastores*. Eran los más humildes y fueron los que estuvieron más cerca del Señor. Lo encontraron porque "pasaban la noche en el campo cuidando sus rebaños y vigilando por turnos" (Lc 2,8). Estaban allí para trabajar, porque eran pobres y su vida no tenía horarios, sino que dependía de los rebaños. No podían vivir como y donde querían, sino que se regían en base a las exigencias de las ovejas que cuidaban. Y Jesús nace allí, cerca de ellos, cerca de los olvidados de las periferias. Viene donde la dignidad del hombre es puesta a prueba. Viene a ennoblecer a los excluidos y se revela sobre todo a ellos; no a personajes cultos e importantes, sino a gente pobre que trabajaba. Esta noche, Dios viene a colmar de dignidad la dureza del trabajo. Nos recuerda

qué importante es dar dignidad al hombre con el trabajo, pero también *dar dignidad al trabajo del hombre*, porque el hombre es señor y no esclavo del trabajo. En el día de la Vida repitamos: ¡No más muertes en el trabajo! Y esforcémonos por lograrlo.

Contemplemos una vez más el pesebre, dirigiendo la mirada hacia donde se divisan *los magos*, que peregrinan para adorar al Señor. Miremos y comprendamos que en torno a Jesús todo vuelve a la unidad: no están sólo los últimos, los pastores, sino también los eruditos y los ricos, los magos. En Belén están juntos pobres y ricos; los que adoran, como los magos, y los que trabajan, como los pastores. Todo se recompone cuando en el centro está Jesús; no nuestras ideas sobre Jesús, sino Él, el Viviente. Entonces, queridos hermanos y hermanas, *volvamos a Belén*, volvamos a los orígenes: a lo esencial de la fe, al primer amor, a la adoración y a la caridad. Contemplemos a los magos que peregrinan y como Iglesia sinodal, en camino, vayamos a Belén, donde Dios está en el hombre y el hombre en Dios; donde el Señor está al centro y es adorado; donde los últimos ocupan el lugar más cercano a Él; donde los pastores y los magos están juntos en una fraternidad más fuerte que cualquier clasificación. Que Dios nos conceda ser una Iglesia adoradora, pobre y fraterna. Esto es lo esencial. Volvamos a Belén.

Nos hace bien ir allí, dóciles al Evangelio de Navidad que presenta a la Sagrada Familia, a los pastores y a los magos: toda gente en camino. Hermanos, y hermanas, pongámonos en camino, porque la vida es una peregrinación. Levantémonos, volvamos a despertar porque en esta noche ha brillado una luz. Es una luz amable y nos recuerda que en nuestra pequeñez somos hijos amados, hijos de la luz (cf. 1 Ts 5,5). Hermanos y hermanas, alegrémonos juntos, porque nadie podrá apagar nunca esta luz, la luz de Jesús, que desde esta noche resplandece en el mundo.

MENSAJE URBI ET ORBI
DEL SANTO PADRE FRANCISCO

NAVIDAD 2021

Balcón central de la Basílica Vaticana
Sábado, 25 de diciembre de 2021

Queridos hermanos y hermanas: ¡Feliz Navidad!

La Palabra de Dios, que ha creado el mundo y da sentido a la historia y al camino del hombre, se hizo carne y vino a habitar entre nosotros. Apareció como un susurro, como el murmullo de una brisa ligera, para colmar de asombro el corazón de todo hombre y mujer que se abre al misterio.

El Verbo se hizo carne para dialogar con nosotros. Dios no quiere tener un monólogo, sino un diálogo. Porque Dios mismo, Padre, Hijo y Espíritu Santo, es diálogo, eterna e infinita comunión de amor y de vida.

Dios nos mostró el camino del encuentro y del diálogo al venir al mundo en la Persona del Verbo encarnado. Es más, Él mismo encarnó en sí mismo este camino, para que nosotros pudiéramos conocerlo y recorrerlo con confianza y esperanza.

Hermanas, hermanos, "qué sería el mundo sin ese diálogo paciente de tantas personas generosas que han mantenido unidas a familias y a comunidades" (Carta enc. Fratelli tutti, 198). En este tiempo de pandemia nos damos cuenta de esto todavía más. Se pone a prueba nuestra capacidad de relaciones sociales, se refuerza la tendencia a cerrarse, a valerse por uno mismo, a renunciar a salir, a encontrarse, a colaborar. También en el ámbito internacional existe el riesgo de no querer dialogar, el riesgo de que la complejidad de la crisis induzca a elegir atajos, en vez de los caminos más lentos del diálogo; pero son estos, en realidad, los únicos que conducen a la solución de los conflictos y a beneficios compartidos y duraderos.

En efecto, mientras el anuncio del nacimiento del Salvador, fuente de la verdadera paz, resuena a nuestro alrededor y en el mundo entero, vemos todavía muchos conflictos, crisis y contradicciones. Parece que no terminan nunca y casi pasan desapercibidos. Nos hemos habituado de tal manera que inmensas tragedias ya se pasan por alto; corremos el riesgo de no escuchar los gritos de dolor y desesperación de muchos de nuestros hermanos y hermanas.

Pensemos en el pueblo sirio, que desde hace más de un decenio vive una guerra que ha provocado muchas víctimas y un número incalculable de refugiados. Miremos a Irak, que después de un largo conflicto todavía tiene dificultad para levantarse. Escuchemos el grito de los niños que se alza desde Yemen, donde una enorme tragedia, olvidada por todos, se está perpetrando en silencio desde hace años, provocando muertos cada día.

Recordemos las continuas tensiones entre israelíes y palestinos que se prolongan sin solución, con consecuencias sociales y políticas cada vez mayores. No nos olvidemos de Belén, el lugar en el que Jesús vio la luz, que vive tiempos difíciles, también a causa de las dificultades económicas provocadas por la pandemia, que impide a los peregrinos llegar a Tierra Santa, con efectos negativos en la vida de la población. Pensemos en el Líbano, que sufre una crisis sin precedentes con condiciones económicas y sociales muy preocupantes.

Pero he aquí, en medio de la noche, el signo de esperanza. Hoy "el amor que mueve el sol y las otras estrellas" (Paraíso, XXXIII, 145), como dice Dante, se hizo carne. Vino en forma humana, compartió nuestros dramas y rompió el muro de nuestra indiferencia. En el frío de la noche extiende sus pequeños brazos hacia nosotros, está necesitado de todo, pero viene a darnos todo. A Él pidámosle la fuerza de *abrirnos al diálogo*. En este día de fiesta le imploramos que suscite en nuestros corazones anhelos de reconciliación y de fraternidad. A Él dirijamos nuestra súplica.

Niño Jesús, concede paz y concordia a Oriente Medio y al mundo entero. Sostén a todos los que están comprometidos en la asistencia humanitaria a las poblaciones que se ven forzadas a huir de su patria; consuela al pueblo afgano, que desde hace más de cuarenta años es duramente probado por conflictos que obligan a muchos a dejar el país.

Rey de las naciones, ayuda a las autoridades políticas a pacificar las sociedades devastadas por tensiones y conflictos. Sostén al pueblo de Myanmar, donde la intolerancia y la violencia también golpean frecuentemente a la comunidad cristiana y los lugares de culto, y opacan el rostro pacífico de sus gentes.

Sé luz y sostén para quienes creen y trabajan en favor del encuentro y del diálogo, yendo incluso contra corriente, y no permitas que se propaguen en Ucrania las metástasis de un conflicto gangrenoso.

Príncipe de la Paz, asiste a Etiopía para que vuelva a encontrar el camino de la reconciliación y la paz a través de un debate sincero, que ponga las exigencias de la población en primer lugar. Escucha el grito de los pueblos de la región del Sáhel, que padecen la violencia del terrorismo internacional. Dirige tu mirada a los pueblos de los países del Norte de África que sufren a causa de las divisiones, el desempleo y la desigualdad económica, y alivia los sufrimientos de muchos hermanos y hermanas que sufren por los conflictos internos de Sudán y Sudán del Sur.

Haz que en los corazones de los pueblos del continente americano prevalezcan los valores de la solidaridad, la reconciliación y la pacífica convivencia, a través del diálogo, el respeto recíproco y el reconocimiento de los derechos y los valores culturales de todos los seres humanos.

Hijo de Dios, conforta a las víctimas de la violencia contra las mujeres que se difunde en este tiempo de pandemia. Ofrece esperanza a los niños y a los

adolescentes víctimas de intimidación y de abusos. Da consuelo y afecto a los ancianos, sobre todo a los que se encuentran más solos. Concede serenidad y unidad a las familias, lugar primordial para la educación y base del tejido social.

Dios con nosotros, concede salud a los enfermos e inspira a todas las personas de buena voluntad para que encuentren las soluciones más adecuadas que ayuden a superar la crisis sanitaria y sus consecuencias. Haz que los corazones sean generosos, para hacer llegar la asistencia necesaria, especialmente las vacunas, a las poblaciones más pobres. Recompensa a todos los que demuestran responsabilidad y entrega al hacerse cargo de sus familiares, de los enfermos y de los más débiles.

Niño de Belén, permite que los prisioneros de guerra, civiles y militares, de los conflictos recientes, y quienes están encarcelados por razones políticas puedan volver pronto a sus hogares. No nos dejes indiferentes ante el drama de los emigrantes, de los desplazados y de los refugiados. "Sus ojos nos piden que no miremos a otra parte, que no reneguemos de la humanidad que nos une, que hagamos nuestras sus historias y no olvidemos sus dramas" [1].

Verbo eterno que te has hecho carne, haznos diligentes hacia nuestra casa común, que también sufre por la negligencia con la que frecuentemente la tratamos, y motiva a las autoridades políticas a llegar a acuerdos eficaces para que las próximas generaciones puedan vivir en un ambiente respetuoso para la vida.

Queridos hermanos y hermanas:

Muchas son las dificultades de nuestro tiempo, pero más fuerte es la esperanza, porque "un niño nos ha nacido" (Is 9,5). Él es la Palabra de Dios y se ha hecho un infante, sólo capaz de llorar y necesitado de todo. Ha querido aprender a hablar, como cada niño, para que aprendiésemos a escuchar a Dios, nuestro Padre, a escucharnos entre nosotros y a dialogar como hermanos y hermanas. Oh Cristo, nacido por nosotros, enséñanos a caminar contigo por los senderos de la paz.

¡Feliz Navidad a todos!

[1] *Discurso en el Centro de acogida e identificación de Mitilene* (5 diciembre 2021).

CARTA DEL SANTO PADRE FRANCISCO
A LOS MATRIMONIOS
CON OCASIÓN DEL AÑO
"FAMILIA AMORIS LAETITIA"

Queridos esposos y esposas de todo el mundo:

Con ocasión del Año "Familia *Amoris laetitia*", me acerco a ustedes para expresarles todo mi afecto y cercanía en este tiempo tan especial que estamos viviendo. Siempre he tenido presente a las familias en mis oraciones, pero más aún durante la pandemia, que ha probado duramente a todos, especialmente a los más vulnerables. El momento que estamos pasando me lleva a acercarme con humildad, cariño y acogida a cada persona, a cada matrimonio y a cada familia en las situaciones que estén experimentando.

Este contexto particular nos invita a hacer vida las palabras con las que el Señor llama a Abrahán a salir de su patria y de la casa de su padre hacia una tierra *desconocida* que Él mismo le mostrará (cf. Gn 12,1). También nosotros hemos

vivido más que nunca la incertidumbre, la soledad, la pérdida de seres queridos y nos hemos visto impulsados a salir de nuestras seguridades, de nuestros espacios de "control", de nuestras propias maneras de hacer las cosas, de nuestras apetencias, para atender no sólo al bien de la propia familia, sino además al de la sociedad, que también depende de nuestros comportamientos personales.

La relación con Dios nos moldea, nos acompaña y nos moviliza como personas y, en última instancia, nos ayuda a "salir de nuestra tierra", en muchas ocasiones con cierto respeto e incluso miedo a lo desconocido, pero desde nuestra fe cristiana sabemos que no estamos solos ya que Dios está en nosotros, con nosotros y entre nosotros: en la familia, en el barrio, en el lugar de trabajo o estudio, en la ciudad que habitamos.

Como Abrahán, cada uno de los esposos sale de su tierra desde el momento en que, sintiendo la llamada al amor conyugal, decide entregarse al otro sin reservas. Así, ya el noviazgo implica salir de la propia tierra, porque supone transitar juntos el camino que conduce al matrimonio. Las distintas situaciones de la vida: el paso de los días, la llegada de los hijos, el trabajo, las enfermedades son circunstancias en las que el compromiso que adquirieron el uno con el otro hace que cada uno tenga que abandonar las propias inercias, certidumbres, zonas de confort y salir hacia la tierra que Dios les promete: ser dos en Cristo, *dos en uno*. Una única vida, un "nosotros" en la comunión del amor con Jesús, vivo y presente en cada momento de su existencia. Dios los acompaña, los ama incondicionalmente. ¡No están solos!

Queridos esposos, sepan que sus hijos -y especialmente los jóvenes- los observan con atención y buscan en ustedes el testimonio de un amor fuerte y confiable. "¡Qué importante es que los jóvenes vean con sus propios ojos el amor de Cristo vivo y presente en el amor de los matrimonios, que testimonian con su vida concreta que el amor para siempre es posible!" [1]. Los hijos son un regalo, siempre, cambian la historia de cada familia. Están sedientos de amor, de reconocimiento, de estima y de confianza. La paternidad y la maternidad los llaman

[1] Videomensaje a los participantes en el Foro "¿Hasta dónde hemos llegado con *Amoris laetitia*?" (9 junio 2021).

a ser generativos para dar a sus hijos el gozo de descubrirse hijos de Dios, hijos de un Padre que ya desde el primer instante los ha amado tiernamente y los lleva de la mano cada día. Este descubrimiento puede dar a sus hijos la fe y la capacidad de confiar en Dios.

Ciertamente, educar a los hijos no es nada fácil. Pero no olvidemos que ellos también nos educan. El primer ámbito de la educación sigue siendo la familia, en los pequeños gestos que son más elocuentes que las palabras. Educar es ante todo acompañar los procesos de crecimiento, es estar presentes de muchas maneras, de tal modo que los hijos puedan contar con sus padres en todo momento. El educador es una persona que "genera" en sentido espiritual y, sobre todo, que "se juega" poniéndose en relación. Como padre y madre es importante relacionarse con sus hijos a partir de una autoridad ganada día tras día. Ellos necesitan una seguridad que los ayude a experimentar la confianza en ustedes, en la belleza de sus vidas, en la certeza de no estar nunca solos, pase lo que pase.

Por otra parte, y como ya he señalado, la conciencia de la identidad y la misión de los laicos en la Iglesia y en la sociedad ha aumentado. Ustedes tienen la misión de transformar la sociedad con su presencia en el mundo del trabajo y hacer que se tengan en cuenta las necesidades de las familias.

También los matrimonios deben "primerear" [2] dentro de la comunidad parroquial y diocesana con sus iniciativas y su creatividad, buscando la complementariedad de los carismas y vocaciones como expresión de la comunión eclesial; en particular, los "cónyuges junto a los pastores, para caminar con otras familias, para ayudar a los más débiles, para anunciar que, también en las dificultades, Cristo se hace presente" [3].

Por tanto, los exhorto, queridos esposos, a participar en la Iglesia, especialmente en la pastoral familiar. Porque "la corresponsabilidad en la misión llama [...] a los matrimonios y a los ministros ordenados, especialmente a los obispos, a cooperar de manera fecunda en el cuidado y la custodia de las Iglesias

[2] Cfr Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 24.

[3] *Videomensaje a los participantes en el Foro "¿Hasta dónde hemos llegado con Amoris laetitia?"* (9 junio 2021).

domésticas" [4]. Recuerden que la familia es la "célula básica de la sociedad" (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 66). El matrimonio es realmente un proyecto de construcción de la "cultura del encuentro" (Carta enc. *Fratelli tutti*, 216). Es por ello que las familias tienen el desafío de tender puentes entre las generaciones para la transmisión de los valores que conforman la humanidad. Se necesita una *nueva creatividad* para expresar en los desafíos actuales los valores que nos constituyen como pueblo en nuestras sociedades y en la Iglesia, Pueblo de Dios.

La vocación al matrimonio es una llamada a conducir un barco incierto - pero seguro por la realidad del sacramento- en un mar a veces agitado. Cuántas veces, como los apóstoles, sienten ganas de decir o, mejor dicho, de gritar: "¡Maestro! ¿No te importa que perezcamos?" (Mc 4,38). No olvidemos que a través del sacramento del matrimonio Jesús está presente en esa barca. Él se preocupa por ustedes, permanece con ustedes en todo momento en el vaivén de la barca agitada por el mar. En otro pasaje del Evangelio, en medio de las dificultades, los discípulos ven que Jesús se acerca en medio de la tormenta y lo reciben en la barca; así también ustedes, cuando la tormenta arrecia, dejen subir a Jesús en su barca, porque cuando subió "donde estaban ellos, [...] cesó el viento" (Mc 6,51). Es importante que juntos mantengan la mirada fija en Jesús. Sólo así encontrarán la paz, superarán los conflictos y encontrarán soluciones a muchos de sus problemas. No porque estos vayan a desaparecer, sino porque podrán verlos desde otra perspectiva.

Sólo abandonándose en las manos del Señor podrán vivir lo que parece imposible. El camino es reconocer la propia fragilidad y la impotencia que experimentan ante tantas situaciones que los rodean, pero al mismo tiempo tener la certeza de que de ese modo la fuerza de Cristo se manifiesta en su debilidad (cf. 2 Co 12,9). Fue justo en medio de una tormenta que los apóstoles llegaron a conocer la realeza y divinidad de Jesús, y aprendieron a confiar en Él.

A la luz de estos pasajes bíblicos, quisiera aprovechar para reflexionar sobre algunas *dificultades* y *oportunidades* que han vivido las familias en este tiempo de pandemia. Por ejemplo, aumentó el tiempo de estar juntos, y esto ha sido una oportunidad única para cultivar el diálogo en familia. Claro que esto requiere un especial ejercicio de paciencia, no es fácil estar juntos toda la jornada cuando en la

[4] *Ibíd.*

misma casa se tiene que trabajar, estudiar, recrearse y descansar. Que el cansancio no les gane, que la fuerza del amor los anime para mirar más al otro -al cónyuge, a los hijos- que a la propia fatiga. Recuerden lo que les escribí en *Amoris laetitia* retomando el himno paulino de la caridad (cf. nn. 90-119). Pidan este don con insistencia a la Sagrada Familia, vuelvan a leer el elogio de la caridad para que sea ella la que inspire sus decisiones y acciones (cf. Rm 8,15; Ga 4,6).

De este modo, estar juntos no será una penitencia sino un refugio en medio de las tormentas. Que el hogar sea un lugar de acogida y de comprensión. Guarden en su corazón el consejo a los novios que expresé con las tres palabras: "permiso, gracias, perdón" [5]. Y cuando surja algún conflicto, "nunca terminar el día en familia sin hacer las paces" [6]. No se avergüencen de arrodillarse juntos ante Jesús en la Eucaristía para encontrar momentos de paz y una mirada mutua hecha de ternura y bondad. O de tomar la mano del otro, cuando esté un poco enojado, para arrancarle una sonrisa cómplice. Hacer quizás una breve oración, recitada en voz alta juntos, antes de dormirse por la noche, con Jesús presente entre ustedes.

Sin embargo, para algunos matrimonios la convivencia a la que se han visto forzados durante la cuarentena ha sido especialmente difícil. Los problemas que ya existían se agravaron, generando conflictos que muchas veces se han vuelto casi insoportables. Muchos han vivido incluso la ruptura de un matrimonio que venía sobrellevando una crisis que no se supo o no se pudo superar. A estas personas también quiero expresarles mi cercanía y mi afecto.

La ruptura de una relación conyugal genera mucho sufrimiento debido a la decepción de tantas ilusiones; la falta de entendimiento provoca discusiones y heridas no fáciles de reparar. Tampoco a los hijos es posible ahorrarles el sufrimiento de ver que sus padres ya no están juntos. Aun así, no dejen de buscar ayuda para que los conflictos puedan superarse de alguna manera y no causen aún más dolor entre ustedes y a sus hijos. El Señor Jesús, en su misericordia infinita, les inspirará el modo de seguir adelante en medio de tantas dificultades y aflicciones. No dejen de invocarlo y de buscar en Él un refugio, una luz para el camino, y en la comunidad

[5] *Discurso a las familias del mundo con ocasión de su peregrinación a Roma en el Año de la Fe* (26 octubre 2013); cf. Exhort. ap. postsin. *Amoris laetitia*, 133.

[6] *Catechesis del 13 de mayo de 2015*. Cf. Exhort. ap. postsin. *Amoris laetitia*, 104.

eclesial una "casa paterna donde hay lugar para cada uno con su vida auestas" (Exhort. ap. Evangelii gaudium, 47).

Recuerden que el perdón sana toda herida. Perdonarse mutuamente es el resultado de una decisión interior que madura en la oración, en la relación con Dios, como don que brota de la gracia con la que Cristo llena a la pareja cuando lo dejan actuar, cuando se dirigen a Él. Cristo "habita" en su matrimonio y espera que le abran sus corazones para sostenerlos con el poder de su amor, como a los discípulos en la barca. Nuestro amor humano es débil, necesita de la fuerza del amor fiel de Jesús. Con Él pueden de veras construir la "casa sobre roca" (Mt 7,24).

A este propósito, permítanme que dirija una palabra a los jóvenes que se preparan al matrimonio. Si antes de la pandemia para los novios era difícil proyectar un futuro cuando era arduo encontrar un trabajo estable, ahora aumenta aún más la situación de incerteza laboral. Por ello invito a los novios a no desanimarse, a tener la "valentía creativa" que tuvo san José, cuya memoria he querido honrar en este Año dedicado a él. Así también ustedes, cuando se trate de afrontar el camino del matrimonio, aun teniendo pocos medios, confíen siempre en la Providencia, ya que "a veces las dificultades son precisamente las que sacan a relucir recursos en cada uno de nosotros que ni siquiera pensábamos tener" (Carta ap. Patris corde, 5). No duden en apoyarse en sus propias familias y en sus amistades, en la comunidad eclesial, en la parroquia, para vivir la vida conyugal y familiar aprendiendo de aquellos que ya han transitado el camino que ustedes están comenzando.

Antes de despedirme, quiero enviar un saludo especial a los abuelos y las abuelas que durante el tiempo de aislamiento se vieron privados de ver y estar con sus nietos, a las personas mayores que sufrieron de manera aún más radical la soledad. La familia no puede prescindir de los abuelos, ellos son la memoria viviente de la humanidad, "esta memoria puede ayudar a construir un mundo más humano, más acogedor" [7].

Que san José inspire en todas las familias la valentía creativa, tan necesaria en este cambio de época que estamos viviendo, y Nuestra Señora acompañe en sus

[7] *Mensaje con ocasión de la I Jornada Mundial de los Abuelos y de los Mayores "Yo estoy contigo todos los días"* (31 mayo 2021).

matrimonios la gestación de la "cultura del encuentro", tan urgente para superar las adversidades y oposiciones que oscurecen nuestro tiempo. Los numerosos desafíos no pueden robar el gozo de quienes saben que están caminando con el Señor. Vivan intensamente su vocación. No dejen que un semblante triste transforme sus rostros. Su cónyuge necesita de su sonrisa. Sus hijos necesitan de sus miradas que los alienten. Los pastores y las otras familias necesitan de su presencia y alegría: ¡la alegría que viene del Señor!

Me despido con cariño animándolos a seguir viviendo la misión que Jesús nos ha encomendado, perseverando en la oración y "en la fracción del pan" (Hch 2,42).

Y por favor, no se olviden de rezar por mí, yo lo hago todos los días por ustedes.

Fraternalmente,

Francisco

Roma, San Juan de Letrán, 26 de diciembre de 2021, Fiesta de la Sagrada Familia.

PRIMERAS VÍSPERAS DE LA SOLEMNIDAD
DE SANTA MARÍA, MADRE DE DIOS
Y TE DEUM DE ACCIÓN DE GRACIAS

HOMILÍA DEL SANTO PADRE FRANCISCO

Basílica de San Pedro
Viernes, 31 de diciembre de 2021

En estos días la Liturgia nos invita a despertar en nosotros el asombro, el asombro ante el misterio de la Encarnación. La fiesta de Navidad es quizá la que más despierta esta actitud interior: asombro, maravilla, contemplación.... Como los pastores de Belén, que primero recibieron el luminoso anuncio angélico y luego se apresuraron a encontrar la señal que se les había indicado, el Niño envuelto en pañales en un pesebre. Con lágrimas en los ojos, se arrodillan ante el Salvador recién nacido. Pero no sólo ellos, María y José también se llenan de santo asombro ante lo que los pastores dicen haber oído del ángel sobre el Niño.

Es cierto: no se puede celebrar la Navidad sin asombro. Pero un asombro que no se limita a una emoción superficial ¿no es un asombro?, una emoción ligada a la exterioridad de la fiesta, o peor aún a un frenesí consumista. No. Si la Navidad se reduce a esto, nada cambiará: mañana será igual que ayer, el próximo año será igual que el anterior, y así sucesivamente. Significaría calentarnos por unos instantes con un fuego de paja, y no exponernos con todo nuestro ser a la fuerza del Acontecimiento, no captar el centro del misterio del nacimiento de Cristo.

Y el centro es éste: "El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros" (Jn 1, 14). Lo oímos repetir varias veces en esta liturgia vespertina, que abre la solemnidad de María Santísima Madre de Dios. Es la primera testigo, la primera y la más grande, y al mismo tiempo la más humilde. La más grande porque es la más humilde. Su corazón está lleno de asombro, pero sin un rastro de romanticismo, sensiblería o espiritualismo. No. La Madre nos devuelve a la realidad, a la verdad de la Navidad, que está contenida en esas tres palabras de San Pablo: "nacido de mujer" (Gal 4,4). El asombro cristiano no procede de los efectos especiales, de los mundos fantásticos, sino del *misterio de la realidad*: ¿no hay nada más maravilloso y sorprendente que la realidad! Una flor, un terrón de tierra, una historia de vida, un encuentro... El rostro arrugado de un anciano y el rostro recién florecido de un niño. Una madre sosteniendo y amamantando a su hijo. El misterio brilla allí.

Hermanos y hermanas, el asombro de María, el asombro de la Iglesia está lleno de *gratitud*. La gratitud de la Madre que, contemplando a su Hijo, siente la cercanía de Dios, siente que Dios no ha abandonado a su pueblo, que Dios ha venido, que Dios está cerca, es Dios-con-nosotros. Los problemas no han desaparecido, las dificultades y las preocupaciones no faltan, pero no estamos solos: el Padre "envió a su Hijo" (Gal 4,4) para redimirnos de la esclavitud del pecado y devolvernos la dignidad de hijos. Él, el Unigénito, se convirtió en el primogénito entre muchos hermanos y hermanas, para conducirnos a todos, perdidos y dispersos, de vuelta a la casa del Padre.

Esta época de pandemia ha aumentado la sensación de desconcierto en todo el mundo. Tras una primera fase de reacción, en la que nos sentimos solidarios en el mismo barco, se ha extendido la tentación del "sálvese quien pueda". Pero gracias a Dios hemos reaccionado de nuevo, con sentido de la responsabilidad. En efecto, podemos y debemos decir "gracias a Dios", porque la elección de la responsabilidad solidaria no viene del mundo: viene de Dios; más aún, viene de

Jesucristo, que ha impreso de una vez por todas en nuestra historia el "rumbo" de su vocación original: ser todos hermanos y hermanas, hijos del único Padre.

Roma lleva esta vocación escrita en su corazón. En Roma parece que todos se sienten hermanos; en cierto sentido, todo el mundo se siente como en casa, porque esta ciudad guarda en sí misma una apertura universal. Me atrevo a decir: es la ciudad universal. Viene de su historia, de su cultura; viene sobre todo del Evangelio de Cristo, que ha echado aquí profundas raíces, fecundadas por la sangre de los mártires, empezando por Pedro y Pablo.

Pero incluso en este caso, tengamos cuidado: una ciudad acogedora y fraternal no se reconoce por su "fachada", por las palabras, por los actos altisonantes. No. Se reconoce por su atención cotidiana, por su atención "del día a día" a los que más les cuesta luchar contra las dificultades, a las familias que más sienten el peso de la crisis, a las personas con graves discapacidades y sus familias, a los que necesitan transporte público para ir a trabajar cada día, a los que viven en los suburbios, a los que se han visto desbordados por algún fracaso en sus vidas y necesitan servicios sociales, etc. Es la ciudad que mira a cada uno de sus hijos, a cada uno de sus habitantes, incluso a cada uno de sus huéspedes.

Roma es una ciudad maravillosa, que no deja de encantar; pero para quienes la habitan es también una ciudad agotadora, desgraciadamente no siempre digna para sus ciudadanos y huéspedes, una ciudad que a veces parece descartar. La esperanza, pues, es que todos, los que viven y los que están por trabajo, peregrinación o turismo, puedan apreciarla cada vez más por su cuidado en la acogida de los más frágiles y vulnerables, la dignidad de la vida, la casa común. Que todo el mundo se sorprenda al descubrir en esta ciudad una belleza que yo diría que es "coherente", y que inspira gratitud. Este es mi deseo para este año.

Hermanas y hermanos, hoy la Madre -la Madre María y la Madre Iglesia- nos muestra al Niño. Nos sonrío y dice: "Él es el Camino. Sigámosle, tengamos confianza. No decepciona". Sigámosle en nuestro camino cotidiano: Él da plenitud al tiempo, da sentido a las acciones y a los días. Tengamos confianza, en los momentos felices y en los dolorosos: la esperanza que Él nos da es la esperanza que nunca defrauda.

HOY DOMINGO

HOJA LITÚRGICA DE LA DIÓCESIS DE MADRID

1. La Hoja está concebida como medio semanal de formación litúrgica, con el fin de preparar la Misa dominical o profundizar después de su celebración. Es la única Hoja litúrgica concebida primordialmente para los fieles y comunidades religiosas.

2. Sirve de manera especial a los miembros de los equipos de litúrgica y para los que ejercen algún ministerio en la celebración. También ayuda eficazmente al sacerdote celebrante para preparar la eucaristía y la homilía.

3. En muchas parroquias de Madrid se coloca junto a la puerta de entrada del templo, con el fin de que los fieles puedan recogerla y depositar un donativo, si lo creen oportuno. Son muchos los fieles que agradecen este servicio dominical.

NORMAS GENERALES DE FUNCIONAMIENTO

- **SUSCRIPCIÓN MÍNIMA:** 10 ejemplares semanales.
- **ENVÍOS:** 8 DOMINGOS ANTICIPADAMENTE (un mes antes de la entrada en vigor).
Se mandan por Correos ó los lleva un repartidor, siguiendo las normas de correos.
- **COBRO:** Domiciliación bancaria o talón bancario.
Suscripción hasta 75 ejemplares se cobran de una sola vez (Junio).
Resto de suscripciones en dos veces (Junio y Diciembre).
- **DATOS ORIENTATIVOS:**
 - 10 ejemplares año . . . 78,00 Euros
 - 25 ejemplares año . . . 195,00 Euros
 - 50 ejemplares año . . . 390,00 Euros
 - 100 ejemplares año . . . 780,00 Euros
- **SUSCRIPCIONES:** Servicio Editorial del Arzobispado de Madrid.
c/ Bailén, 8
Telfs.: 91 454 64 00 - 27 - EMAIL: servicioeditorial@archimadrid.es
28071 Madrid

Para ALTAS, BAJAS, MODIFICACIONES, por escrito o por email.